

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO V.—ABRIL, 1928.—NÚMERO XVIII
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

SUMARIO

EMILIO COTARELO.—*Editores y Galerías de obras dramáticas en Madrid en el siglo XIX.*

JOSÉ SUBIRÁ.—*Estudios sobre el teatro madrileño: Los «melólogos» de Rousseau, Iriarte y otros autores.*

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.—*Curiosidades bibliográficas del Archivo de Villa (Madrid).*

CAYETANO ALCÁZAR.—*Los orígenes del correo moderno en España.*

AURELIO BAIG BAÑOS.—*Cinco andaluces en Madrid.*

VARIEDADES: VERARDO GARCÍA REY: *Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio.—La etimología griega de Madrid, según el «Messenger d'Athenès».*

E. VARELA HERVÍAS: *Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la dominación austriaca de 1710.*

RESEÑAS: Thomas, Lucien-Paul.—*Les jeux de scène et l'architecture des idées dans le théâtre allégorique de Calderón* (ANGEL VALBUENA PRAT).—*Villa-Urrutia, Marqués de.—Mujeres de Antaño. Teresa Cabarrús (Madame Tallien).* (J. DE LEITO Y PIÑUELA).—*Morales Oliver, Luis.—Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).—*Muntaner, Ramón.—Crónica* (E. VARELA HERVÍAS).—*Mary, Robert von.—Historia del Derecho romano* (S. DE R.).—*Trend, J. B.—Catalogue of the Music in the Biblioteca de Medinaceli* (JOSÉ SUBIRÁ).—*Chousa, Camilo.—Biblioteconomía. Sistemas de clasificación* (J. A. R.).—*Prescott, Guillermo H.—Historia de la conquista del Perú* (S. DE R.).—*Ocho sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz* (A. G. P.) *Llanos y Torriglia, Félix.—Así llegó a reinar Isabel la Católica* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

NOTICIAS: *Excavaciones en una villa hispano-romana en Villaverde Bajo (Madrid).*

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO V

ABRIL, 1928

NÚMERO 18

EDITORES Y GALERÍAS DE OBRAS DRAMÁTICAS EN MADRID EN EL SIGLO XIX

La Sociedad de Autores dramáticos españoles ha destruido todas las antiguas casas editoriales de obras de teatro y hecho imposible por hoy la formación de otras nuevas. Han pasado, por consiguiente, a la historia todas aquellas ricas y poderosas *Galerías* que con diversos títulos han monopolizado durante el siglo XIX el comercio de las obras teatrales, después que habían recibido el pase de la representación en la escena.

Veintisiete años lleva funcionando con fortuna creciente la Sociedad, y nadie se acuerda ya de cómo se administraba y distribuía por España y América el caudal dramático de nuestros ingenios, mucho más rico entonces que no tenía que sufrir competencias de cinematógrafos, audiciones radiofónicas y teatrillos de Variedades, que no varían más que en las personas que bailan o que cantan sosísimas coplas con pésima música.

Será, pues, curioso conocer cuántas y cuáles fueron las casas editoriales dedicadas al negocio teatral y que poseían y expendían profusamente obras que hoy, gracias a la misma Sociedad de Autores que las ha malvendido, han llegado a ser verdaderas rarezas bibliográficas.

En los primeros treinta años del siglo pasado se imprimían las obras de teatro por los mismos autores o por libreros que luego las vendían en sus tiendas; pero sin formar series o colecciones de ellas, ni dedicarse con preferencia o exclusivamente alguno de ellos a esta clase de literatura.

Rompiendo con la costumbre antigua, observada invariablemente

en los siglos xvii y xviii, que daba a los tomos de teatro y a las impresiones sueltas el tamaño de cuarto español con el texto a dos columnas, se pasó a principios del pasado a estamparlas en octavo menor, tamaño común a las ediciones valencianas y barcelonesas, que competían con las de la capital en número y en calidad. Pero todo ello no era gran cosa, porque el teatro español estaba en plena ruina y esterilidad, gracias, sobre todo, a D. Leandro de Moratín, que con sus sátiras cómicas y sus preceptos dogmáticos había hecho temerosa toda tentativa de escribir dramas y comedias no sujetas al estrechísimo molde neoclásico.

El teatro español hubiera muerto por consunción a no sobrevenir tan oportunamente la revolución romántica, que para nosotros fué una feliz restauración; pues romántico y bien romántico era nuestro drama del siglo xvii, que entonces comenzó a revivir. Tan estéril e infecundo fué aquel período de treinta años dominado por la secta moratiniana, que escasamente el bibliófilo llegará a reunir unas doscientas obras nuevas impresas (todas en la forma de octavo), incluyendo los libretos de óperas, que también se imprimían en aquel tamaño antes que el editor Delgado diese a su colección el de cuarto español, que por imitación adoptaron los demás editores. Por este famoso y benemérito editor comenzaremos este estudio bibliográfico de nuestro teatro del siglo xix.

I. GALERÍA DRAMÁTICA. *Colección de las mejores obras del teatro antiguo y moderno español y extranjero*

Con este título empezó a publicar en 1835 el editor D. Manuel Delgado (1) una, que llegó a ser gran colección de textos dramáticos de aquella época. La dividió en dos series, que llamó *Teatro moderno español* y *Teatro moderno extranjero*, comprendiendo en la primera las obras originales, muy abundantes a la sazón que comenzaba el impulso romántico, y en la segunda las traducciones, generalmente del francés.

De la primera llegó a publicar unos ochenta tomos, con más de doscientas cincuenta obras dramáticas, y de la segunda veinticuatro volúmenes, con ciento veinte obras.

Delgado murió loco el 23 de abril de 1848. Al año siguiente se formó la Sociedad Delgado Hermanos entre sus hijos; pero desde 1854

(1) En 1838 vivía Delgado en la calle de la Cruz, número 14.

ya quedó solo Manuel Pedro Delgado, uno de ellos, que sin imprimir nuevas obras se limitó a administrar las de los buenos autores, como Zorrilla, que poseía y a repetir sus ediciones. En 1870 estaba establecido en la calle de Jesús y María, número 4. Seguía aún en 1881 con su empresa, pero ya muy decadente por haber envejecido su caudal dramático y haberse hecho nuevas ediciones de los autores más famosos, como el duque de Rivas, Hartzenbusch, Ayala, García Gutiérrez, Vega, Bretón, etc.; bien que sólo él poseía aún otras obras de los mismos autores que una selección mal entendida había dejado fuera de las modernas colecciones y eran y son la delicia de los bibliófilos y coleccionistas.

En 1890 publicó Delgado un catálogo con el título de *Galería dramática de Manuel Pedro Delgado. Plaza de la Independencia, número 9, primero. Catálogo de las obras que comprende dicha Galería. Madrid, Cuesta, 1890, 4.º, 29 págs.* Este catálogo abarca unos seiscientos títulos de piezas de teatro, casi todas de gran interés. Posteriormente los restos de esta casa editorial pasaron a poder de los sucesores de D. Alonso Gullón, dueño y fundador de la titulada *EL TEATRO*, de la cual hablaremos luego.

Los autores que comprende la preciosa colección de Delgado pertenecen a la primera época del romanticismo español. Larra, duque de Rivas, Gil y Zárate, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla, Escosura, y los autores de comedias del mismo tiempo, como Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Gil y Baus, Rodríguez Rubí, Navarrete y otros muchos de menos fama. Todas las obras de estos autores han sido vendidas al peso por la Sociedad de Autores en el primer año de su establecimiento; de modo que hoy es imposible reunir una colección regular de primeras ediciones de ellos, y han pasado a ser rarezas bibliográficas, que los libreros saben hacer pagar caras a los bibliófilos cuando alguna de dichas piezas entra en su casa. Conozco a quien, y no fué muy recientemente, ha dado 30 pesetas por una primera edición de *El Trovador*, de García Gutiérrez, que le ofrecieron de Barcelona.

II. REPERTORIO DRAMÁTICO. *Colección de las mejores obras del teatro moderno extranjero y moderno español.* Madrid, Imprenta de Boix, 1839 y siguientes

D. Ignacio Boix, editor, impresor y librero famoso, que tenía su casa en la calle de Carretas, número 8, empezó a dar al público

en 1839 una colección de obras de teatro bajo el rótulo de *Repertorio dramático*, en piezas sueltas (como había hecho Delgado, aunque luego las reunió en tomos) y en tamaño casi de folio; y al mismo tiempo otra serie en que redujo las dimensiones del papel y numeró los tomos, cada uno de los cuales contenía cinco o seis títulos.

Pero lo raro es que buen número de ellos eran comunes a las dos secciones. Esto consistía en que Boix publicaba al mismo tiempo un semanario de literatura dramática titulado *El Entreacto*, y con cada número de esta revista daba una comedia o drama en el mismo tamaño de ella, y luego la reproducía en la otra colección en octavo mayor.

Al suspender en 1841 la publicación de *El Entreacto* cesaron, como es natural, las impresiones de tamaño en folio; de modo que estas piezas son hoy rarísimas, con serlo no poco igualmente las de la otra serie, que tampoco pasó más allá de 1842.

En *El Entreacto* de 9 de mayo de 1839 circuló Boix un prospecto anunciando las dos únicas obras que hasta entonces había impreso, que eran *El cómico de la legua*, de Juan del Peral, y *Estela o el padre y la hija*, de García Gutiérrez, y ofreciendo seguir publicando otras. En 3 de noviembre del mismo año llevaba ya impresos cuatro tomos de esta serie, que contenían:

El cómico de la legua, cinco actos; *Estela*, dos actos; *El vampiro*, un acto; *La marquesa de Seneterre*, tres actos; *Laura*, cinco actos, prólogo y epílogo original y en verso de D. José María Díaz; *El campanero de San Pablo*, cinco actos; *María Remond*, tres actos; *El fastidio o el conde Derford*, dos actos; *A mal tiempo buena cara*, un acto; *El marido de la favorita*, cinco actos; *La honra de mi madre*, tres actos; *El marido de dos mujeres*, dos actos; *Isabel o dos días de experiencia*, tres actos; *Rita la española*, cuatro actos; *Dicha y desdicha*, un acto; *María de Inglaterra*, tres jornadas; *Una hora de centinela*, un acto; *Mauricio*, dos actos; *Los celos de una mujer*, tres actos; *El tejedor*, dos actos; *La berlina del emigrado*, cinco actos; *Un enamorado de la reina*, dos actos; *Monje y seglar*, cinco actos; *Una crisis ministerial*, un acto.

Además de las veinticuatro obras que comprenden los cuatro tomos citados, salieron por lo menos estas otras cinco: *El hombre complaciente*, un acto; *La madre y el niño siguen bien*, un acto; *Miguel Angel*, tres actos; *Los malos consejos o en el pecado la penitencia*, tres actos; *El tío Pedro o la mala educación*, dos actos.

En la segunda serie, que es en octavo algo mayor que el usual en España, dió Boix al público quince tomos con unas ochenta obras,

muchas de ellas traducidas; pero también hay bastantes originales y poco conocidas, como dos de D. Ramón de Campoamor, tituladas *La fineza del querer*, comedia en tres actos, en verso, y *El hijo de todos*, comedia en dos actos, en verso; *Los desposorios de Inés*, drama en tres actos, en verso, de García Gutiérrez; *El Españolito*, de Salas Quiroga; tres de Iza Zamácola; *Sobresaltos y congojas*, de Carlos García Doncel, y hasta unas veinte más.

Después de haber publicado estos quince volúmenes, que llevan fechas de hasta 1842, adquirió la propiedad de esta colección D. Vicente Lalama, que pocos años más tarde inauguró su célebre *Biblioteca dramática* y reimprimió varias de las obras de Boix, que por ello fueron algo más conocidas y representadas.

III. MUSEO DRAMÁTICO. *Colección de comedias del teatro moderno español y extranjero, representadas en los principales teatros de la corte*

La idea que presidió a la formación de esta colección dramática fué la de repartir en Madrid al día siguiente, y en provincias poco después, las obras que se hacían en los dos teatros principales (Cruz y Príncipe) que entonces tenía esta corte (1). Delgado, y más aún Boix, tardaban varios días o semanas en imprimir dichas obras, ya para cerciorarse de que tendrían salida, o ya para lograrlas lo más baratas posible. El público a veces tenía impaciencia por saborear en la lectura una obra que en el teatro había sido muy aplaudida, y los críticos esperaban también el leerla para mejor fundar sus juicios, que en no pocos casos eran ya tardíos cuando el drama salía a luz.

Estos inconvenientes eran los que intentaba salvar el nuevo editor dramático, que empezó su tarea a fines de 1841 y fué dando sus comedias hasta el año 1844, según se iban estrenando en los teatros. Las obras estaban muy bien impresas en excelente papel; el tamaño, el folio menor, y el texto a dos columnas.

Como el editor no llenaba el intervalo que había entre uno y otro estreno, que a veces era de un mes o poco menos, con otras obras que mantuviesen la curiosidad pública y aumentase el número de sus-

(1) «Estas comedias se recibirán siempre al día siguiente de su primera representación en los teatros de Madrid; los suscritores de provincias, por el correo inmediato.» (Anuncio en las cubiertas de los cuadernos, cada uno de los cuales era una obra completa.)

critores, la publicación fué decayendo y hubo de cesar de todo punto en el referido año de 1844. Dió, sin embargo, cuarenta y siete obras, casi todas en tres actos, con las fechas de sus respectivos estrenos. Todas eran traducidas por Juan del Peral, Juan de la Cruz Tirado, Gaspar Fernando Coll, Carlos y Juan García Doncel, Luis Valladares y Garriga, Isidoro Gil, Villa del Valle y algún otro. Por esta razón, y por no alargar este artículo, no damos los títulos de las obras. La propiedad y las existencias de la casa fueron adquiridas en 1844 por don Vicente Lalama, quien reimprimió las que se agotaron más pronto.

IV. BIBLIOTECA DRAMÁTICA. *Colección de comedias representadas con éxito en los teatros de Madrid.* Más conocida con el título de *Colección Lalama*

Colección que en 1846 empezó a dar al público D. Vicente Lalama, que tenía imprenta propia y su oficina en la calle del Duque de Alba, número 13.

Sus primeras impresiones fueron piezas en un acto; pero pronto extendió su acción a obras más extensas, a partir de la titulada *Un día de libertad*, en tres actos. Imprimía con mucha rapidez, tanto que en 1847 tenía ya publicados varios centenares de comedias; pero no eran buenos ni el tamaño, que era en folio, ni la estampación borrosa por lo mediano del papel y lo cansado de los tipos.

Así y todo hizo un gran servicio a las letras, porque a no ser por él hubieran quedado inéditas muchas obras discutidas o no bien recibidas del público en el estreno, y una fabulosa cantidad de traducciones y hasta obras que nunca habían sido representadas ni lo fueron después de impresas.

Duró esta publicación hasta 1870 o algo más, y la *galería* de Lalama llegó a contar más de *mil títulos*; bien es verdad que se le fueron agregando sucesivamente, por compra, otras colecciones, como el *Repertorio dramático*, el *Museo dramático*, la *Galería gaditana* y las *Joyas del teatro* (1).

No siguió Lalama orden ninguno más que el de la adquisición de

(1) La colección *Joyas del teatro* se publicó en Barcelona de 1847 a 1851, y aunque prefería las obras que se estrenaban en aquellos teatros también, estampó otras que se representaron en los de Madrid. Constaba de unos cincuenta títulos de dramas, casi todos hoy muy raros; entre ellos están las primeras piezas compuestas por el fecundo polígrafo D. Víctor Balaguer las primeras de Retes y Eduardo Asquerino, etc.

las obras. Cada pieza tenía su portada y paginación especiales sin formar ni aun tomos colectivos, como estaba haciendo Delgado, hasta mucho después que hizo encuadernar unos pocos ejemplares, de los cuales no sé que exista hoy ninguno, porque los libreros han preferido vender las comedias sueltas y los han deshecho.

Sería tarea muy larga enumerar, no ya los títulos de las obras, pero ni aun los nombres de los autores o traductores de ellas, pues al lado de muchos famosos hay otros en mayor cantidad poco o nada conocidos actualmente. En las cubiertas de cada pieza suele ir un catálogo sólo de títulos, que abarca muchos centenares de ellos.

Lalama vivió aún varios años después de cesar en la publicación de nuevas comedias, administrando las que poseía y reimprimiendo algunas cuando se agotaban. Su colección pasó a servir de base a la nueva *galería* de D. Luis Aruej, como veremos luego, porque el orden cronológico que seguimos pide que se hable antes de otras empresas editoriales de igual clase.

V. SOCIEDAD DE ESCRITORES DRAMÁTICOS

Se fundó en 1843 con el fin de administrar los socios sus propias obras, disgustados con el giro y manejo que les daba el editor don Manuel Delgado.

Entraron en ella Bretón de los Herreros, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. José María Díaz, D. Patricio de la Escosura, García Doncel, García Gutiérrez, Gil y Zárate, Gil y Baus, Hartzenbusch, Navarrete, duque de Rivas, Olona, Rodríguez Rubí y Valladares y Garriga, los mejores autores de entonces. No tuvieron imprenta especial ni sitio determinado para la venta, que se hacía en todas las librerías.

Eligieron director a D. Antonio Gil y Zárate y secretario a don José María Díaz. Empezaron con mucho brío, pues a fines de 1844 tenían ya impresas más de treinta obras nuevas; pero en 1845 estaba casi disuelta la Sociedad. Bretón, en dicho año, volvía a dar sus obras a Delgado, y en febrero de 1846 era éste dueño de todo lo publicado por los poetas, y reimprimía con su nombre de administrador o propietario las que se iban agotando.

La causa de que no prosperase una institución que parecía tan felizmente concebida y planteada sería la mala y descuidada administración, encargada a los mismos poetas. Fué el primer ensayo de la actual Sociedad de Autores dramáticos.

VI. EL TEATRO. *Colección de obras dramáticas y líricas*

Fundaron en 1849 esta *Galería* y casa editorial de obras de teatro los señores D. Alonso Gullón, Luján y Franco, dándole el título de *Agencia general hispanocubana*. EL TEATRO. *Colección de obras dramáticas, escogidas por los mejores autores*. Publicaron muy poco (1), y la Sociedad hubo de disolverse luego, porque en 1851 aparece ya Gullón como único dueño de la casa y con el más breve y exacto título que se ha puesto a la cabeza de esta editorial.

Asociase de nuevo Gullón en 1855 con D. Prudencio Regoyos, su cuñado, quien había gobernado la *Galería* desde 1852 como dependiente de ella.

En 1857 se separaron, quedándose Gullón con EL TEATRO y fundando Regoyos la galería dramática *El Museo literario*, que tuvo varios años (1855 a 1859) y que publicó también poco.

Entonces era todavía el repertorio de Gullón relativamente pequeño (cerca de trescientos títulos, incluyendo unas sesenta zarzuelas), y tenía su domicilio industrial en la calle del Pez, número 40, donde permaneció muchos años.

Gullón manejaba obras de su propiedad, por haberlas comprado a los autores, y administraba, cobrando los derechos de representación por medio de sus agentes en Madrid y en provincias, las de aquellos que no habían querido desprenderse del dominio de ellas, pero se las habían confiado como administrador y apoderado, lo cual era un buen negocio y con pocas quiebras.

En 1860 ya pasa su repertorio de cuatrocientos títulos. De este año al de 1878 siguió aumentando en gran número el caudal dramático que poseía o administraba. D. Alonso Gullón murió el 16 de julio de 1878 en su ya citado domicilio de la calle del Pez, número 40.

Siguió la casa girando algunos años a nombre de los Hijos de Gullón, hasta que, habiéndose casado doña María Loreto Gullón, hija del fundador, con D. Florencio Fiscowich, éste se puso al frente de ella, ensanchando aún más el negocio con la copistería musical y alquiler o venta de las partituras.

Pero en 1902 la nueva Sociedad de Autores Españoles le obligó a cederle, por una cantidad relativamente moderada, todas sus existen-

(1) En 1850 sólo tenían diez y ocho títulos, aunque de buenos autores, como Zorrilla (dos obras), Asquerino, etc.

cias, que eran enormes, las cuales fueron a reunirse con las de las otras *Galerías*, también adquiridas por la omnipotente Sociedad de Autores.

El caudal dramático de la antigua casa de Gullón llegó a ser muy copioso. De 1860 a 1878 puede decirse que Hidalgo y él fueron casi los únicos compradores o allegadores de obras de teatro. Su *Catálogo*, publicado en 1896 (200 págs. en 4.º), arroja un total de seis mil títulos aproximadamente.

Los autores más frecuentemente mencionados, entre los de obras extensas, son los Asquerino, Díaz, Belza, Bermejo, Serra, Pastorfido, Alvarez (Emilio), Larra (Luis Mariano de), Gaspar, Hurtado, Eguílaz, Olona, Camprodón, Santisteban, Frontaura, Puente y Brañas, Blasco, Liern, Palencia, los dos Echegaray y muchos autores de piezas en un acto.

VII. CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL. *España dramática*

Esta editorial empezó en 1849 publicando varias comedias, que antes de acabar el año ordenó, dando un número a cada obra.

En 1850 llevaba ya impresas unas ciento veinte comedias y dramas. En 1851 llegaba al número ciento setenta; en 1852 pasaba del doscientos, y en 1854 iba en el número doscientos cincuenta y nueve. Entonces tenía su domicilio oficial en la casa de Astrearena, Fuenca-rral, número 2, hoy derribada.

En 1856 llegaba al número trescientos, y en 1860 andaba por el trescientos cuarenta. Después dejó de poner número a sus comedias y demás piezas de teatro.

En el referido año de 1856 pasó la casa a ser propiedad única de D. Pablo AVECILLA, y se titulaba también *España dramática*, además del primitivo nombre de *Círculo literario comercial*.

En 1862 aparece siendo su dueño D. José García de Solís (Lope de Vega, número 26, principal), y se llamaba solamente *España dramática*. Seguía en 1868 y en 1873; pero parece que ya no imprimía, limitándose a vender sus existencias. Tenía corresponsales fuera de la corte, pero no imprenta propia.

En 1864 vivía el Sr. Solís en Salamanca, y allí reimprimía los títulos que se le iban agotando. Pasó esta *Galería* a formar parte de la de Fiscowich.

Los autores que editó fueron: J. de Alba, J. de Ariza, A. Auset, A. L. de Ayala, J. Belza, L. A. Bermejo, Bretón de los Herreros, Calvo Asensio, M. Z. Cazurro, A. M. Dacarrete, García Gutiérrez,

J. M. Gutiérrez de Alba, Hartzenbusch, J. M. Díaz, Gil y Baus, etc. Aunque no muy copiosa, no puede negarse que era escogida la galería de Solís. El hallarse repetidos en otras editoriales los nombres de algunos autores, sólo significa que un mismo poeta daba unas obras a tal editor y otras a otro distinto.

VIII. CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACIÓN

Este nombre tomó una agencia y galería dramática que en 1861 fundó D. Francisco Salas, cantante, empresario y condeño del Teatro de la Zarzuela. La puso a cargo de su cuñado D. Antonio Lamadrid, y tenía su domicilio en la calle de las Infantas, número 34, bajo. En 1862 pasó a la de San Agustín, número 12, segundo, y desde 1865 estuvo en la del Clavel, número 11, segundo.

En 1862 la casa se titulaba Salas, Helguero y Gaztambide, por ser una de las columnas de la empresa las obras musicales de este célebre maestro compositor de preciosas zarzuelas.

En 1865 tenía ya un caudal de unas cien obras dramáticas; pero habiéndose dedicado a imprimir libros de otras materias y por discusiones entre los propietarios, la compañía se deshizo y desapareció la casa editorial, cuyas existencias pasaron a poder de D. Alonso Gullón.

IX. EL COLISEO

Fundó esta galería y agencia, que nunca tuvo representación más que de autores de segundo orden, D. Juan Manuel Guerrero, hacia 1862 o muy poco antes.

Desde 1863 tenía comisionados en provincias; pero en 1871 ya son los de la empresa titulada *El Proscenio* los encargados de percibir los derechos de representación de sus obras, y desde 1875 a 1883 los de D. Eduardo Hidalgo.

Poco después se hizo cargo D. Luis Aruej de esta casa, la cual, con el título de TEATRO CÓMICO. *Galería dramática*, siguió girando bajo la dirección de aquel diestro empresario.

X. EL TEATRO CÓMICO

En 1868 fundó una galería con este título el poeta dramático don Emilio Mozo de Rosales, la cual duraba aún en 1888.

No tenía imprenta propia, pero sí comisionados en España y Ultramar.

Sólo publicaba catálogos en las cubiertas de las obras que daba a la imprenta, y llegó a contar unos trescientos títulos, en general, de obras en un acto.

XI. ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

La fundó en 1868 D. Eduardo Hidalgo, y la mantuvo y desarrolló con gran éxito hasta 1896 en que falleció en Madrid el 7 de marzo, sucediéndole sus hijos.

Tuvo varios domicilios. En 1880 estaba en la calle de Sevilla, número 14, principal; pasó en 1895 a la de Cedaceros, número 4, segundo, y en 1897 se hallaba instalada en la calle Mayor, número 16, entresuelo.

En 1898 publicó un *Catálogo general* con unos cuatro mil títulos; cifra enorme y que prueba bien el mucho trabajo y fortuna de aquel hombre emprendedor e inteligente. Este catálogo, con el de Gullón, comprenden cerca de las dos terceras partes de la producción dramática española del siglo xix.

Los autores principales contenidos en el catálogo de Hidalgo son: Tamayo, Ayala, Retes, Madan, Sellés, Novo, Cano, los Pina, Herranz, Ramos Carrión, Pérez Galdós, Cavestany, Benavente y otros muchísimos de los que escribieron piezas en un acto.

La administración estuvo al principio en la calle de las Huertas, número 72.

Esta importantísima galería fué también absorbida por la Sociedad de Autores en 1902.

XII. EL TEATRO ECONÓMICO. *Colección de obras dramáticas y lírico-dramáticas propiedad de los editores D. Vicente Llorente y D. Carlos Borghini*

Eran empresarios del Teatro de la Infantil, y publicaban principalmente las obras estrenadas o representadas en él, que eran casi todas en un acto.

Empezaron en 1869, teniendo por su administrador al librero Cuesta (Carretas, número 14). En 1870 tenían su Imprenta Económica en la plazuela de los Carros, número 2, cuya regencia enco-

mendaron sucesivamente a diversas personas. En 1873 era el encargado D. Serafín Landáburu, y en 1877 el escritor dramático D. Manuel Béjar.

Los principales autores cuyas obras poseían o administraban eran: los dos Medel, Escamilla, Pelayo del Castillo, Rincón, Segovia, Soláns, Gamayo, Torrecilla, Gil, Belza, González y otros de igual clase.

En 1872 su catálogo da unos cien títulos; en 1879 tenían trescientas cuarenta obras, y de ellas una tercera parte eran zarzuelitas. Por entonces debió cesar esta empresa, y sus existencias las recogió la galería de Hidalgo.

XIII. BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA

Habiendo muerto en 1882 D. Vicente Lalama, que durante tantos años había estado al frente de su *Biblioteca dramática*, se hizo dueño de esta casa D. Enrique Arregui, pariente cercano, según creo, del propietario difunto. Arregui cambió el título y objeto de la casa ya encaminado a la explotación y cultivo de la zarzuela pequeña, o sea de libretos en un acto, y muy especialmente de su música, cuyos cuadernos alquilaba a las compañías o a las demás empresas.

Durante algunos años siguió aún establecida esta galería en la calle de Atocha, número 87, donde había vivido Lalama; luego se pasó a la misma calle, número 111, segundo; después en la misma número 64, bajo izquierda, y cuando en 1890 Arregui se unió con Aruej, se establecieron en la de la Greda, número 15.

El haberse hecho empresarios del Teatro de Apolo les facilitó los medios de ampliar su negocio editorial, adquiriendo la propiedad o la administración de las obras que estrenaban y alquilando luego las partituras a los teatros de provincias.

XIV. EL TEATRO CÓMICO.—*Galería Lírico-dramática*

La fundó D. Luis Aruej hacia 1884 con los restos de la titulada *El Coliseo*. Se dedicó principalmente a las zarzuelas en un acto, que por entonces era casi el único teatro vivo.

En 1890 se unió con D. Enrique Arregui que beneficiaba el mismo género chico, y durante muchos años fueron afortunados empresarios del Teatro de Apolo y fundadores de otra gran Sociedad editorial.

XV. GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

Fué el resultado de la unión que, como va dicho, formaron en 1890 D. Enrique Arregui y D. Luis Aruej en sociedad, trayendo cada cual sus archivos dramáticos.

En sus casas se habían fundido las antiguas editoriales *Repertorio dramático*, *Museo dramático*, *Joyas del teatro*, *Galería gaditana*, *Teatro cómico*, *El Coliseo*, *El Proscenio* y la *Biblioteca dramática*, de Lalama, la más copiosa de todas ellas.

En 1892 publicaron un *Catálogo general* (119 págs. en 4.º), ampliado en 1895 y 1898 con unos cinco mil títulos. En 1901 todo este gran caudal cómico fué adquirido por la Sociedad de Autores.

Los autores más repetidos en el gran catálogo de esta galería son: Valladares y Saavedra, Navarrete, Coll, Olona, Mozo de Rosales, Tirado, Fernández y González, Diana, Doncel, Franquelo, Rosa González y, sobre todo, los autores de zarzuelitas que se estrenaban en el favorecido Teatro de Apolo.

OTRAS CASAS EDITORIALES DE MENOR IMPORTANCIA

XVI. AGENCIA ESPARTANA o, también, SOCIEDAD ESPARTANA

Existía en 1847 y años siguientes. Publicó pocas obras. Tenía y empleaba un sello con una diligencia de las de entonces figurada en el centro, y la leyenda «Diligencia Espartana, Sociedad anónima».

En las obras impresas por ella había este anuncio: «Esta comedia es propiedad de la Sociedad Espartana, la cual perseguirá...», etc. Sólo llegó a tener poco más de un centenar de piezas, que luego pasaron al fondo de la *España dramática*.

XVII. NUEVA GALERÍA DRAMÁTICA

La fundó en 1848 D. José de Santiago. Publicó pocas obras.

XVIII. REPERTORIO TEATRAL

Existía en 1855, y tenía un sello con las siglas O. G. R. encerradas en un rectángulo. También imprimió poco.

XIX. EL PROSCENIO. *Repertorio lírico-dramático español y extranjero*

Empezó hacia 1857. Tuvo bastante importancia y duró muchos años.

En 1871 era propiedad de Abienzo y Compañía, y tenía comisionados en las provincias.

El segundo título fué el que usó primeramente. En 1857 aún no se titulaba *El Proscenio*.

XX. GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA DE LA ZARZUELA

Existía y funcionaba en 1858, con sus correspondientes en las provincias. Era propiedad de Salas y Gaztambide, y al frente de ella figuraba D. Antonio Lamadrid. Se fundió luego en el *Centro general de Administración* (véase el número VIII), que abarcaba más publicaciones.

XXI. EL MUSEO. *Administración general de obras dramáticas y líricas*

La fundó hacia 1861 D. Francisco Rubio, que tenía librería en la calle de la Luna, número 27, y antes o después en la misma calle, número 24.

Tenía comisionados en las provincias, y vivía aún en 1867. No tenía imprenta ni publicó catálogo.

XXII. LA LIRA. *Galería lírico-dramática*. Arenal, 15, entresuelo.

Funcionaba en 1865 y en 1873. Tuvo alguna importancia y llegó a administrar bastantes obras, acaso más de doscientas.

XXIII. EL TEATRO CONTEMPORÁNEO. *Galería dramática*

La fundó en 1863 (el 19 de marzo, según él mismo dice) D. José María Moles, y duraba aún en 1879, en que publicó un catálogo con doscientos treinta y cinco títulos. Formó también una galería de obras en valenciano, que tituló *El Micalet*, que llegó a contar ciento veintidós títulos. Muerto Moles, o antes, su caudal dramático pasó a los hijos de Gullón.

Moles no era administrador, sino propietario de las obras que anunciaba, y tenía por encargado de ellas y su venta a la casa de Gullón.

Los autores cuyas obras castellanas poseía Moles fueron muchos, aunque sólo algunas pocas de cada uno de los más fecundos. Sin embargo no escasean nombres como los de Rafael María de Liern, Eduardo Zamora y Caballero, Pelayo del Castillo, Tomeo y Benedicto, Emilio Alvarez, Zumel, Blasco, Torromé, Palomino de Guzmán y otros. En cuanto a los autores valencianos sobresalen, como es de suponer, el citado Liern, que compuso mucho en valenciano; Escalante, Bernat Baldoví, Balader, Ovara, Palanca y pocos más.

XXIV. REPERTORIO DE LOS BUFOS ARDERÍUS

Comenzó a publicar D. Francisco Arderíus las listas de las obras que estrenaba en su teatro e imprimía luego en 1866, año en que también empezó su empresa teatral, y en dicha forma prosiguió los diez que fué director de los Bufos. Su caudal fué siempre corto y consistente en obras, la mayor parte, en un acto. Sólo un centenar de títulos llegó a contar, porque, además de lo dicho, algunos de los autores que estrenaban con él preferían dar sus obras a sus ordinarios editores, que se las imprimían y administraban. El mismo Arderíus dejaba esta función, en cuanto a las suyas propias, a los editores Gullón e Hidalgo.

XXV. EL CHISTE. *Colección de obras cómicas y dramáticas*

En 1872 publicaba, en la cubierta de la pieza cómica titulada *Se continuará*, de D. Miguel Ramos Carrión, un *Catálogo de las obras*

estrenadas e inéditas que pertenecen a esta galería, el cual sólo abarcaba veintiocho títulos de obras en un acto, tres en dos y una en tres actos. Esta empresa no debió de haber ido mucho más lejos.

XXVI. COLECCIÓN DE CARLOS CALVACHO

Este era actor del género cómico, y hacia 1873 y años siguientes compraba las obras que podía, sobre todo si eran muy baratas, a los autores que no esperaban que se las imprimiesen Gullón o Hidalgo por no haber tenido gran éxito en el teatro; las hacía imprimir él y luego se las daba en administración a los mismos Gullón e Hidalgo.

Como en casi todas había hecho papel, pues trabajó en varios teatros de Madrid y lo seguía haciendo cuando se ponían en escena, cosa que él procuraba sucediese con frecuencia, cobraba, además de su sueldo de actor, el tanto por ciento como dueño de la pieza representada. Fué negocio en cuya cuenta no dieron Romea, Arjona, Guzmán o Mariano Fernández, quienes seguramente habrían podido comprar buen número de obras y luego hacer que se representasen muchas veces, interponiendo su autoridad o su influjo con las empresas.

Calvacho, que no era mal gracioso, logró reunir de este modo unas sesenta obras, en las que vemos los nombres de Juan de Alba, Bergaño, Nogueras, Calixto Navarro, Navarro y Gonzalvo, Velázquez y Sánchez, el mismo Calvacho, pues también escribía piezas en un acto, y otros pocos autores.

Las existencias de la colección Calvacho las compró más tarde D. Alonso Gullón.

XXVII. GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA HISPANO-LUSITANA

En 1873 estaba al frente de ella, como dueño, D. Joaquín Guillermo de Lima, portugués que bullía mucho en dicha época, ya como agente de ciertas empresas industriales, como alma y *factótum* de algunas Sociedades dramáticas y literarias y como gran fomentador, por los medios más extraños e indirectos, de la unión hispano-lusitana.

También escribía obras de teatro, que generalmente se representaban en los círculos de que era presidente o director artístico, y alguna vez en los teatros.

Tenía imprenta como suya, aunque es dudoso que lo fuese, a cargo de J. J. de las Heras, en la calle de San Gregorio, número 5; pero él vivía en la de Hortaleza, número 5, piso segundo.

En dicho año 1873 su *Galería* sólo constaba de unos cuarenta títulos, entre ellos diez eran de obras suyas, escritas por él, y otros correspondían a Luis Pacheco, Pelayo del Castillo, Luis Blanc, Jerónimo Morán, etc.

La portada que ponía a las obras de su casa era: LIMA. *Galería lírico-dramática hispano-lusitana. Calle de Hortaleza, número 5. Madrid, J. L.*, circuidas estas iniciales de una corona de flores, y más abajo el pie de su imprenta.

En 1871 había sido Lima director del periódico *La Dinastía Popular*, que él sabría lo que quería decir.

Fundó además una *Biblioteca, o sea Colección de obras de magnetismo y sonambulismo*, y tenía también la comisión de vender unos *Polvos higiénico-dentífricos de espuma de coral* (jespumar es!) «importados a la Gran Bretaña —según decía— del Celeste Imperio, con general aceptación de toda la aristocracia inglesa. Precio, 4 reales caja». Se vendían en la misma casa del encargado: Hortaleza, número 5, piso segundo, izquierda.

XXVIII. LA ESCENA ESPAÑOLA

Galería dramática y lírica, que en 1878 y siguientes era propiedad de los Sres. Asensio, Maciá y Compañía.

Editaba zarzuelitas en un acto. Tenía imprenta propia en la carretera de Aragón, número 5, hotel, piso segundo. Imprimió poco, y cesó al cabo de algunos años sin dejar mucho rastro de su existencia (1).

(1) En Valencia, Sevilla, Granada, Málaga y Cádiz hubo también sus *Galerías dramáticas*, de poca importancia por el número de obras que cada una llegó a poseer, pero curiosas por la clase de autores que en ellas figuraban. Una de Granada, por ejemplo, imprimió las primeras obras de teatro de Fernández y González, hoy difícilísimas de hallar. Otra de Málaga, las del célebre y grotesco poeta-albéitar Pascual y Torres, las de Franquelo, Sánchez Albarrán, etc.

En la Isla de Cuba había una editorial, domiciliada en la Habana, que giraba con el título de *Teatro moderno. Galería lírico-dramática*; tenía por representante en 1890 a D. Manuel Duran y Cibeiro, y editaba obras de los hijos de la isla. Publicó en dicho año un *Catálogo de la Galería lírico-dramática de obras del país. Habana, 1 de septiembre de 1890. Habana, Imprenta y papelería «El Aerolito»*, 4.º Comprende unos trescientos nueve títulos, y los autores más citados son: Olallo Díaz, Quintana, Palacios, F. Fernández, M. Mellado, Pozo, Morales, Triay y Sarachaga, que eran los principales allí, porque otros poetas cubanos imprimían sus obras en España, en Madrid o en Barcelona.

XXIX. SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Su fundación es de 1899, pero hasta 1901 no se consolidó con la adquisición de todas las demás casas editoriales. Desde entonces es la única empresa de esta clase que hay en España.

Tuvo diversos domicilios. Primero en la calle del Florín, número 8, bajo; después en el paseo del Prado. Compró luego un hotel en lo alto de la calle de Alcalá, que por su distancia y malas condiciones hubo de abandonar, y por fin asentó en la calle del Prado, número 24, donde hoy se halla.

Una de las cosas más inexplicables que hizo esta Sociedad fué desprenderse, vendiéndolas como papel inútil, en montón, de las existencias correspondientes a los primeros tercios del siglo xix, que anduvieron varios días rodando por los baratillos callejeros y puestos de libros usados. Fueron al fin compradas por quienes apenas sabían leer (1), y, por tanto, condenados a ser destruidos en breve plazo los ejemplares; de modo que las primeras ediciones de Zorrilla, García Gutiérrez, duque de Rivas, Larra, Hartzenbusch, Bretón, Vega, Rubí, Gil y Zárate, Escosura y otros muchos autores de dicha época son hoy tan raras como las ediciones de comedias del siglo xvii.

Cierto que ya no devengaban derechos de representación; pero la Sociedad de Autores no era una gavilla de mercaderes solamente ansiosos del lucro en su forma más grosera, sino una agrupación de escritores, de artistas, muchos eminentes y desinteresados, y no se concibe cómo no se opusieron a aquel aventamiento que recuerda los buenos tiempos del califa Omar.

La Sociedad publicó en 1913 un extenso *Catálogo general* (397 págs., en folio), que no bajará de contener veinte mil títulos; pero más de la mitad de las obras anunciadas sólo se hallan manuscritas; es decir, que el que las desee adquirir tendrá que pagar, no a peso de oro, sino de billetes del Banco de España, una copia moderna hecha a mano o a máquina, en lugar del ejemplar impreso y auténtico que la Sociedad ha arrojado a la calle por millares, como se ha dicho. Y aun de éstas, muchas, muchísimas están, según declaran, agotadas;

(1) Se daban por 30 y luego por 20 céntimos obras en tres actos de la época romántica, que llevaban al frente los nombres más célebres de nuestra literatura.

o lo que es igual: que no se expiden copias, que tendrían que ser carísimas.

También contiene dicho catálogo muchas obras catalanas y valencianas: unas dos mil de ambas clases.

Los antiguos editores de obras dramáticas desempeñaron una función útil al público y beneficiosa para las letras españolas, en épocas en que la dispersión y aislamiento de los autores eran rémoras para la difusión rápida de sus obras y el aumento de ellas, favoreciendo lo uno y lo otro. Hoy parece que la Sociedad de Autores va logrando los mismos fines, aunque los tiempos son bien medianos para el teatro literario.

EMILIO COTARELO.

Real Academia Española.

LOS «MELÓLOGOS» DE ROUSSEAU, IRIARTE Y OTROS AUTORES.

Durante los años comprendidos entre los últimos del siglo XVIII y primeros del XIX se escribió un número algo considerable de «melólogos» o «melodramas» con destino a los teatros de Madrid, y la parte musical de varios, así como los correspondientes libretos, se hallan hoy en buena parte archivados en la Biblioteca Municipal de esta corte.

Los melólogos comenzaron siendo unipersonales, y bien pronto admitieron un número mayor de personajes en la escena. De todo ello daba cuenta el *Memorial Literario*, de Madrid, al definir y comentar —en el número correspondiente a septiembre de 1793— el desarrollo de esa manifestación teatral en España, con motivo de haberse estrenado el «melodrama en un acto» titulado *El amor dichoso*. Al referido artículo pertenece el párrafo siguiente, que ilustra sobre estos puntos:

«De algún tiempo a esta parte dieron los poetas en escribir escenas unipersonales, o de una sola persona, que llamaron monólogos. Como para evitar el cansancio o el fastidio de una representación larga se dividió en intervalos de música, que acompañaba en los discursos las armonías propias de los afectos, llegó a agradar este género de espectáculo, bien que sólo hacía una parte de una función de teatro, mezclando al mismo tiempo otros dramas cortos de un acto o dos, ya de música, ya sin ella. Pero bien pronto cansaron los monólogos. Sustituyeron a éstos algunas representaciones mudas y de vistosas perspectivas, a manera de mal formadas pantomimas, que gustaron poco. De resulta de esto hicieron una especie nueva de piezas que saliesen de monólogos, y ya había diálogos y trilogos, acompañando siempre los descansos la música instrumental. Todavía salió una cuarta especie, compuesta de canto representado e intervalos de música, queriendo parecerse en la mayor parte a las zarzuelas, aunque las han intitulado óperas y melodramas. Tales son algunas piezas de que ya hemos dado razón en los «Memoriales», y tal es ésta...»

Tres meses después, es decir, en diciembre del mismo año, se ocupó dicha revista periódica de un «melodrama en un acto con periodos de música», estrenado en el coliseo del Príncipe por la compañía de Ribera con el título *Ariadna abandonada en Naxos*. También aquí, como en otras ocasiones, hácese referencia a la confusión reinante por entonces cuando se trataba de calificar genéricamente las producciones teatrales que nuestros ingenios escribían o adaptaban con destino a la escena española. Dícese ahí, en efecto:

«A este trologo se da el nombre de melodrama; ¡otra confusión! Melodra-

ma quiere decir verso suave, verso cantado, canto, y aquí no se canta nada; también a la ópera se llamó melodrama. El segundo título, «con periodos de música», no explica más ni menos. Ello es una escena tripersonal para hablar mucho sin sustancia entre los espacios músicos».

El melólogo se caracterizaba, en suma, por la combinación del drama hablado y su comentario orquestal. Su creación puede atribuirse a Juan Jacobo Rousseau, el escritor de *Las confesiones* y *Emilio*, el musicólogo del *Diccionario de la Música* y el compositor de *El adivino de la aldea*, breve ópera, cuyo éxito fué tan grande que se mantuvo en los carteles durante tres cuartos de siglo. Como dice Tiersot en la monografía dedicada al filósofo ginebrino, cuando Rousseau escribió su *Pigmalión*, hizo una obra de verdadera novedad por su concepción escénica. Salvo la intervención de Galatea al final, redúcese todo a un monólogo, en donde la pantomima ocupaba una parte muy grande al lado de la declamación. Cada pausa del discurso o cada escena muda quedaba rellena por el comentario musical de la orquesta. Anteriormente las piezas puramente instrumentales de las óperas habían sido danzas, marchas, tempestades, ruidos bélicos, es decir, piezas destinadas a describir o acompañar una acción exterior; pero Rousseau quiso expresar la acción interior, así como la psicología de los personajes. Su *Pigmalión* era en cierto modo —como dice M. Lionel de la Laurencie— una obra sintética, en la que aquel artista se propuso aplicar todas sus opiniones sobre la declamación, el recitado, el papel de la orquesta y la mímica. Tuvo la idea de que se oyeran sucesivamente el drama y la música, de preparar la frase hablada por medio de la frase musical y de interpretar musicalmente la mímica del actor. *Pigmalión* busca, pues, la expresión de la verdad dramática por medio de una nueva alianza de la palabra, el gesto y la música. No atreviéndose Rousseau a componer todas las piezas de esta obra acudió a Horacio Coignet, autor de una ópera cómica titulada *El médico de amor*. Ambas personalidades colaboraron, en efecto, y la participación musical de Rousseau se redujo a dos números. En mayo de 1770 se estrenaba esta obra en Lyon con el subtítulo *Escena lírica*. La primera representación parisiense se verificó el 30 de octubre de 1775 en la Comedia Francesa. Y la obra se extendió bien pronto por diversos países.

También el *Pigmalión* rousseauiano llegó a España, inspirando una serie de melólogos que vieron la luz —con letra y música de autores españoles— en los teatros madrileños. En 1790 se imprimió en Madrid una versión, cuya portada dice: «*Pigmalión*. Monólogo patético traducido de (*sic*) francés libremente, y aumentado en verso castellano por D. F. M. N.» A guisa de prólogo hay una «Nota», cuyos párrafos extremos rezan como sigue:

«Tres Pigmaliones ofrece la Historia y la fábula.

»El tercero es el objeto de esta Fábula. Pigmalión, estatuario de profesión, en su juventud fué enemigo declarado de las mujeres, y los Dioses, irritados contra su insensibilidad, le inspiraron, en castigo, un vehementísimo amor a una Estatua que él había construído. Este es el asunto de esta Scena Lyrica o Monólogo Patético.»

Archiva la Biblioteca Municipal un ejemplar de esta edición, con las censuras religiosas y civiles requeridas para la representación. Después de haberlo informado favorablemente varios señores, el corrector D. Santos Díez González dictaminó, con fecha «Henero 6 de 1793», lo que textualmente se transcribe:

«De orden del Sr. Juez Protector de los Teatros del Reyno, &c., he examinado el adjunto Monólogo intitulado *Pigmalión*, traducción libre al castellano del Francés, en cuyo idioma se ha representado en el Coliseo de Operas de esta corte, y no hallo reparo en que se permita representar en los Coliseos Españoles de la misma Villa.»

Rousseau, como se ve, fué quien primeramente mostró el camino que habría de conducir a la composición de obras donde se combinasen el drama hablado y el comentario orquestal, entre las cuales habrían de figurar algunas tan aplaudidas como *Egmont*, de Beethoven; *Manfredo*, de Schumann; *El sueño de una noche estival*, de Mendelssohn, y *La arlesiana*, de Bizet. Al mismo tiempo inició a la orquesta en el importante papel que más adelante habría de tomar, una vez desarrollado el drama musical moderno, para exponer, mediante los sonidos, estados de almas o para cubrir con oportunos fragmentos sinfónicos los largos intervalos entre las partes dialogadas, como Wágner había de hacerlo con singular arte.

* * *

¿Hubo en España literatos y compositores que siguieran las huellas del camino iniciado por Juan Jacobo Rousseau con *Pigmalión*? Los hubo, sí, en efecto. Y uno de ellos, por cierto bien notable bajo diferentes aspectos, fué D. Tomás de Iriarte, más conocido como fabulista que como autor de obras escénicas, aunque produjo algunas, entre ellas varias tonadillas, y completamente borrado como músico, hasta el extremo de haberse olvidado la paternidad de alguna composición suya, no obstante las explícitas declaraciones, que bastarían por sí solas para desechar toda duda.

Las historias musicales españolas, escasas y no muy bien documentadas en general, vienen repitiendo que D. Tomás de Iriarte compuso la letra de un melólogo titulado *Guzmán el Bueno*, al cual puso música D. Luis Misón. Bastó que alguien lo dijese así para que se considerase artículo de fe lo que constituía una falsedad magna. Rafael Mitjana, con agudeza crítica y sentido histórico bien patentes, manifestó la imposibilidad de que Misón pudiera ser el autor musical de aquel melólogo, porque el libreto de Iriarte fué representado por primera vez en Cádiz el año 1789, y Misón había fallecido veintitrés años antes, o sea en 1766. También hubiera podido añadir Mitjana que cuando el inventor del género, J. J. Rousseau, estrenó en Francia su *Pigmalión*, ya D. Luis Misón llevaba algunos años en la tumba.

Tras ello agrega el referido musicólogo que no sabe quién pudo escribir la partitura de *Guzmán el Bueno*. La duda que a este respecto pudiera existir queda resuelta compulsando los fondos musicales de la Biblioteca Municipal de Madrid. Así lo he manifestado en mi libro *La Música en la casa de Alba*, donde figura el siguiente párrafo:

«El manuscrito musical del melólogo *Guzmán el Bueno*, conservado en la Biblioteca Municipal de Madrid, consigna en su portada el nombre de don Tomás de Iriarte, lo cual bastaría para atribuir a éste la paternidad de la música, si se considera que era un aficionado distinguido y que, por otra parte, en las portadas de esas producciones musicales jamás figuraba el nombre del libretista, sino tan sólo el del compositor, y esto aun no siempre. Esta prueba conjetural halla su afirmación plena en la portada del correspondiente libreto, impreso en Cádiz en el año 1799, pues allí se lee: «*Guzmán el Bueno*, escena trágica unipersonal, con música en sus intervalos, compuestas ambas por don Tomás de Iriarte para representarse ambas por el Sr. Luis Navarro, primer actor de la compañía». Lo mismo dice acerca de su paternidad otra edición impresa algún tiempo después, sin año, que califica a *Guzmán el Bueno* de «soliloquio o escena trágica unipersonal». De cada una de estas ediciones posee dos ejemplares la Biblioteca Municipal, y por ellos se viene en conocimiento de que el melólogo de Iriarte se representó en Madrid con veintidós años de diferencia, pues en la edición más antigua consta de licencia para representarse en los teatros de la corte con fecha de febrero de 1791, y en la posterior consta otra licencia del mismo género con fecha de mayo de 1812.

Es grande la importancia de ese manuscrito musical, pues él ilustra sobre las aptitudes, preferencias e inclinaciones del compositor Iriarte, quien también como ejecutante de instrumentos de arco (violín y viola) debía de ser bastante competente, a juzgar por lo que él mismo refiere sobre su intervención en las «academias de música» o sesiones musicales privadas de su tiempo.

La música de su *Guzmán el Bueno* se acomodaba al texto literario, el cual, como sus obras similares, estaba escrito en endecasílabos. Y este mismo texto subraya en cada momento oportuno las indicaciones correspondientes a aquélla, enlazándolas con la actitud que al actor corresponde. He aquí la reproducción literal, tal como figura en el libreto:

«Introducción de música marcial y ruidosa. Levántase el telón y el estrépito de la orquesta va disminuyendo insensiblemente hasta finalizar en un piano. Guzmán, con armadura de acero, se manifiesta pensativo... Luego que cesa la música deja pasar un breve rato de silencio, y dice...»

«Adagio triste. Paséase Guzmán entretanto con lentitud; párase a cada dos o tres pasos como reflexionando...»

«Presto furioso. Después de una suspensión prosigue.»

«Andante sonoro y majestuoso, con instrumentos de aire.»

«Alegro (*sic*) muy corto.»

«Adagio muy grave.»

«Suenan dentro, a lo lejos, una trompeta. Óyela Guzmán sorprendido...»

«Vuelve a sonar la trompeta.»

[illegible]

Una página musical de *Guzmán el Bueno*, por T. de Iriarte

«Después de un rato de silencio suena un clarín tan cercano, que se conozca le tocan dentro del castillo, precediendo a esta llamada un redoble de atabales.»

«Mientras se toca una marcha sube Guzmán con entereza los escalones del muro...»

«Al son de un adagio lento baja los escalones desatentado y con muestras de horror...»

«Vuelve a subir al muro, entretanto que la orquesta toca un largo muy triste con sordinas y flautas...»

Esta producción literaria, basada en el conocidísimo rasgo de abnegación que a Guzmán le valió el epíteto de «bueno», termina con dos endecasílabos que el actor debía declamar con acento y ademanes de desmayo:

«Y que... (La voz... me falta...) ¡Oh, patria mía!... Cedo... al dolor...; mas no a tus enemigos.»

La música puesta a *Guzmán el Bueno* por Iriarte consta de diez números, repitiéndose uno de ellos —aquel que ocupaba el tercer lugar— al caer el telón. Esos números aparecen registrados en las partichelas del modo que a continuación copiaremos, respetando la ortografía:

«Ymtrodiom. N.º 1.º All.º Conbrio.

»N.º 2.º Adagio nontropo.

- »N.º 3.º Presto asay.
- »N.º 4.º Marcha. And.^{te} Maestoso.
- »N.º 5.º Largo afectuoso sostenuto.
- »N.º 6.º All.º vivo.
- »N.º 7.º Adagio grave.
- »N.º 8.º Marchia (*sic*). And.^{te} Maestoso.
- »N.º 9.º Lento cantavile.
- »N.º 10. Largo lamentable.
- »Luego que cae el telón sigue el número 3.º»

Sorprende al punto el hecho de que ningún aire esté designado solo, sino con el acompañamiento de un adjetivo. Con ello Iriarte revela su acendrado amor a la expresión musical. Un «allegro» es con brío y otro vivo; un «adagio» es non tropo y otro grave; un «largo» es afectuoso sostenuto y otro lamentable; un «presto» es asay; un «lento» es cantavile; el «andante» de la «marcha» o «marchia» es maestoso.

Reflejan igual cuidado expresivo la dinámica y la agógica. Hay «pianísimos», «pianos», «fortes», «fortísimos», «rínforzandos», «mancandos» y un «recitativo in tempo». Lo refleja de igual modo la dicción, con el esmero en individualizar los diversos instrumentos de la orquesta y hacer alternar en cada momento oportuno el ligado con el picado o el arco con el pizicato de la cuerda. La «marcha» que primero se había tocado en modo mayor y con fuerza, después se repite, algo variada, en modo menor y con sordina en los violines. Lo patético, lo lúgubre y aun, en algunos instantes de la introducción, cierta entonación lírica que hace pensar en los precursores del weberismo, reinan en esta obra, completamente distinta de aquello que a la sazón escribían los compositores madrileños, imbuyéndolo de un inconsciente nacionalismo ibérico o de un consciente italianismo, con su absurdo régimen de virtuosidad vocal a ultranza. Las influencias extranjeras vienen de otros países, ante todo de Francia, pues ciertos rasgos musicales de *Guzmán el Bueno* concuerdan con algunos que caracterizan el *Pigmalion* rousseauiano, examinado bajo esa faceta por Edgar Istel en su tesis doctoral *J. J. Rousseau als Komponist seiner lyrischen Szene Pygmalion*; y después de Viena.

Es cosa bien sabida que Iriarte en sesiones de música de cámara, donde se congregaban aficionados ilustres —porque no debe olvidarse que la música en el siglo XVIII poseía un marcado aristocratismo, el cual contrastaba con la popularización democrática que le tenía reservada el siglo XIX—, y allí se interpretaban obras de ilustres músicos transpirenaicos y transrhinianos, figurando entre los predilectos aquel Haydn, a quien Iriarte había dedicado cordialísimas frases laudatorias en su poema *La Música*, libro universalmente conocido, pues fué tanta su boga que de él se hicieron varias ediciones en lengua castellana y traducciones al francés, inglés e italiano. He aquí efectivamente algunos versos del referido poema:

«Mientras celebran otros
los italianos dúos,

las nuevas sinfonías alemanas
gozar debéis vosotros...
Sólo a tu numen, Hayden (*sic*) prodigioso,
las Musas concedieron esta gracia
de ser tan nuevo siempre y tan copioso,
que la curiosidad nunca se sacia
de tus obras, mil veces repetidas...»

El influjo instrumental de las sinfonías, cuartetos, tríos y sonatas pesó profundamente en la concepción musical de *Guzmán el Bueno*, cuyo estilo jamás permitiría atribuir su paternidad a D. Luis Misón, ya que a ello se oponen razones psicológicas en lo individual y razones cronológicas en lo general.

Esta obra tiene partichelas de violines, viola, contrabajo y violón, oboe y flauta (estos últimos instrumentos tocaban alternativamente, cinco números cada uno, con la particularidad de que la *Marcha* se dice la primera vez «forte» y en modo mayor por el oboe, repitiéndose después «soto voce» y en modo menor por la flauta), clarinetes y trompas.

Estrenado este melólogo por Luis Navarro en Cádiz e impreso en esa misma ciudad el año 1790, pasó a Madrid con los honores de obra consagrada, y en la corte fué estrenado el 26 de febrero de 1791 por el galán Antonio Robles, representándosele sin interrupción hasta el 8 de marzo, fecha en que concluía la temporada. Ese mismo año se hicieron tres ediciones del libro, según manifiesta Cotarelo y Mori, autor de la documentadísima monografía sobre los Iriarte; pero la música había de permanecer inédita.

* * *

Por conceder suma importancia a *Guzmán el Bueno* cuando se lo representó en Madrid, se le hizo preceder de unas escenas teatrales, cuyo manuscrito conserva la Biblioteca Municipal bajo el título «Introduccion para la Scena Heróica Trágica Intitulada *El Guzmán*, por D. Luciano Francisco Comella». En ese juguete preliminar varios actores aparecían discutiendo sobre las obras que podrían representarse. La Tirana dice que se hará *El Guzmán* en forma de monólogo. Como sus camaradas expresasen admiración ante tal propósito, ella, aludiendo a la obra de Juan Jacobo Rousseau, pero sin mencionar el nombre de este artista, les manifiesta que también un extranjero solo hizo el *Pigmalión*. Tras lo cual añade:

«¿Pues por qué ha de pareceros
extraño que un español
haga el *Guzmán*? Dime, ¿el cielo
hizo distinción de climas
cuando repartió el talento?

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

Además, este *Guzmán*
también en Cádiz se ha hecho,
en donde igualó el aplauso
a su gran merecimiento.
¿El *Pígameón* en Madrid
no mereció un gran concepto?
¿Conque el pueblo de esta corte
no habrá de gustar de ello
porque lo hace un español,
porque es español su ingenio?
No lo creo, y en dudarlo
fuera hacer agravio al pueblo.
Hágase el *Guzmán*. A Robles
decid que deponga el miedo,
que yo, en nombre de Madrid,
le anuncio su lucimiento.

(*Empieza la obertura.*)

HUER. ¿Pero qué es esto? ¿Qué suena?
RITA. La obertura.
TER.^a Esto es bueno...
RITA. Pues dejad que empiece Robles.
TER.^a Antes de que empiece, quiero
que se cante una tonada
para prevenir con esto.
TODOS. Las piedades de un senado
que premia nuestros desvelos.»

El éxito logrado por ese melólogo de Iriarte inspiró otro basado en el mismo asunto, pero cuyo personaje no era Guzmán el Bueno, sino su hijo. Falta aparentemente el libreto, mas no así la música, la cual se halla en la Biblioteca Municipal bajo el título *Monólogo, el hijo de Guzmán*, sin que figure el nombre del compositor, aunque conjeturamos que éste debió ser D. Blas de Laserna. Integran esta obra una introducción y ocho números musicales. Aparece consignado en cada breve pieza el texto literario respectivo. Hacia la mitad del número introductivo se lee: «Levantán el telón.» El primer número, «allegro», de diez compases, se encabeza con los versos:

«¿Qué esperanza podrá tener mi vida
estando entre enemigos tan perversos?»

y al final del sexto compás el actor decía:

«¡Ay, madre de mi alma!»

El segundo número es un «allegro» de veintidós compases, encabezado con los endecasílabos:

«A Pedro de Guzmán, fruto amoroso
que formaron amantes buenos pechos.»

Los diez y nueve compases del «allegro» siguiente corresponden a la frase:

«Estos atroces lazos, estos fieros
eslabones villanos que me oprimen.»

Tocábase con sordina en la cuerda el «andantino espacioso», de quince compases, que formaba el cuarto número, bajo los versos:

«Y aunque todo sea fuego lo que exhalo,
de mi naturaleza es corto el fuego.»

Sigue un «al mismo aire» de veinticinco compases, con los versos:

«Quedárame en la mente soberana
para no padecer males tan fieros.»

Los tres últimos números son un «allegro» de treinta compases:

«Gustoso ya a la muerte voy contento.
Vamos, pues, a morir.»

Un fragmento de trece compases, donde abundan los trémolos:

«No quede circunstancia que no sea
rasgo de heroicidad en vuestro aliento.»

Y un «andante» de veintiocho compases con la letra declamada:

«Que se acerca mi fin, y yo, cobarde,
lo mismo que animé ya desaliento...»

Esas menciones fragmentarias del texto literario solían hallarse casi exclusivamente en la partichela de violín primero, y lo mismo que se ve en este caso se observa en los similares, pues a la sazón no se conservaban las partituras originales, sino que se destruían una vez sacadas las copias de los diferentes instrumentos.

Con toda intención he dicho que falta aparentemente el libreto de esta producción, pues en mis investigaciones encaminadas a conocer la parte literaria de los manuscritos referentes a nuestro teatro del siglo XVIII, que guarda la Biblioteca Municipal, he hallado aquel libreto con otro título. Se lo intercaló en el fin de fiesta nuevo *El asturiano aburrido*, escrito por L. A. J. M., y lo anunciaba un personaje de aquel fin de fiesta con los versos:

«Siéntense todos. Verán
de Guzmán el niño un nuevo
monólogo, que se expresa
con viveza y con afecto.»

Ese monólogo, cosido con *El asturiano aburrido*, dice en su portada: «*El joven Pedro de Guzmán*. Scena unipersonal. Año de 1793.» El anónimo autor escribió altisonantes endecasílabos que declamaba el niño de Guzmán para expresar su corazonada de que iba a morir. Los versos inaugurales dicen así:

«¿Qué es esto, corazón? ¿Cómo me oprimes?
¿Cómo así con anuncios tan funestos
me predices un golpe lamentable
en donde se consuman mis alientos?»

Hay versos tan graciosos por lo inverosímiles para puestos en boca de un niño, como los siguientes:

«¡Ah, madre de mi alma! ¡Ah, padre mío!
¡Qué poco que mirais por este Pedro!
A Pedro de Guzmán, fruto amoroso
que formaron amantes vuestros pechos.»

Cuando el niño ve caer el puñal que arrojó su padre, declama:

«¿Pero qué miro? Ya el duro cuchillo
a mis pies ha caído. Ya contemplo
que se acerca mi fin, y yo cobarde,
lo mismo que animé ya desaliento.
Ya los verdugos llegan de mi vida.
Ya es cierta mi tragedia. Infeliz Pedro,
que sin tu padre y madre, entre crueles,
hoy vas a perecer a un golpe fiero...»

Al acabar el unipersonal, todos los personajes de *El asturiano aburrido* gritaban:

«¡Viva, viva Periquito!»

* * *

Volviendo al *Guzmán el Bueno* de Iriarte, recordaremos con Cotarelo y Mori que otro fabulista contemporáneo de D. Tomás de Iriarte, D. Félix Samaniego, hizo una parodia de esa producción, poniendo en su tarea mordaces acrimonias. En cierta carta, dirigida por éste a Urquijo, declara que al leer *Guzmán el Bueno*, exclamó: «¡Perdidos somos! El maldito ejemplo de *Pígmalión* —perdóneme su mérito— nos va a inundar la escena de una nueva casta de locos. La pereza de nuestros ingenios encontrará un recurso cómodo para lucirlo en el teatro, sin el trabajo de pelear con las dificultades que ofrece

el diálogo.» Y esa parodia habría visto la luz pública de no haber muerto por aquellos meses D. Tomás de Iriarte.

La profecía de Samaniego se cumplió. El «melólogo», que se denominó «unipersonal» cuando era para un personaje, tuvo aquí pronto imitadores. Los hubo serios y festivos. Los sitios donde se les daba vida escénica eran tanto los coliseos públicos como las casas particulares. Recordemos entre los melólogos serios *Aníbal*, *Idomeneo*, *Ariadna abandonada en Naxos*, y el que, compuesto en italiano por el jesuita español expulsado Lasala, se tradujo a nuestro idioma con el título de *Dido, abandonada*. La Historia y la Mitología proporcionaban de consuno los argumentos para las obras de tal índole. El amor a la patria inspiró alguna obra de esta especie, como la «escena trágica unipersonal» *Napoleón desesperado*, por D. M. S., escrita a raíz de la victoria de Bailén y defensa de Zaragoza, e impresa en Madrid el año 1908. Los melólogos festivos eran presididos en ocasiones por el espíritu de la parodia; entre ellos se encuentran *Don Antón el holgazán*, *El famoso Rompegalas* y *El mercader aburrido*.

Un cultivador de melólogos en el último decenio del siglo XVIII fué don Luciano Francisco Comella, quien incluyó algunas de esas producciones en varios «fines de fiesta», como el titulado *La función casera* (censura y aprobación de julio de 1793). Aparece aquí una dama decidida a hacerse memorable con una función que ella misma había compuesto, tomando por asunto el viaje a Corinto de Jasón y Medea. Supone la acción que en el hogar de esa dama se representaba el referido monólogo, cuyas referencias de orden musical son las que siguen:

«Salón corto, con una puerta grande en medio, donde estarán varios muchachos sentados que figuran dar lección. La horquesta tocará un fuerte que por grados descende a un piano, mientras el cual dirán los muchachos «ban, ben, bin, bon, bun». Perico estará con los puños cerrados en los ojos, sentado en un banquillo, sollozando; pensará un poco después; irá hacia la puerta, y dando tres golpes en ella dirá con la mayor aflicción. La música habrá expresado todo esto.

»Música brillante, en que se pasea Perico con la mayor bazarria.

»Música patética y se queda discursivo.

»Se sienta, y de allí a un poco anda huyendo despavorido por la escena. Música triste y después alegre.

»Música, y dentro los muchachos dicen «dos veces dos, cuatro; dos veces tres, seis; etc.».

»Música hasta acabar. Sale una cuadrilla de muchachos y el maestro.»

Con este melólogo enlazaba una «escena muda» o pantomima de Jasón y Medea, ilustrada por la música.

Otro melólogo del mismo Comella data de 1795, y está en el fin de fiesta *El baile deshecho*, con el que se cerraba la función en que se dió «la ópera titulada *El matrimonio descubierto* (la palabra «descubierto» está superpuesta sobre la palabra tachada, pero legible, que dice «secreto»), que ha de representarse el 25 de agosto en obsequio de los días de Ntra. Augusta Sobe-

rana», como reza la portada del manuscrito existente en la Biblioteca Municipal. Este «intermedio», incrustado en *El baile deshecho* y titulado *Juan de la Enreda (sic)*, es un melólogo declamado en versos endecasílabos con comentarios musicales. Al empezar la obra, un sargento, palo en mano, manda a Juan que se desnude, cosa que el protagonista hace «manifestando la mayor tristeza. Todo ello debe ser expresado con la mayor propiedad por la música».

Los demás comentarios musicales, en las pausas, dicen así, según el libréto:

«Se sienta tranquilo. Música.

»Música triste, rematando alegre.

»Se pasea lleno de entusiasmo heroico al compás de una música brillante, y de pronto corre a mirar por la reja.

»Hace extremos de dolor expresados por una música patética.

»Dentro, redoble de tambor.

»Se queda triste y después corre a mirar por la puerta del calabozo, y de allá a poco exclama con el mayor dolor, habiendo expresado todo la música.»

He aquí los trámites que sufrió para su aprobación esta obra en agosto de 1795.

El censor eclesiástico no opuso reparo alguno. El censor, Fray José Puerta Palanco, manifestó que podría permitirse la representación omitiendo lo borrado. El corrector, D. Santos Díez González, muestra una gran severidad, pues dice así:

«He examinado el adjunto Fin de fiesta, en que la hace principalmente un Monólogo, cuyo asunto y materia es tan indecente que me admiro no hayan reparado en ello los censores q. me preceden, cuando acostumbran reparar en nimiedades que no son reparables. Aquí, pues, se pinta un chico soldado de los que, para que se eduquen militarmente, se admiten en los Regimientos. Este muchacho quita la moza (que lo es una mujer arrastradísima) a su sargento. La lleva hacia Recoletos, a la taberna o bodegón de la Alóndiga, y después al campo. El sargento, más por celos y venganza que por cumplir con su obligación, da parte al oficial, quien pone al muchacho en el calabozo, no obstante de que el muchacho dice que imita los vicios de los Oficiales. Va la moza al calabozo a llevarle unos mendrugos, tanganillo, &. El muchacho se deshace con ella en expresiones que indican sus deseos lascivos. El sargento, que no es mejor que el muchacho, le apremia y amenaza con más castigos. De manera que aquí se forma un cuadro de jueces y reos que son cómplices en una misma especie de delitos, pero con éxito diferente sobre la pena o la impunidad. Piensa el poeta dorar el cuadro con representar la enmienda del muchacho en dos palabras que dice al fin. Pero ya es tarde, y primero ha faltado a las leyes del teatro que mandan observar los maestros del arte. Por mi dictamen no debiera permitirse su representación; pero como preceden dictámenes en contrario, el señor Juez Protector resolverá, como siempre, lo más acertado. Madrid y Agosto 23 de 1795.»

Se envía apresuradamente la obra a Comella para que la enmiende, y

en seguida vuelve a D. Santos, quien el día 24 de aquel mes dictamina: «He vuelto a examinar la presente pieza, y aunque la materia del monólogo es la misma lo hallo enmendado de aquella torpeza que desde luego daña rostros, y además de eso no se toca como antes en la conducta de los oficiales y sargentos de los cuerpos, sino que con la corrección que ha hecho el Poeta se descubre el fin loable de la educación de los muchachos en la milicia y el celo de sus jefes en castigar al que se extravía. Por lo que observándose puntualísimamente (sin quitar una coma) lo corregido, puede permitirse su representación».

En el inciso «sin quitar una coma», D. Santos había escrito «sin quitar ni añadir una coma», pero tachó las palabras «ni añadir».

Aquel mismo día se dio la autorización para la representación, «observándose puntualmente todo lo corregido».

Entre los melólogos jocosos merece muy especial mención el editado en Madrid el año 1810, teniendo por autor a D. Vicente Rodríguez de Arellano y El Arco, y por título *El domingo*. «Escena sola, monólogo, soliloquio, lamentación, declamación o llámese como quisiere, que a su autor le importa poco el nombre.» Esta misma producción se califica al encabezar el texto como «escena ridículo-uni-cocheril»; está escrita en altisonantes endecasílabos de marcado sabor burlesco, y su personaje, llamado Domingo, aparece con traje de librea, con botas y manopla o látigo. Debía declamar algunos trozos «enternecido», otros «airado», «con furia», «sosegado», «desconsolado», «sereno», «irritado», «en tono natural», «despechado», etc., mientras contaba sus tribulaciones —subrayadas a ratos por la música—, sin que hallara consuelo para las mismas sino en la bota de vino, que había calificado de

«... prenda de mi vida,
objeto sin igual de mi carino,
dulce consoladora de mis males...»

* * *

El empaque afectado y la entonación hinchada de los melólogos serios inspiró una sátira graciosa, en forma de parodia, que se titula *El poeta escribiendo un monólogo*, cuyo manuscrito literario se conserva en la Biblioteca Nacional y el de la música en la Municipal. Esta producción jocosa fué aprobada por la censura en septiembre de 1793; es decir, en el mismo mes y año que el *Memorial literario* definía y comentaba el desarrollo de los melólogos en nuestro país con motivo del estreno del titulado *El amor dichoso*. He aquí el texto literario íntegro de esta anónima producción, donde, con donosura burlesca, se ponía en ridículo a los autores de hueras y pomposas declamaciones interrumpidas por breves números musicales:



Una página musical de *El poeta escribiendo un monólogo*. (Anónimo.)

«Monólogo, soliloquio, unipersonalidad o sea lo que fuere, que para el autor es indiferente que se llame como quisiere.

¿Semper ego auditur tantum?

El texto es de Juvenal, que también ha de haber de estas obras con su epigrafillo al canto.

Con este raro traje y estos trastos
que la infeliz pobreza significa,
salgo esta noche, pueblo generoso,
a ofreceros, humilde, mis fatigas,
imitar un monólogo queriendo
que escuché en una casa cierto día.

Me impelen los deseos de agradaros.
Vuestras piedades con razón me animan.
Y excuso de preámbulos pesados,
que solamente cansan y fastidian.

Y pues ya conocéis, como presumo,
adonde va mi idea dirigida,
si no agradare, perdonad piadosos;
si soy feliz, todos aplaudidla.

Y pues he dicho — toque ya la orquesta.
Silencio que la idea se principia.

El teatro representa una casa pobre. Habrá una mesa con tintero, un candil que da luz a la escena, una botija, unos libros y papeles encima y debajo de la mesa, una silla y una botella; todo ridículo. La música tocará lo que quiera, y después el poeta, que estará sentado, dice con resolución:

¡No hay remedio! ¡Esto es hecho! ¡Caballito!

¿Me resolví? Pues a ello, Musa mía.

¡Caramba! Fuera bueno que cualquiera *monologuera*. ¡Oh, Dios, qué palabrita!

¿Y yo, quieto que quieto, me estuviera sin atreverme? ¡A fe que no en mis días!

¿No hacen comedias hoy *originales* de *costumbres* con otras baratijas mil poetas lechuzos sin talento, y que ni el arte vieron en su vida?

¿Hay ya paje, plumista, peluquero y, si me apuran, hay mozo de esquina que deje de escribir piezas teatrales si el demonio le tienta de que escriba?

Es claro. ¿Y temo yo? ¿Quién dijo miedo?

¡Por Apolo que fuera tontería!

Una escena en que habla un personaje que se para, se sienta, que se empina, que llora, que se ríe, se enfurece y hace lo que uno quiere, ¿me podría hacer temblar? ¡A un hombre que hubo escrito mil *romances de ciego* y cien *letrillas*, setenta y dos *tonadas de teatro* y hará cien logogrifos cada día!

¡Eso no, vive Dios! Tema en buen hora escribir toda aquea catervilla

de poetas que estudian las pasiones y andan siempre con daga las reglillas, con eso es verosímil, eso es bajo; pero yo, ¡bien a fe! ¡Majadería!

Bajen aquí las Musas del Parnaso; despacha, Apolo. Tu furor me inspira, y si no déjalo, que los talentos como el mío de ti no necesitan.

¡Ya me siento exaltado! ¡Ahora que vengan!

Chorrearán de mi pluma maravillas.

A nadie temo... Un polvo... Poco tienes.

Vamos a despacharlo en dos horitas.

Cien versos más o menos poco importan.

¡Aquí de mi fogosa fantasía!

(*Va a la mesa, y al llegar se detiene.*)

Mas poco a poco. Lo mejor falta.

No he pensado el asunto todavía.

Esto antes es preciso. ¡Lindamente!
¿Igual será mejor? Mejor sería
forjarlo acá en mi mente, que el poeta
puede fingir; mas no, no lo haría.
Debe ser historial. Así lo dicen
los mono-tragi-sabios-preceptistas.
Y bien, yo no me acuerdo de ninguno.
¿Lo haré de hombre o mujer? ¡Voto a Cribas!
¡Caramba, que esto es chasco! No; en tal caso
acudo a mi amada botellita.
Un trago; en el instante vendrá Baco.
En efecto, me ocurren y a porfía.
Hércules se me ofrece cuando sabe
que ha robado el Centauro a Deyanira.
¡Monólogo herculano!... Don Gaiferos
que roba a Melisandra, su querida...
Pero aquí hay dos personas. ¿Y qué importa?
Será *dúo-personal*, ¡por vida mía!
Pero debe ser uno. ¡Carambola!
Acoto a don Gaiferos. ¡Qué delicia
será pintar a mi héroe discursivo
si se ha de salvar su madamita!
¡Qué fuente de pasiones y de afectos!
¡Bella materia! ¡Acótolo por mía!
¡Qué hinchada está mi vena! No se pase.
A escribir, a escribir a toda prisa.

Música. El poeta requiere pausadamente los trastos de la mesa.

El tintero parece que está seco;
tú, que ayudaste siempre mis fatigas
y diste tinta para que durasen
versos que a no ser tú perecerían,
¿ahora me faltas? ¡No, para esta pieza,
aunque seco, tendrás bastante tinta!
Y si no para tales ocasiones
agua suele tener esta botija.
El diantre del candil alumbró a muertos.
Aticémosle, pues. ¡Oh, tú, torcida,
una y mil veces venturosa mecha
entre cuantas alumbran las guardillas
de poetas canoros y del griego
semejas la mugrienta lamparilla,
alumbró bien y no hagas mucho moco!
¡Con qué vigor me siento! Envidia, envidia,
tú que muerdes como otro cancerbero
y mis obras cruel desacreditas,
muérete de repente; porque rabies,
mi docto numen y mi ciencia mira. ...

Música. Dobla el papel, y cuando parece que va a escribir dice:

Cuando salga al teatro esta gran pieza
¡qué aplausos que me esperan! En cuadrilla
querrán entrar las gentes por las puertas,
parte ninguna quedará vacía.
Llorarán las mujeres hilo a hilo,
y todos me dirán: «Dios te bendiga.»
Pasará a las edades venideras.
Las naciones lejanas y vecinas
me alabarán a una; en dos palabras
hará que sea mi fama esclarecida.
Y el actor que la hiciere hasta su casa
será llevado con farol y en silla.
¡Cuerno, cuerno! ¡Por Dios! ¡Haya demonio!
¡Qué bien hace quien nunca despavila!
Los versos salir quieren a docenas.
¡Oh, si pudiera yo con dos manitas
escribir fácilmente, cuantos miles
de coplas no ensartara yo en un día!
Alto, pues. A empezar. Llegó la hora.
Cruz, no le lleve el diablo, y se principia.

La música toca un minué piano mientras escribe.

«Don Gaiferos. Monólogo. La escena
es un campo y al pie de una colina.»
En efecto, bien va, pues de este modo
puede gritar mejor y más aprisa.
¡Verosimilitud! ¡Oh, lo que vales!
«Don Gaiferos, con planta muy pulida,
de todas armas pertrechado, se halla
sobre una peña echado panza arriba.»
¡A que choca a las gentes el principio!
Otras cosas peores chocarían.
«La orquesta tocará la funerala
con tambor destemplado y con sordina.»
Lo que un poeta como yo no piense
ni el mismo Lucifer discurriría.
«El héroe poco a poco se levanta,
apoya sobre el tronco la mejilla
y mirando el reloj...» ¿Habría relojes
en su tiempo, o el tal lo gastaría?
¡Qué se yo! Sobre todo que lo saque.
Eso será pecata minutilla.
«Levántase por fin y dice...» Dice.
Y ahora pregunto yo: ¿Qué es bien que diga?
Muerto estoy. No, por cierto. ¡Muerto, nada!
Un hombre que está muerto no hablaría.
Rabiando... No, tampoco, que mordiera.

Sin saber... ¡Eh! ¿Tal cual? ¡Ignoraria!
Ahora sí. ¡Gran principio! Que ni el Tasso
comenzó con sentencia más cumplida.

La música sigue al autor.

Dos versos. Aquí grave. Aquí furioso.
Con lentitud. Con fuerza y energía.
Voto a tal, que esto sale lindamente.
¡Lope conmigo, niño de mantillas!
«Que no puedo aunque quiera, porque quiero
querer más.» ¡Qué graciosa cancanilla!

(Descansa y toma un polvo.)

¡Vaya un polvo! ¡Qué bueno va saliendo!
Vosotros, infelices poetillas,
que andáis haciendo planes para nada
y andáis con saca, pon, añade y quita,
ved como yo hago, *calamo corriente*,
lo que no haríais vosotros en seis días.
¡Ya las obras lo dicen! Y no obstante,
siempre ha de ser la ciencia perseguida.
Sigamos con tesón. Aquí del fuego
que haga del teatro fodroyante pira.
«Irritado... Furioso... Se levanta...
Llora... Se pasma... Se enfurece y grita.»
Conmoverá a las piedras. Discurramos.

(Levántase de pronto, paseándose con agitación. Se quita el gorro y hace lo que demuestran los versos.)

¡Por la cuba de Baco que es bolina!
¡Qué no halle un asonante que me venga!
Vean aquí lo difícil de la rima.
Vida... Comida... Nada, no me ocurre.
¿Por qué he tomado el asonante en *ia*?
Veremos si esto presta algunas luces.

(Toma un libro.)

De este modo un autor se despepita.
Ni Rengifo ni el diablo que lo lleve
me lo presta tal cual. ¡Mala polilla!
¡Por vida del demonio! ¡Pues es chasco!
¡Ahora caigo! ¡Me acuerdo! ¡Viva, viva!
Salimos del apuro. ¡Ya sudaba!
Esto a uno le sucede cada día.
Pero al fin ha salido. Prosigamos.
¿Quién vió felicidad como la mía?
Pausa, que ya es preciso que descanse.
En efecto, que vaya una pausita.

«Don Gaiferos se queda puesto en guarda
y tocan a la orquesta unas folias.»

Vítor. Ya va un pedazo. Si yo fuera
casado mi mujer me alabaría.

Pero, pues no lo soy, lo hago yo y pata.

¡A fe que no soy solo en estos días!

Música. El poeta, satisfecho, da muestras de su gozo y toma el papel.

Vamos a ver que tal está esta pausa.

Apuesto que sin duda está divina.

Mas, sin embargo, bueno será leerla,
y de paso también el corregirla.

(Lee.)

«En este punto donde me hallo solo

batallando con mil y mil fatigas

a la vista del muro de Sansueña,

que más y más mis penas multiplica,

de Marsilio insultado... ¡Rey amable!

Y cuando a las tablas jugaba con porfía...»

¡Por Dios, que está larguillo aqueste verso!

Cuando a tablas. ¡Que pase! El finalillo

dirán esos hurones de por vida

que es un pegote. Digan lo que quieran,

ejemplos a millares lo autorizan.

Si así vamos, no habrá pieza mediana.

«Cuando a tablas jugaba con porfía...»

Muy bien, que aquí no somos lame-versos.

*«¡Ay, cuán débil, inestable y movediza
es la meditación de un afligido!*

¡Qué lindos epítetos! ¡Mas por vida

de Marco Antonio! ¿Puedo a Melisendra,

a quien amo, dejar? Necio sería,

pues no puedo aunque quiera, porque quiero

querer más que querer a mi querida.»

¡No sé cómo ha salido tan gracioso
este concepto que aun a mí me hechiza!

¡Vaya que está del todo primoroso!

Aquí de pronto mi francés se irrita.

«¡Tiembla, Sansueña! ¡Terrible rey tirano!

¡Tiemble el mundo, que a mi nó hay quien resista!

¡Derribaré los muros y las torres!

¡Me tragaré los montes y colinas!

¡O subiré ligero a tus balcones

cual ratoncillo por pared a guisa!

Tanto monta.» Mas no; no está bien dicho,

que Don Gaiferos no coheó en su vida.

Pues que no monte tanto, ¡carambola!

Aquí falta una coma y su rayita.

Música. Corrige. Después toma la botella para beber, pero engolfado en su lectura se queda con ella en la mano.

Para poder seguir echaré un trago.
¡Qué bien el interés así se explica!
Ahora se pasma. «Y bien, ¿será posible
en Sansueña la entrada y la salida?»
Ahora se enfurece y alborota.
«¿Temo? Pues, ¿en mí cabe cobardía?
Entraré en la ciudad y diré: Viles
almas de mazapán y gelatina,
aquí está Don Gaiferos, cuerpo a cuerpo,
a pie, sentado, echado, de rodillas,
de sol a sol, o bien de luna a luna,
uno por uno, a todos desafía,
que con esta luciente y fuerte espada
derribaré los templos y mezquitas,
y caerán, rebanadas a docenas,
las cabezas más altas e inauditas.»

Música estrepitosa. Da con la botella en donde está colgado el candil y todo cae, quedando a oscuras la escena. Después, al irse levantando, dice a media voz:

¡Anda con mil demonios! La cabeza
me he roto y desollado las rodillas.
Maldita sea Sansueña y Don Gaiferos
y aquel que me sacó de mis casillas.
Aquí sí que fué Troya propiamente.
Cayó el tintero, mesa y botellita
y al mísero candil lo llevó el diablo.
¿Qué suerte habrán corrido mis obrillas?
¿Si acaso en negro aceite remojadas
podrán sólo servir de lamparillas?
¡Qué aciago cuarto de hora! Algún demontre
quiere ver mi paciencia consumida.
¿Por qué, cruel Apolo, esto consientes?
¡Cómo toda esa mala catervilla
de poetas chuzones, a saberlo,
me silbaran, mofaran y reirían!
¡Desdichado monólogo! Otros lucen
y tú mueres a oscuras. ¿Quién diría
que tal me sucediese? Mas ya entiendo,
brillante Apolo, tu intención benigna.
Esto ha sido un castigo porque quise
meterme a escribir cosas nunca vistas
que repugnan al gusto y que las gentes
que se dicen de seso las critican.
¿Y dónde iré por luz? La yesca es mala.

Quizás no estará en casa la vecina,
y si un dedo no enciendo es bien difícil.
¡Que esto un poeta como yo resista!...
Reniego de mi suerte y de mi estrella;
mas vuélvome otra vez a mis coplillas.
Escarmiento, sí, Apolo, y haz que quepa,
al que otro hiciere, la fortuna mesma.
Voy por luz. Permita el sacro coro
que no acierte a escribir dos tonadillas
ni a hacer primores, como acostumbraba
en otro tiempo, cuando Dios quería,
ni logre de este pueblo los aplausos
si escribo otro monólogo en mi vida.

(*Cae el telón.*)»

* * *

Musicalmente considerados presentan la misma estructura algunos melodramas para varios personajes y en más de un acto. Recordemos de un modo especial aquel que, con el epígrafe *Séneca y Paulina* y el subtítulo «drama trágico en un acto», escribió D. Luciano Francisco Comella, por los comentarios que inspiró a la censura. El vicario eclesiástico de la villa de Madrid y su partido no tuvo que oponer ningún reparo el día 10 de junio de 1798, puesto que en la obra nada había que se opusiese «a nuestra santa fe, buenas costumbres y regalías del rey». Otro tanto vino a decir dos días después el examinador fray Tadeo López, a quien se le remitió la obra por orden del corregidor del Consejo de S. M. El corrector D. Santos Díez González, cumpliendo el mandato del mismo señor corregidor, expuso: «... Hallo que sobre la impropiedad del lenguaje y bajeza de pensamientos contiene una acción atroz e indigna de ponerse a los ojos del pueblo, según Horacio: *Nec pueros coram populo Medea trucidet*, etc. No todas las acciones verdaderas son dignas de los espectáculos. Además de eso hay una sollicitación impura de parte de un soberano, y esa en público. Sin embargo, esta función está estudiada y destinada para mañana. El señor juez protector, en vista de todo, resolverá lo que tuviere por conveniente en virtud de este apuro y hallarse aprobada la pieza por la Vicaría eclesiástica y el teólogo censor que antecede. Madrid, 13 de junio de 1796.»

En vista de esto la autoridad dispuso que la pieza volviese a su autor para que la corrigiera de los defectos anotados, y dispuso que «entre tanto que no se halle puesta en ella la aprobación no se procederá ni aun a repartir los papeles o representarse, pues de lo contrario se harán efectivas las providencias con que se hallan apercibidos los *autores* repetidas veces». (Recordemos aquí de pasada que se denominaban *autores* a la sazón a los que hoy podríamos llamar directores de compañías.)

Aquel mismo día, con la precipitación consiguiente, corrigió Comella esta obra suya, y apresuradamente la devolvió al severo D. Santos Diez González, quien con rapidez no menor en aquella misma fecha 13 —que tan fatídica debía parecer a quienes con ansiedad aguardaban la aprobación legal— informó favorablemente el manuscrito, poniendo en él la siguiente diligencia: «De orden del señor corregidor he vuelto a examinar la adjunta pieza, y respecto de haber corregido su autor los vicios más notables de ella puede permitirse su representación, arreglándose a este ejemplar.» Y aquel mismo 13 de junio se concedió por fin la aprobación solicitada, autorizándose para que se representara el referido drama trágico.

Sobre la letra y música de esos melodramas en varios actos, importación de algunos textos extranjeros e intervención musical española en los mismos, nos ocuparemos en otro artículo. Ciñéndonos ahora a los melólogos haremos unas consideraciones sobre su contenido musical, con las cuales complementaremos las que, referidas anteriormente a determinados casos concretos, podrían hacerse extensivas a todos.

Los melólogos se mantuvieron en los teatros madrileños unos veinte años aproximadamente. Si se exceptúa alguno traducido, como el *Pígmalión* rousseauiano; *Dido, abandonada*, del padre Lasala, y *Guzmán el Bueno*, de Iriarte —el cual venía a constituir un artículo de importación, puesto que se había estrenado en Cádiz con anterioridad—, todos los demás, a buen seguro, fueron escritos directamente para los escenarios de esta corte. Fué Laserna probablemente quien compuso las partituras de casi todas esas obras, musicalmente anónimas, con excepción de alguna, como la «scena trágica» titulada *Policena*, cuya censura data de 1794, constando que tuvo a Fermín del Rey y Blas de Laserna como autores, respectivamente, de la letra y la música. Para los melólogos regía un patrón común, y su orquestación, por lo general, se hacía teniendo en cuenta el instrumental ordinario de los coliseos madrileños.

Comparadas musicalmente esas producciones —cuya cifra es bien reducida— con aquella de Iriarte, que vino a marcar el camino tras el *Pígmalión* representado en francés primero y más tarde en español, no tienen el interés del melólogo escrito por el fabulista aun famoso; eran productos elaborados diligentemente por profesionales duchos en su arte, pero poco preocupados por ciertas sutilezas de estilo y ciertas modalidades de expresión, a las que Iriarte había prestado atención suma. Porque en materia de melólogos españoles, puede decirse que si Rousseau había sido su Alá, Iriarte había de ser su profeta. Y un profeta negado o desconocido durante un siglo. Sirva este artículo para rehabilitarle del olvido en que tan injustamente se le tenía, de paso que muestra un aspecto —insospechado para muchos— de la música escénica española en las postrimerías del siglo XVIII y albores del XIX.

JOSÉ SUBIRÁ.

CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS DEL ARCHIVO DE VILLA (MADRID) ⁽¹⁾

II

BULAS INÉDITAS DE 1501

Conocen ya los lectores una bula incunable, en castellano, de 1490 (1) y hemos llegado a la conclusión de que fué impresa en Valladolid por artista desconocido. El Sr. Haebler (2) apunta la hipótesis de que el impreso en cuestión sea de Sevilla y por Pedro Brun. Es de suponer que funde su parecer en la semejanza de tipos entre los empleados en la bula del Archivo Municipal y los que usa Brun en Sevilla cuando aparece imprimiendo en 1492 asociado con Juan Gentil.

Hemos cotejado de nuevo nuestra bula con las obras conocidas de Brun en su última época, singularmente con el *Nobiliario* de Mexia (Sevilla, 1492) (3), y encontramos, en efecto, gran parecido entre unos tipos y otros, aunque no la identidad perfecta: la *R*, que es la letra más parecida, tiene muchos puntos de contacto, difiriendo en que la de la bula del Archivo Municipal tiene el ojo superior cerrado por arriba, al paso que la de Brun es siempre abierta (4); la *E*, en cambio, es distinta, y entre las minúsculas las hay de forma bastante aproximada (*d*, *g*, *y*, etc.)

El no decidírnos nosotros por atribuir nuestro impreso a Brun y en Sevilla obedece a que antes de 1492 no hay noticias de este impresor en dicha población.

Ahora bien, en la peregrinación de Brun por la Península, ¿no pudo suceder que estuviera algunos años en Valladolid al servicio de los monjes de Nuestra Señora de Prado y que allí empleara parte de su material?

De todas formas, la hipótesis sentada por Haebler es del mayor interés, porque de ser cierta es un nuevo dato para ilustrar la biografía de este impresor desde que perdemos sus pasos en Barcelona, en 1482, hasta que diez años

(1) Vid. REVISTA, IV (1927), págs. 339-344.

(2) En atenta comunicación, que agradecemos profundamente y respetamos.

(3) Es el *Nobiliario*, de los impresos de Brun que conocemos, el que más se asemeja a la bula.

(4) Cfr. Mexia: *Nobiliario*, lib. I, cap. XLV, col. 1.^a, y cap. LVIII, col. 1.^a, como ejemplos más característicos. (Uno de los muchos ejemplares que existen de esta obra está en la Biblioteca Nacional de Madrid.)

después reaparece en Sevilla imprimiendo, en compañía de Gentil, el *Nobiliario* a que nos hemos referido.

Será interesante relacionar la estancia hipotética de Pedro Brun en Valladolid con la fundición renombrada de tipos que allí existió y con la afirmación que se lee en el colofón del *Espejo de la Cruz*, de Domenico Cavalca, impreso en Sevilla (1486): «en casa de Antón Martínez, de la talla del maestro PEDRO». Añádase que Brun, además, no aparece imprimiendo solo hasta 1498 (1) sino siempre asociado: primero en Zaragoza con Mateo Flandro (1475: *Manipulus Curatorum*), luego con Spindeler en Tortosa (1477: *Rudimenta Grammatical*, de Perotus) y con el mismo Spindeler en Barcelona (1478: *Commentarium in Libros Ethicorum Aristotelis*, de Santo Tomás, dos ediciones del mismo año), y más tarde, en Barcelona también, con Pedro Posa (1481), época en que desaparece, hasta 1492 cuando, como hemos dicho, se encuentra en Sevilla, también asociado (2).

Hoy damos a conocer dos nuevas bulas del Archivo Municipal de Madrid, también ignoradas hasta ahora, de 1501. Una es de vivos (3) y otra de difuntos, repetida ésta, con algunas variantes, en una misma hoja de papel (4).

El estudio de los tipos nos lleva a atribuirlos al taller toledano de Pedro Hagenbach, quien por esta época todavía trabajaba en Toledo (5). Compárense estas dos bulas con las *Leyes del Estilo*, del mismo impresor (Toledo, 1500), y el tipo mayor con la letra de texto del *Misale Mixtum*, de igual fecha (6).

Es fácil observar en la pequeña bula de difuntos como se componía de una vez la plancha con el texto repetido varias veces para ahorrar tiempo y papel; en nuestro ejemplar eran por lo menos cuatro o seis iguales, según se puede observar por el corte superior y el de la izquierda, próximos a la caja y ejecutados con tijera, al paso que los otros dos bordes no han sido cortados. Esta reproducción no era tan exacta que se evitaran algunas alteraciones en el texto, como es fácil comprobar en la bula reproducida comparando las palabras *remission* (7) de la línea tercera y las palabras *contenida* y *remission* de las líneas octava y novena, respectivamente (8).

(1) Spañon, *Introducción de Canto llano*.

(2) Cfr. Habler: *Bibliografía ibérica* (1917), 235 (1).

(3) Sig. 2-383 18. Vid. lám. II.

(4) Igual signatura. Vid. láms. III-IV.

(5) Murió en 1502, aunque el taller siguió funcionando hasta 1512 por lo menos. (Cfr. Haebler: *Tipografía ibérica*, pág. 64).

(6) Se reproduce la portada y el fol. 11 de las *Leyes* en *Geschichte des Spanischen Frühdrucks* (Leipzig, 1923), págs. 191 y 192, y del *Misale* en *Tipografía ibérica*, núm. 132, y en la obra anteriormente indicada, págs. 187-189, obras ambas de Haebler.

(7) Ss en la primera y el nexo st en la segunda.

(8) En la segunda se ha suprimido la n de ambas palabras. Véase la observación de Haebler al núm. 110 de su *Bibliografía ibérica* (1904, pág. 48), observación que reproduce el Sr. Alcocer y Martínez (D. Mariano) en su *Catálogo razonado de obras impresas en Valladolid*, Valladolid, 1926, pág. 35.

De la misma fecha es la conservada en el Archivo Histórico Nacional (1), que también publicamos para que se pueda establecer comparación entre la producción toledana en 1501 y la que nosotros consideramos de Valladolid en la misma fecha.

Esta nueva bula, también desconocida e inédita hasta ahora que sepamos (2), es más que probable que se imprimiera por Pedro Giraldi y Miguel de Planes en Valladolid (3) y con los mismos tipos que hizo posible la atribución a Guillén de Brocar de impresos de los primeros. Obsérvese como se usa aquí la *rr* perruna, no siempre empleada por estos impresores en sus obras. La emplean también en la *Visión deleitable*, de Alfonso de la Torre (Valladolid, 1497; Haebler, *Bibl. Ib.* n.º 465), del que hay ejemplar en la Biblioteca Nacional, y en *Memoria de nuestra redención* (Valladolid, 1497 (4); Haebler, n.º 542), del que hay ejemplar —el único conocido— en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

El impreso de Giraldi y Planes, atribuido primitivamente a Brócar, es la *Historia Baética*, de Verardus (5), error que deshizo el Sr. Haebler ante otros impresos, *Janua Artis magistri Raimundi Lulli* y la *Lógica Abreviata*, del mismo autor, sin indicaciones tipográficas ambas, pero impresas en Valladolid por Giraldi y Planes en 1497 (6), de los que dice el hispanista citado que estaban en poder de Jac. Rosenthal, de Munich, los únicos ejemplares conocidos.

Hasta ahora no se sabía que Giraldi hubiera impreso nada después de 1499, fecha de las *Bulas de indulgencias* para el Monasterio de Santa María de la Fuente y para el Hospital de Saldaña, atribuibles a él, o, por lo menos, impresas con sus mismos tipos. Con la aparición de esta bula del Archivo Histórico encontramos funcionando su taller tres años más tarde, y por cierto sin haber perdido nada, antes ha ganado en perfección de técnica y belleza de composición tipográfica.

El grabado en madera de la parte izquierda del impreso que enlaza con la gran C floreada inicial, es merecedor de que nos fijemos en él por ser la primera vez que aparece en papeles sueltos españoles un grabado de esta naturaleza: no de sellos ni de pequeñas imágenes, sino de composición de más artificio, cosa que en bulas no se encuentra hasta bastantes años después.

Según nuestras hipótesis se puede concluir sentando la de que desde 1490 en que hemos encontrado a Brun imprimiendo en el Monasterio de Nuestra

(1) Fondos de Nuestra Señora del Prado. Leg. 541. Vid. lám. V.

(2) No se registra en la obra citada anteriormente de Alcocer.

(3) Compárese con Verardus: *Historia Báctica*, Valladolid, por Pedro Giraldi y Miguel de Planes, 1497.

(4) Está fechado el 12 de julio en el colofón, pero el privilegio dice que corre desde «hoy miércoles 1.º de agosto de 1498. Otra edición, al parecer de 12 de agosto de 1497, existe, de la que el ejemplar único también se conserva en la Bibl. Nunc. de Perugia.

(5) Cf. Haebler: *Gesellschaft für Typenkunde*, lám. 359. Hay ejemplar en la Bibl. Univ. de Valencia.

(6) Haebler: *Bibl. Ib.*, n.º 193(5) y *Beiträge zur Forschung*, II, 55-56.

Señora de Prado, continuó su obra, acaso en 1491 ó 1492, Giraldi con su compañero Miguel de Planes; por ellos, o por lo menos con los tipos por ellos empleados, se continuó imprimiendo la bula en el mencionado monasterio hasta que se encargó de ella, ya bien entrado el primer cuarto del siglo xvi, Arnao Guillén de Brócar, y esta última sucesión explica las semejanzas de tipos a que hemos hecho referencia entre impresos de Giraldi y de Brócar.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

Archivo de Villa.

LOS ORÍGENES DEL CORREO MODERNO EN ESPAÑA

MADRID Y EL CORREO MODERNO.—LAS ESTAFETAS.—MADRID Y SU PRIMITIVA ORGANIZACIÓN POSTAL.—SUS COMUNICACIONES CON ITALIA Y CATALUÑA. EL ORDINARIO DE ITALIA Y LAS ESTAFETAS DE CATALUÑA.—COMUNICACIÓN DE LA CORTE CON ZARAGOZA, BARCELONA Y VALENCIA

*Los orígenes de la revolución postal en tiempo de los Austrias.
Antecedentes de los Tasis en tiempo de Felipe el Hermoso*

Carlos V es el heredero de la corona de España y de la casa de Austria. Y con esta herencia, que une bajo su imperio inmensos dominios, recoge también un conjunto de costumbres e instituciones que perduran muchos años. Tal sucede con la organización postal, cuyos antecedentes es preciso buscarlos en Felipe I el Hermoso.

El 18 de enero de 1505, en Bruselas, da una Real cédula Felipe I ordenando a Francisco de Tasis, capitán y maestro de postas, establecer en Francia, España, Alemania y Güeldres postas con buenos caballos (1).

Se establece el tiempo que emplearían en el recorrido. De Bruselas a Inspruck, cinco días y medio en verano y seis y medio en invierno. De Bruselas a París, cuarenta y cuatro horas en verano y cincuenta y cuatro en invierno. De Granada a Bruselas, quince días en verano y diez y ocho en invierno. Desde Toledo a Bruselas en doce y catorce días, respectivamente.

La importancia de este documento es grande, pues ya señala el correo en su aspecto internacional, y aparece Francisco de Tasis como continuador de la tradición gloriosa de su familia, que tantos servicios prestó a Maximiliano (2), y el primer eslabón del correo de España, donde servicios tan eminentes iban a desempeñar sus continuadores (3).

La unión de los dominios españoles con los de la casa de Austria plan-

(1) Este documento se conserva en el Archivo de los Tasis, de Ratisbona. Ha sido publicado por J. Rübsam *Johann Baptista von Tasis. Ein Staatsmann und militar unter Philipp II, und Philipp III (1530-1610)*. Freiburg, 1889, pág. 188.

(2) Adler, *Die Organisation der Zentralverwaltung unter Maximilian I.* Leipzig, 1886.

(3) La bibliografía de los Tasis es inmensa, pues intervienen en toda la vida de las comunicaciones de Europa hasta el siglo XIX.

Un excelente libro de conjunto es el de Fritz Ohman, *Die Anfänge des Post Wesens und die Tasis*. Leipzig, 1909.

tea inmediatamente el problema de sus relaciones, y en ellas los Tasis van a desempeñar el papel principal.

España contaba con una tradición gloriosísima de organización postal. Especialmente Aragón, Cataluña y Valencia tenían disposiciones sin semejanza en Europa; pero todo esto era desconocido por Carlos V, cuyos consejeros y familiares desconocían no sólo las tradiciones, sino hasta la lengua española, y no podían hacer una excepción al tratar de los servicios de postas (1).

Carlos V.—El correo político y diplomático

Dos tratados interesantes nos dan la clave de la organización postal de Carlos V en sus relaciones con los Tasis.

Uno de ellos, de 12 de noviembre de 1516, encontrado en el Archivo de los príncipes de Thurn y Tasis, en Ratisbona; otro de 20 de diciembre de 1517, en el Archivo de Simancas.

El primero es un convenio entre Carlos V y Francisco y Bautista de Tasis regulando el establecimiento de postas para el servicio del emperador en España, Roma, Nápoles, Alemania y Francia (2).

Se obligan los Tasis a establecer su servicio desde los lugares donde residiera el emperador a Inspruck, Verona, Roma y Nápoles; en cada posta habría regularmente dos caballos para el buen servicio; también se cursarían por su mediación las cartas, regulándose el tiempo en que debían ser transportadas. De Bruselas a París, en treinta y seis horas en verano y cuarenta en invierno. A Blois, en cincuenta y sesenta horas, respectivamente, según la estación, y a Lyon, tres días y medio y cuatro. De Burgos a Bruselas, siete y ocho. De Inspruck a Bruselas, cinco y seis. De Bruselas a Roma, diez días y medio a doce. De Bruselas a Nápoles, catorce días en invierno.

En todos los inmensos territorios que comprende esta organización se cuidaría de tener representantes —lo mismo en Francia y Alemania, que en Italia y España— que obedecerían siempre las órdenes de los maestros de postas o de sus representantes, y cursarían toda la correspondencia que por tal conducto a ellos llegare. Para poder realizar esta misión el emperador obtendría de los soberanos de los territorios por donde se estableciera la organización de los Tasis las autorizaciones correspondientes para que las postas españolas pudieran disfrutar de todas las franquicias y les fueran abiertas las ciudades cerradas y los pasajes de los ríos, y que se les facilitara cuanto fuera menester en caballos y en víveres a precios razonables para que no sufrieran

(1) Cruzada Villaamil, en el prólogo a los *Anales de las Ordenanzas de Correos de España*. Madrid, 1880. E. Verdegay, *Historia del correo*. Madrid, 1894. C. Alcázar, *Glorias del antiguo correo de Cataluña*, artículo en la Revista *Raza Española*, mayo-junio, 1924.

(2) Archivo de los Tasis en Ratisbona, publicado por J. Rübsam, *Johann Baptista von Tasis*. Freiburg, 1889, pág. 215.

dilación la rapidez y el buen servicio. Todas estas prerrogativas, que serían concedidas por soberanos extranjeros —se citan al rey de Francia, al papa, a los príncipes y señores que fuera necesario—. se trata como de algo corriente y que significa como un derecho ya establecido por la costumbre de respeto al correo y a las comunicaciones de otros países. Son muy significativas las palabras que emplea el documento al tratar de estos privilegios: *Wie es posten zukommt*, como pertenece a las postas (1).

A los que iban a organizar tan complicado servicio se les otorga todo género de atribuciones. Podrían corregir y castigar a los que faltaren a su servicio. A los justicias se ordena que favorezcan a los maestros de postas y castiguen a los que se negaren a prestarles la debida ayuda en el desempeño de su misión.

También se establece el monopolio del servicio en las personas de Bautista y Mateo de Tasis, en España, Roma y Napoles, no pudiendo nadie tener sin el consentimiento de los Tasis caballos ni postas (2). Monopolio que es muy interesante señalar su extraordinaria importancia, pues será después objeto de largas y enconadas discusiones entre los herederos de Francisco y Bautista y el poder real. Es la vinculación del servicio postal en toda una familia, para el servicio del rey exclusivamente; pues en el artículo 9.º del convenio se establece que sólo para el servicio del rey podrían ordenarse y disponerse las postas.

Además de este monopolio, con sus privilegios, el emperador pagaría cada año 11.000 ducados de oro, de los cuales 6.000 se pagarían en España, 4.000 en Nápoles y los 1.000 restantes en Flandes (3).

Este documento es la Carta Magna del Correo de España. Es la incorporación a España de toda la organización postal tradicional de la casa de Borgoña, unida a Federico III, a Maximiliano y a Felipe el Hermoso, en la familia de los Tasis.

La gran política internacional de Carlos V, que se preparaba a ser el monarca más poderoso de Europa y necesitaba para su política una organización que no tuviera rival y pudiera competir en rapidez con cuantas había establecidas.

La política imperial encuentra en los Tasis unos admirables colaboradores, que ponen a su servicio los medios poderosos de que disponían y que supo-

(1) Artículo 10 del tratado. «Item wird der König den genannten Postmeistern Patente erwirken und zustellen von unserm heiligen Vater dem Papste, dem könige von Frankreich und, soweit es nötig sein sollte, von anderen Fürsten und Herren, durch deren Gebiet die besagten Posten gehen werden auf dass ebenjenen Posten freie Ofnun der geschlossenen Städte, Phareng. Flussübergänge, und anderer Plätze gewahrt werde, wie es Posten zukommt, und wird ihnen die Versorgung mit lebensmitteln und Pferde zu ihrem Bedarf, für ihr geld zu einem annehm baren Preise und ohne Abfindungssumme oder Erpressung für alle Falle und so oft zusehern, als es erforderlich sein sollte, damit keine Verzögerung. Störung oder Behinderung des bezeichneten Postenlaufes eintrete.»

(2) Item sollen die genannten Geschäftsführer die besagten Posten nicht abgehen lassen, es sei dem für die Briefe und Angelegenheiten des Königs.

(3) Artículo 14.

nen una transformación completa, una revolución técnica en los procedimientos hasta entonces seguidos.

Esta institución del correo real, cuya exclusiva se da a Francisco y Juan Bautista de Tasis, con todas las prerrogativas inherentes a la posta encargada del transporte de personas y de cartas, representa el momento de más importancia política y diplomática para la historia del correo español.

En los años de gloria del imperio español, cuando nuestra preponderancia y hegemonía políticas eran indiscutibles en el mundo, el correo es el gran colaborador en la intensa acción diplomática de Carlos V. Sus postas y correos llevaron por toda Europa —hasta las más lejanas tierras— el nombre de España unido a la victoria y envuelto siempre en el respeto y en la admiración.

Entonces en lo postal, como en tantas otras cosas, España era la primera nación del mundo. Y este tratado de 1516 que analizamos señala la implantación del correo moderno en España.

Digamos algunas palabras de los Tasis que firman el convenio. Francisco, cuyo nombre aparece por vez primera en un libro del correo de Inspruck en 1491, y cuya existencia consta en 1496, así como de otras personas de su familia, aparece en Worms y en Laibach, es nombrado en 1500, por Felipe I el Hermoso, capitán y maestro de postas, y en 1505, ya como rey de España, hace con él un convenio —precedente del analizado—, comprometiéndose a organizar un servicio de comunicaciones entre la corte de Maximiliano, España y Alemania (1).

Este Francisco de Tasis es con justicia considerado como el fundador del correo moderno, y Moser compara la obra de civilización por él realizada con la de Colón. Vivió gran parte de su vida en los Países Bajos, dirigiendo desde allí su vasto servicio.

Acompañó a Felipe I cuando vino a España a tomar posesión de la corona, y en 1517 le encontramos en el séquito de Carlos V.

En 1515 hizo fundir la campana de la iglesia de Santa María Camerata, cerca de Cornello, cuna de los Tasis, a unas tres millas de Bérgamo, y fundó, en la capilla de Battel-les-Malines, una misa perpetua en honor de la Santa Cruz.

Su muerte se calcula a fines de 1517, del 20 de noviembre al 20 de diciembre, después de haber asistido y visto poner los cimientos de la capilla de Notre Dame de Sablon, en Bruselas, donde se enterrarían sucesivamente los miembros de la familia.

En la colección de tapices de Spitzer se conserva un retrato de este gran organizador. Representa la llegada de la milagrosa imagen de Notre Dame de Sablon a Bruselas, en tres episodios. Allí aparece un hombre de distinción, sin barba y de cabellos blancos, con vestido suntuoso y arrodillado, teniendo en la mano una carta, de la que pende un sello.

(1) Rübsam, *François de Tasis, le createur de la poste moderne et son neveu J. Bautiste de Tasis*, artículo en la *Unión Postal Universal*. Berna, 1892, núms. 8, 9 y 10, tomo XVII.

En todos los tapices aparecen las armas de los Tasis y la siguiente inscripción: EGREGIUS FRANCISCUS TASIS PIE MEMORIE POSTARUM MAGISTER HEC FIERI FECIT, ANNO 1518.

Juan Bautista de Tasis es el primogénito de Roger y de Alegría Albreci, sobrino de Francisco; comienza sus servicios postales con Maximiliano y Felipe el Hermoso.

En 28 de agosto de 1518, en Real cédula, es nombrado por Carlos V, con sus hermanos Mateo y Simón, correo mayor (1).

Juan Bautista llevó en persona la primera noticia a Bruselas de la elección de Carlos V emperador de Alemania.

En 14 de junio de 1520 recibe en Gante el título de *chief et maistre general de nos postes par tous nos royaumes, pays et seigneuries*.

Durante la dieta de Nuremberg estableció un servicio casi permanente con los Países Bajos.

Acompaña a Carlos V cuando va a coronarse a Bolonia, y en 1530 le ceden en recompensa a sus servicios el condado de La Roche, en las Ardenes.

En 1533 trabaja activamente en la organización de un servicio regular entre los Países Bajos y Francia.

En recompensa a los fieles servicios prestados le autoriza el emperador a que el águila de su escudo tenga dos cabezas.

En 1535 hospedó y trató espléndidamente al soberano destronado de Túnez, Muley Hassam, en su casa de Bruselas.

En 1541 acompañó a Carlos V a la dieta de Ratisbona, pero allí cae enfermo y muere el 16 de octubre de dicho año, siendo enterrado en la capilla de la familia de Notre Dame de Sablon, en Bruselas.

Bautista, Simón y Mateo de Tasis en España

El segundo tratado entre Carlos V y Bautista y Mateo de Tasis está fechado en Valladolid el 20 de diciembre de 1517 (2). Es una ratificación del anteriormente realizado. Se repiten los mismos conceptos sobre el transporte de las personas y de correspondencia; el monopolio; las órdenes de las justicias para favorecer a los maestros de postas; se regulan casi idénticamente las horas que debían tardarse en el transporte normal de la correspondencia, según fuera, verano o invierno; se habla con el mismo concepto de las prerrogativas que pertenecen a la correspondencia y también de un modo taxativo se expresa que no se harán «correr las postas sino por cartas o negocios del rey».

Ya no aparece Francisco de Tasis, quien seguramente en esta fecha, y

(1) Título de correo mayor en favor de Bautista, Mateo y Simón de Tasis. Impreso publicado en los *Anales de las Ordenanzas de Correos*, pág. 3.

(2) Archivo de Simancas. Contaduría. Primera época. Legajo 315.

acaso con anterioridad, había cedido y entregado los servicios a sus sobrinos Bautista y Mateo.

El 28 de agosto de 1518 Carlos V nombra a Bautista, Simón y Mateo de Tasis sus maestros mayores «de Ostes i postas y correos de nuestra casa y corte y de todos nuestros reinos y señoríos». Este nombramiento es la confirmación definitiva de los privilegios y favores reales que desde largo tiempo venía disfrutando la familia de los Tasis y el resultado lógico de una serie de vidas consagradas plenamente a la organización de las comunicaciones para el mejor servicio del emperador.

En el mismo título de su nombramiento se rinde el debido homenaje al servicio prestado por los antepasados, especialmente en las personas de Francisco de Tasis, que fué correo mayor, y además se les hace naturales de estos reinos y señoríos (1).

El cargo sería ejercido por Bautista y cuando éste se ausentara por Mateo y si faltara éste por Simón. El servicio se extiende a los viajes y a las cartas y pliegos con carácter de monopolio, que se garantiza con fuertes sanciones, castigándose a los que faltasen con la pena de 100.000 maravedises que se repartirían en la siguiente forma: 25.000 para la real cámara; otros 25.000 para Bautista de Tasis o sus hermanos en caso de estar ausente, y los restantes 50.000 repartidos en partes iguales entre el juez que sentenciara y el alguacil que ejecutara la sentencia.

A los contadores mayores se les prohíbe entregar cantidad alguna sin la previa autorización y visto bueno de los Tasis que asumen todo cuanto se refiere al servicio postal. Ningún oste, ni correo, ni posta, puede usar las armas reales, ni ejercer el oficio, bajo pena de muerte, siendo necesario la autorización y el ser «vistos y examinados y recibidos y fecho el juramento» ante los Tasis para poder actuar.

Se autoriza a los correos el uso de armas para su defensa; se ordena que sus casas sean francas y libres, de pechos y monedas, y en su viaje tienen derecho a todas las prerrogativas que anteriormente hemos mencionado, en los convenios de Carlos V con Mateo y Bautista de Tasis.

Hasta escapan a la jurisdicción de la justicia, no pudiendo ser detenidos más que en caso de delito criminal, debiendo el justicia organizar otro correo que sustituya al que se interrumpe en su viaje.

Este nombramiento —cuyo valor para la historia de las comunicaciones es incalculable— nos muestra claramente el concepto eminentemente político y real del correo de Carlos V.

El mismo emperador nos lo explica al ordenar que queden derogados todos los anteriores nombramientos y sin efectos cuantos derechos existieran hasta entonces. Todo ello se hacía en nombre de «nuestra sciencia y sabiduría

(1) «Acatando los buenos y muchos i leales servicios que al mui alto y muy poderoso señor Rey D. Felipe, que Dios tiene en su gloria, i a nos habeis fecho i esperamos que nos hareis de aquí adelante, es nuestra merced y voluntad de os hazer, naturales destos nuestros Reinos y señoríos.»

y poderío real absoluto». La nueva organización del país, y especialmente la política internacional, obligan a Carlos V. a tomar las más enérgicas disposiciones para centralizar el servicio postal e imponer su monopolio y vinculación en la familia de los Tasis, que significaban para él una garantía de lealtad y fidelidad inquebrantables, y además técnicamente eran los creadores y organizadores del correo moderno.

Este título de correos mayores a Bautista, Mateo y Simón de Tasis es la síntesis de una gran obra administrativa y política. Representa el asumir los Tasis todos los medios de comunicación y centralizar las distintas organizaciones postales entonces existentes en España. En lo postal como en lo político es la nueva centralización.

Las antiguas organizaciones postales españolas protestan contra esta nueva política que que hiere sus privilegios y los otorga a gentes extrañas (1).

Los hostes Pedro Juan, de Barcelona, y Bernardino de Ayala, de Valencia, recuerdan toda la gloria del correo catalán y de la posta valenciana, que fué colaborador entusiasta y heroico en la gran obra de la reconquista y de la expansión civilizadora en el Mediterráneo para oponerse al nuevo monopolio. Algo se salva de los viejos privilegios, pero vence al fin con los nuevos correos mayores una nueva organización.

La Hacienda y los Tasis.— Datos sobre el pago de correos

Los documentos encontrados nos permiten dar algunos datos interesantes en el orden económico y postal.

En 8 de julio de 1518 se dispone por Real cédula que se pague a Bautista de Tasis 6.000 ducados de oro por las postas que tenía establecidas en Flandes, conforme al convenio firmado por Carlos V (2).

En 15 de enero de 1521 se ordena al tesorero Francisco Vargas entregue a Bautista y Mateo de Tasis 3.240 ducados de oro por el establecimiento y mantenimiento de las postas del Tirol a Roma y Nápoles (3).

En 15 de febrero de 1522 recibe igual orden el mencionado Vargas de abonar cuanto se les debiere a Bautista y Mateo de Tasis por las postas establecidas entre España y Flandes (4).

Generalmente a cada entrega de dinero que se hacía a los Tasis precedía

(1) Deliberación de los Concelleres dando comisión y facultad a los Síndicos de la ciudad en las Cortes generales de Cataluña para reclamar la restitución de los Hostes de Cataluña y Valencia. Archivo Municipal de Barcelona. Delibers, 1518 a 1519, fol. 49.

Deliberación dando facultad a los Síndicos para que interpongan desestimiento a todos los actos de las Cortes hasta que restituyan en sus oficios a los Hostes de Correos de Barcelona y Valencia. Archivo Municipal de Barcelona. Delibers, 1519 a 1520, fol. 54.

(2) Archivo de Simancas. Contaduría. Primera época. Legajo 315

(3) Idem id.

(4) Idem id.

la oportuna certificación, declarando la exactitud del servicio prestado y la buena diligencia de las postas. Algunas veces reflejan estos mismos documentos el acierto con que el servicio fué desempeñado y los elogios que mereció del propio emperador, quien confiesa encontrarse muy bien servido y satisfecho de la diligencia de sus correos mayores (1).

Una serie interesante de documentos del Archivo de Simancas nos permiten conocer detalladamente las cantidades pagadas a los correos que desempeñaron los diferentes servicios y también sus nombres (2).

A Domingo de Dueñas, por un viaje en diligencia realizado en diciembre de 1528 desde Portugal a Toledo, se le abone 8 ducados; a Blas de Paredes, por un viaje en diligencia yente y viniente (de ida y vuelta), se le abonan 70; igual cantidad percibe Nicolás Vich por ir de Toledo a Barcelona; Domingo de Aguirre, por ir de Génova a España, 125; Beltrán Ferrer, desde Burgos a Roma, 65; Asensio Vizcaino, de Bruselas a Turín, 320; Diego de Aguilar, de Bruselas a Ocaña, 136; Fernando de Tablada, de Roma a Génova, 53; Jerónimo de Ayala, de Plasencia a Roma, 118, etc., etc.

De Milán se encuentran muy detalladas las cuentas. El maestro de postas cobraba 100 libras; el contraescritor encargado del recibo de los despachos y de la inspección de las diligencias que se realizaban, 16; los dos cancilleres que acompañaban al gobernador de Milán, 40; un correo de a pie, 8; los ocho correos de caballo, 190 en total; las postas de Milán a Trento, 321 libras y nueve sueldos; estas postas eran importantes, especialmente cuando el emperador se encontraba en Alemania, pues recibía por ella los despachos de los gobernadores de Génova y Milán; las postas de Milán a Asti, 157 libras y doce sueldos, y las de Plasencia a Roma, que aseguraban la comunicación con el embajador de Roma, el virrey de Nápoles y con las ciudades de Siena y Florencia, 377 libras y dos sueldos; la posta de la ciudad de Como obligada a tener dos caballos, 30 libras.

El importe del gasto ordinario y extraordinario de toda la organización de las postas de Milán era de 1.252 libras y diez y seis sueldos en 1545.

Las cuentas generales del correo mayor Mateo de Tasis en el año de 1529 suman un total de 13.841 ducados y medio (4).

(1) Archivo de Simancas. Contaduría. Primera época. Juan Alemán certifica que Bautista y Mateo de Tasis tuvieron puestas las postas desde el Condado del Tirol a Roma y Nápoles desde 1 de Septiembre de 1520 hasta 20 de agosto de 1522.

(2) Archivo de Simancas. Estado. Legajo 496. Numerosísimos datos, fol. 224. Al correo que fué de Mantua a Milán, 12 ducados. A dos correos que fueron en diligencia de Colonia a Módena, 6. Al que fué en diligencia de Trento a Venecia, 11. Al que fué en diligencia de Mantua a Milán, 23. Gran interés estos nombres pues así podemos perpetuar la memoria de los que caminaron por toda Europa conduciendo en la época de mayor esplendor de España sus documentos políticos y diplomáticos; Justo de Cisneros, Alonso Portillo, Asensio Vizcaino, Juan de Narbaxa, Pedro de Chinchilla, Bartolomé Bonfante, Nicolás de Vich, Bernardino de Albornoz, Sebastián Navarro, Esteban Bonfante, Domingo de Aguirre, Juan Heredia, Antón Portugués, Antón de Cisneros, Antonio Cardí, etc., etc.

(3) Archivo de Simancas. Estado. Legajo. 1191.

(4) Archivo de Simancas. Estado. Legajo 496.

En 1553 la suma gastada es de 14.636 ducados y medio, y en 1571 de 26.997 ducados (1).

Una cuenta de los meses de abril, mayo y junio de 155 resume las cantidades extraordinarias que fué menester gastar por el viaje de Carlos V a Flandes, asciende a 6.278 libras (2).

Toda esta contabilidad era llevada con gran escrupulosidad y mensualmente se rendían cuentas de lo gastado en el servicio de correos, mensajeros y postas. El criterio para las indemnizaciones y sueldos estaba en relación con el tiempo que se tardaba en realizar los viajes. Se dictan disposiciones para regular esta materia y se establece la siguiente tarifa: dos reales y medio para el correo que caminara diez leguas cada día; ducado y medio si hiciera quince; cuatro si hiciera veinte; el viaje a Roma se tasaba de 200 a 250 ducados.

Antes de partir el correo, el tesorero de Su Majestad le entregaba a cuenta una cantidad, y al regreso, hacía la cuenta correspondiente el correo mayor con arreglo al tiempo empleado, interviniendo en ello el secretario, que después haría la libranza correspondiente. Generalmente adelantaban los fondos los Tasis, y después el tesorero real les abonaba las cantidades adeudadas (3).

Felipe II y el correo al servicio del público

El correo de España sufre otra transformación en tiempo de Felipe II que es el gran organizador y el que establece el servicio para el público. Es la gran revolución postal del siglo XVI que complementa la obra de Carlos V, y funda el correo moderno como servicio público al implantar las estafetas.

Un curioso pleito habido entre los Tasis y el rey, donde se pone en litigio a quien corresponde las grandes ganancias que produce la nueva reforma que hemos tenido la fortuna de hallar, nos permite aclarar perfectamente la índole jurídica de la nueva institución, así como sus orígenes hasta el presente desconocidos (4).

Los letrados de ambas partes nos dan todos los argumentos y nos explican al tratar de sus pretensiones, de un modo maravilloso, la característica de la

(1) Archivo de Simancas. Contaduría. Legajo 521.

(2) Riibsam, *Un compte postal de l'année 1555*. Artículo en *Unión Postal Universal*. Ber-na, 1895, tomo XX, núm. 10. Los documentos base de este artículo en la Cámara de Cuentas de Lille.

(3) Archivo de Simancas. Consejo Real. Legajo 170.

(4) Dos son las alegaciones impresas que hemos encontrado sobre éste que debió ser famoso pleito, y sin embargo desconocido hasta el presente por cuantos se ocuparon de historiar el correo.

Por su Magestad y su Real Hacienda en el pleito sobre las Estafetas con el Conde de Oñate y Villamediana, Correo Mayor destos Reynos. En Madrid, por Juan González Impresor, año 1630. Biblioteca de Filosofía y Letras. Estante 202, tabla primera, legajo 3, número 2.

Otro ejemplar análogo en el Instituto de Valencia de Don Juan.

Público testimonio de nuestra gratitud merecen los competentes archiveros, los presbiteros D. Diosdado Rojo y D. Pedro Longás, por las facilidades que nos dieron en estos trabajos.

nueva institución frente al correo que fué. No hemos de seguir, por no fatigar al lector, con detalle todo el fárrago jurídico de aquellos juriconsultos, del Dr. Juan Balboa Mogrovejo, el fiscal del Consejo e impacable enemigo de Villamediana, y de D. Luis Gudiel y Peralta, defensor de los intereses del rey. Todo el leguleyismo burocrático de la España del siglo XVII, tiene en este pleito un monumento incomparable merecedor de un estudio detenido y completo.

Las pretensiones de las partes eran éstas: el rey, que las estafetas —o sea el correo como servicio público—, eran de la corona, que pertenecían a su jurisdicción, y que los ingresos que suponían debían incorporarse a la Real Hacienda. El conde de Villamediana, que las estafetas le pertenecían y por tanto sus ingresos por estar comprendidos en sus derechos —que disfrutaba desde tiempo inmemorial— por legado de los Tasis, sus gloriosos antepasados, los cuales, al recibir el título de correos mayores, recibieron de la corona el derecho que él invocaba.

Los defensores del rey alegan que el crear postas es atribución regia y que sólo al Soberano corresponde gozar de sus frutos y de sus rentas.

Que los títulos alegados por Villamediana con su nombramiento de correo mayor, así como los de sus antepasados, especialmente el de 28 de agosto de 1518, se refería sólo al oficio de maestro mayor de hostes y postas y correos, o sea correo mayor, pero en nada a las estafetas que por entonces no existían ni podía el rey precaver este posterior progreso en los medios de comunicación.

Los letrados de Villamediana, con hábiles razones, intentan demostrar que correos y postas y estafetas son cosas semejantes, y que en lo general se encierra lo particular, estando por tanto comprendido en los títulos que nombran a los Tasis correos mayores, cuantas formas de medios de transporte postal pudieran posteriormente implantarse.

Los correos eran de origen muy antiguo y las estafetas databan de 1580 según demuestra la información testifical que se practica y los documentos (1); los correos están afectos especialmente a la Casa Real, y las estafetas tienen por especial misión el servicio público; los correos son para casos determinados y extraordinarios, para misiones políticas y diplomáticas; las estafetas son ordinarias, permanentes y continuas «es la comunicación universal de los hombres» y no puede faltar su ministerio; los correos funcionan a costa de la Real Hacienda, quien abona la correspondiente cantidad al correo mayor; las estafetas son pagadas por los particulares que abonan una cantidad determinada por el transporte de su correspondencia; de los correos, cobra el correo mayor sólo la décima parte que le corresponde por derecho de su cargo, de las estafetas percibe íntegras las cantidades que abonan los particulares por su servicio; los correos tienen unos libros y empleados completamente independientes de los que utilizan las estafetas, los correos suponen al año una

(1) Archivo de Simancas. Legajo 78. Secretarías provinciales.

cantidad de 12.000 ducados y las estafetas de 180.000; para el funcionamiento de los correos no es menester licencia alguna y en cambio cada nueva estafeta que se implanta exige una autorización que se pide al rey para que la otorgue, y así sucede en tiempo de Granvela para establecerlas en 1580 y en Andalucía en 1597 y en Aragón en 1610 (1).

Las estafetas son independientes de los correos; así en Cataluña, Villamediana tiene los correos del rey y Van Brandon las estafetas; el cargo de correo mayor se otorga por toda la vida de los correos mayores y la concesión de las estafetas únicamente «entretanto que Su Majestad ordenara otra cosa».

También se rebate el aspecto fiscal de las pretensiones de Villamediana, quien sólo debía cobrar con arreglo a la concesión que tenía como correo mayor — caso de considerarse favorable para su derecho, como ampliación de las concesiones recibidas — la décima del importe de los viajes, pero no la totalidad que es la tarifa que venían percibiendo los encargados de la administración quedándose con el total que importaban los portes de las cartas.

Estudianse también detenidamente por ambas partes los títulos de correos mayores, otorgados por los reyes a la familia de los Tasis. El de 1518 a Bautista Mateo y Simón, el de 1539 a Raimundo, el de 1556 a Juan de Tasis llamado el viejo, el de 1598 al célebre Villamediana tan trágicamente muerto. Todos ellos son la ratificación de los poderes concedidos a los primeros Tasis en su nombramiento, repitiéndose las mismas fórmulas, no hablándose para nada de las estafetas que no se establecen hasta 1580. Pero había un título, el de 1598, posterior y en él se basan los letrados del conde Oñate, que es el que pleitea en 1630 con la corona para fundamentar su derecho, pero a ello oponen los regalistas que no era posible que Su Majestad cediera sin concesión expresa una regalía que suponía una tan extraordinaria cantidad y que este título de 1598 era como los anteriores, sin continuidad, sin la innovación que hubiera puesto la nueva concesión.

Y además en este pleito no podía tratarse de la prescripción inmemorial.

Pero no significa todo esto que hasta la fecha de 1580 no pudiera el público utilizar los correos para el envío de la correspondencia. Antes de esa fecha las cartas se enviaban al oficio del correo mayor donde había lo que hoy llamaríamos buzones y entonces eran «caxones o tascas o empanadas», donde se metían y guardaban las cartas hasta que había facilidad de enviarlas con un correo de a pie o de a caballo conjuntamente con los despachos de Su Majestad. El correo mayor cobraba por esto una décima además de la ya establecida. En Medina y Valladolid varios particulares practicaban el servicio sin entregar nada al correo mayor. Había pues, además del servicio oficial, la libre concurrencia.

Pero después de 1580 cambia radicalmente la organización; se separa la correspondencia oficial y real que cursan los correos, de la particular que llevan las estafetas y que se rige por otra tarifa y además se establece el mo-

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. Legajo 879.

nopolio. Primeramente se ceden los emolumentos a los tenientes del correo mayor, pero después éstos ingresan la saneada renta en su bolsillo.

El origen de este ordinario se ha afirmado que fué en Italia en 1580, y que se debió a Granvela; pero los documentos hoy encontrados permiten afirmar que por el año de 1579, un teniente del correo mayor, Francisco de Cuevas, en Burgos estableció este ordinario que llevaba la correspondencia a los particulares, enlazando con otro servicio en Lyon, y de aquí con Roma. Cada onza de cartas enviada en esta forma pagaba cuatro y cinco reales. Enterado de esto Su Majestad y el Consejo de Castilla dispusieron la organización del ordinario de Italia que, partiendo de Madrid y pasando por Medina, Valladolid, Burgos y Vitoria, marchaba hasta Roma, y sólo cobraba por la onza de cartas dos reales. Este servicio de comunicación era quincenal, y es el primero que inaugura en España el servicio público del correo (1).

Orígenes del correo moderno.—Datos del reinado de Carlos V

Estos dos grandes momentos que acabamos de señalar de la historia del correo de España, significan una transformación que los nuevos tiempos de la edad moderna imponen, juntamente con las nuevas ideas religiosas, políticas y económicas, en los medios de comunicación.

El origen del correo moderno está unido íntimamente al del Estado. Con la formación de las nacionalidades van surgiendo en toda Europa las grandes organizaciones postales, y puede afirmarse que el correo viene a la vida con las dos grandes creaciones de los tiempos del Renacimiento: el moderno capitalismo y el moderno Estado.

Carlos V representa este gran momento de la vida de España. Su política internacional le impone tener frecuente correspondencia con sus embajadores, extendidos por toda Europa, para saber en todo momento el estado de los asuntos y poder dar, en armonía con sus informes, las debidas instrucciones. La enorme extensión de sus dominios, también le obliga a tener relaciones constantes con sus gobernadores.

La gran línea romanoespañola pasaba por Roma, Viterbo, Siena, Florencia, Pisa, Génova, Avignon, Nîmes, Montpellier, Narbona, Barcelona, Zaragoza y Madrid; otra gran línea unía a Roma con los Países Bajos; hasta Florencia hacía el mismo recorrido que la anterior, y después pasaba por Bolonia, Mantua, Trento, Brixen, Innsbruck, Ausburgo, Reinhauser, Lieser, Namur y Bruselas (2).

(1) Archivo de Simancas. Secretarías provinciales. Legajo 78. Y los dos impresos citados anteriormente.

(2) Giovanni Da l'Herba, *Itinerario delle Poste per diverse parti del mondo*. Roma, 1563. Consúltense para los itinerarios de la época el *Repertorio de todos los caminos de España, hasta agora nunca visto, en el cual allarán, qualquier que quieran andar, muy provechoso para todos los caminantes*, compuesto por Pero Iuan Villuga, valenciano. Medina del Campo, 1546. Modernamente edición en facsímil por Huntington en la *Hispanic Society*.

Otra de Roma a París, que se separaba de la anterior en Bolonia, y después, por Modena, Reggio, Parma, Plasencia, Alesandra, Turín, Chambéry, Lyon y Melun, a París.

Innsbruck era el gran centro de comunicaciones, sobre todo para la comunicación con Austria (1). El Franco Condado tenía también un gran valor para mantener en medio de las vicisitudes militares del siglo xvi la relación de Flandes e Italia y Austria. Además había numerosísimas líneas secundarias.

Todas ellas, de distancia en distancia, tenían establecidas postas donde podía hacerse los relevos de los caballos, para que los correos continuaran sus viajes en debidas condiciones. Estas postas eran en realidad las antiguas hosterías, a los mismos maestros de postas se les llama también maestros mayores de hostería, y el correo mayor ejercía su jurisdicción sobre los hostes. Es característica de esta época que todos los despachos son llevados por el mismo correo; varían, como es natural, los caballos, se aprovisionan con las garantías que le ofrecían los correos mayores en las postas, pero siguen su camino hasta llegar al sitio donde debían entregar su correspondencia.

La activa vida del emperador exige además un constante desplazamiento de los servicios y una permanente organización, que obliga al correo mayor a acompañarle en todos sus viajes (2).

Todo el tiempo que gobierna es de gran interés para la historia postal. Las grandes empresas a las que va unido el nombre del emperador, las hazañas de los españoles del gran siglo xvi, las comunicaciones de nuestros embajadores, las noticias de toda Europa, las relaciones de la familia imperial, la vida entera palpitaba y hacía sentir su emoción por medio de la organización de los Tasis, cuyos cargos desempeñaban en su mayoría correos españoles (3).

La primera noticia con el resultado favorable de la elección de Carlos V para el Imperio, la lleva el propio correo mayor, Juan Bautista de Tasis, desde Francfort a Bruselas en dos días (4).

El 18 de enero de 1522, la nueva de haber sido elegido papa el cardenal Adriano, el maestro del emperador, la lleva un correo que hizo el recorrido de Trento a Bruselas en siete días; de Roma a Trento, la noticia había llegado en cincuenta horas (5).

(1) Rübsam, *Renseignements concernant les anciennes postes du Tyrol y des pays avoisants*, 1504-1555, artículo en *Unión Postal Universal*, tomo XVI, núm. 12.

(2) «El correo mayor tenía obligación de residir cerca de la persona del soberano o encontrarse en relación directa con los virreyes o sus lugartenientes. Cuando estaba al servicio inmediato del rey, en tiempo de guerra forma parte del séquito y debe tener a sus órdenes inmediatas correos escogidos y buenos postillones, así como excelentes caballos, para organizar el servicio conforme exijan las necesidades de la campaña. Ludovico von Hornigh. *De Regali postarum iure*. Viena, 1848.

(3) Archivo de Simancas. Estado Legajo 496.

(4) Gachard, *Les archives de Lille, rapport a monsieur le ministre de l'interieur*. Bruxelles, 1841, pág. 310.

Henne et Wauters, *Histoire de la Ville de Bruxelles*, 1845, tomo I, pág. 327.

(5) L. Pastor, *Geschichte der Päpste*, tomo IV, pág. 24.

Esta misma noticia sufre algunas vicisitudes antes de llegar a España (1).

El obispo de Gerona, que entonces se encontraba en Roma, despachó un criado con la noticia; pero éste enfermó en Narbona, y no pudiendo seguir, entonces los grimaldos de Génova despacharon un correo. Pero un mercader despachó otro correo, a Mateo de Tasis, el correo mayor, con una carta participando la nueva y pidiendo albricias al papa (2).

El Alzamiento y guerra de las comunidades origina una actividad grande de los correos para tener al corriente al emperador de los sucesos. Se suceden las postas y correos, que en su buxeta traen los despachos con las instrucciones (3).

La nueva de Villalar fué llevada a Flandes por Pedro Hernández, y a Portugal, por Pedro de Palacios (4).

Quisieron ir, y se pusieron en camino, Pedro de la Cueva y otros testigos que asistieron a la batalla; pero Francia, entonces nuestra enemiga, los detuvo en su territorio (5).

Las Germanías también producen gastos extraordinarios de correos, que manda desde Gante Carlos V que se paguen (6).

Trágica misiva produce este movimiento. La que envían los jurados de Valencia al virrey D. Diego Hurtado de Mendoza con la carta, dándole cuenta del hecho le remiten la cabeza del famoso encubierto que pretendía pasar por nieto de los Reyes Católicos y ser el hijo del príncipe D. Juan y de Doña Margarita de Flandes.

De las numerosas correspondencias de Carlos V y de los personajes de su tiempo publicadas, pueden encontrarse numerosos datos que confirman la organización postal de entonces, y cómo se extendía a los extensos dominios

(1) *Carta del Condestable de Castilla al Emperador*, 27 enero 1522. Archivo de Simancas. Comunidades. Legajo 5. Fol. 483.

(2) Era frecuente esta petición de albricias —lo que hoy llamamos gratificación o recompensa— por las buenas noticias.

Otros documentos análogos. *Memorial de Simón de Tasis, Correo Mayor, pidiendo albricias por su diligencia en avisar el embarque del Emperador*. Archivo de Simancas. Memorial de Cámara. Legajo 128.

Barcelona acuerda recompensar a varios correos: Diego de la Fos, Cristóbal Peris, Juan Galí y Antonio de Cienfuegos, por llevar las nuevas de la partida del Emperador y de su feliz desembarco en Villaviciosa. Archivo Municipal de Barcelona. Delibers, 1517 a 1518. Fol. 32.

24 libras se abonan al que llevó a Barcelona la nueva de la conquista de Granada, como albricias. Archivo Municipal de Barcelona. Delibers. 1491 a 1493. Fol. 20.

(3) «Hoy llegó a Burgos la buxeta que V. M. embiaba al Cardenal y anla tomado allí creo que la daran.»

En Valladolid quitan a Mateo de Tasis, correo mayor, y entregan el cargo a Miguel Ruiz Bribiesca, 30 septiembre 1520. Archivo de Simancas. Comunidades. Leg. 2. Fol. 126.

Las citas de correos, postas, despachos y buxetas son muy frecuentes en la constante correspondencia que mantienen Carlos V y el Condestable.

Véase sobre todo Danvila, *Historia de las Comunidades*. Madrid, 1897.

(4) Danvila, obra cit., tomo III, pág. 748. Archivo de Simancas. Cédulas. Legajo 74. Fol. 275.

(5) Danvila, obra cit.

(6) Archivo Municipal de Valencia, *Letre Misives. Carta de los jurados at Virrey*. Danvila, *la Germania de Valencia*. Madrid, 1889.

«Al bayle general que pague los correos que vos fieredes», *Carta de Carlos V*. Gante, 11 junio 1520. Real Academia de la Historia. Col. Salazar. A. 18. Fol. 156 y siguientes. Idem. Fol. 161.

de la casa de Austria y a los países a ella unidos por alianza y aun por enemistad.

Son notables, especialmente, las de Gachard (1), Bradford (2) y Lanz (3).

Todas ellas demuestran la gran actividad militar, política y diplomática de Carlos V.

Los últimos días del emperador también le acompañan en sus preocupaciones e inquietudes, como en los tiempos que con su llegada agitaban en su mente todos los problemas del imperio.

Unas veces se pide al correo mayor que envíe algún correo, pues las gentes murmuran de la penuria que supone esta ausencia (4); otras se anuncia con alegría la llegada de los correos, que además de nuevas de las gentes amigas, lleven a los que descansan en Yuste y comparten con Carlos V su soledad, cartas y conservas; sobre todo alegran los correos que llegan con empanadas de anguilas, plato favorito del emperador que prefería a las truchas; se desea su llegada frecuentemente para que satisfaga los deseos y traiga los encargos realizados, las aceitunas y las ranas, las perdices y las longanizas de Tordesillas (5).

También ocurren incidentes cómicos. Un correo trae anchoas, pero con el movimiento del camino llegan como si hubieran sido machacadas en un almirez. El secretario dice al rey que parecen como vomitadas por un perro, y su majestad sonríe; pero ordena se advierta el daño causado por la posta para prevenirlo en lo sucesivo (6).

La crisis económica del tesoro imperial se acentúa a fines de 1556 y comienzos de 1557. Insistentemente se demanda al correo mayor, pues no hay allí con qué poder despachar correos, y el emperador se impacienta y pregunta constantemente por ellos, pues espera noticias de Flandes e Italia. A los pocos días recibe la buena nueva del triunfo de San Quintín, que inunda su alma de alegría y de gratitud a Dios.

Manda hacer procesiones y decir muchas misas. Se siente optimista y admirador de la naturaleza, y quiere hacer, como si sintiera la nostalgia de Italia, un jardín lleno de naranjos y de flores (7).

(1) Gachard, *Correspondence de Charles V y Adrien IV*. Bruselas, 1859, pág. 67, scrivo con esta posta, pág. 99, es vuelto el correo, pág. 107. Desde Santisteban scrivimos con correo propio a V. M.

(2) Bradford, *Correspondance of the Emperor Charles V and his ambassadors a the Courts of England and France*. London, 1850.

(3) Karl Lanz, *Correspondanz des Kaisers Karl V*: Leipzig, 1844. Tomo I, pág. 499. Con el correo que V. M. mandó despachar de Bruselas; pág. 504, con el correo de V. M. que partió de aquí a 17 deste: núm. 551, el correo que allá es ido.

(4) Gachard, *Retraite et mort de Charles V aumo nastere de Yuste*. Bruselas, 1834, págs. 5, 9 y 12.

(5) Gachard, obra cit., págs. 39, 41, 55 y 61.

(6) Gachard, pág. 68, *Carta de Luis Quijada a Juan Vázquez Jarandilla*, 13 diciembre 1556.

(7) Idem, pág. 74. «Que vuestra merced ordene al Correo Mayor envíe dos de los que hubiere ahí con dineros para despacharlos a Portugal, Toledo o Sevilla, si fuese menester, porque aquí no hay con que podello hacer.»

Pág. 76, «ni un correo que poder despachar ni con que», *Carta de Luis Quijada a Juan Vázquez Jaramilla*, 2 enero de 1557, págs. 89, 121, 126 y 166.

169. «S. M. está contento con las nuevas de San Quintín, estuve por pedirle albricias y en ellas me diese licencia para irme de aquí.

Sigue su inquietud por recibir noticias. Llega a desear, como la vida, la llegada del correo de Flandes. Otras nuevas espera. Van llegando. Unas se celebran con repique de campanas, como la paz del duque de Alba con el papa; otras con luto en el corazón, como la pérdida de Calais (1). El emperador se agrava y se ordena al correo mayor que disponga postas y correos que hagan diligencia para advertir del curso de la enfermedad y de las contingencias que sucedieran (2).

Las noticias son contradictorias. A la mejoría sucede la gravedad, y por fin el anuncio triste de la muerte, sin perder el habla ni el sentido. El alma que se entrega a Dios, del que fué el más poderoso de la tierra (3).

Causas económicas que originan las estafetas

La implantación de las estafetas responde a un principio económico esencialmente, y que todavía no ha sido estudiado en este aspecto con la atención debida.

El envío de correos, con misión de entregar los despachos que se les confiere a las mismas personas a quienes iban dirigidos, suponían un gasto extraordinario, pues era preciso abonar cantidades proporcionales al total recorrido.

Además la aparición del capitalismo, las nuevas empresas económicas aumentan de un modo grande —para debidamente responder a las necesidades de los negocios— el número de correos que se despachan. Al lado de las necesidades diplomáticas de los estados y de sus correos, marchan frecuentemente los mensajeros de los Fugger y de los Welser (4).

Muchas noticias son sabidas antes por la organización de mensajeros al servicio de los Fugger, que por las postas oficiales.

A la inquietud espiritual que significan el Renacimiento y la Reforma, se unen nuevas necesidades económicas que imponen una revolución en la organización postal.

La coincidencia de necesidades e intereses hace que, frecuentemente, el mismo correo se aproveche para varios despachos de distintos imponentes.

Y fácilmente se encuentra en este sistema una fórmula de economía que se convierte en regla general. Si antes cada carta o despacho significa el pago de un correo, ahora —con el nuevo sistema— el mismo correo podría llevar varias cartas y realizar una gran ventaja económica (5).

(1) Gachard, pág. 186. «S. M. desea como la vida correo de Flandes.» *Carta de Quijada a Vázquez*, 7 de octubre de 1557, págs. 196, 215, 232 y 253.

(2) Idem, págs. 325, 330 y 367.

(3) Idem, págs. 376 y 387.

(4) Al Schulte, *Die Fugger in Rom.*, 1904. Ohman. *Die Anfänge des Postwesens und die Taxen.* Leipzig, 1909. Cap. XV, *Die Post im Dienste der Diplomatie und des Grosshandels.*

(5) Obra cit., cap. VII. *Technik und Verwaltung der ersten deutschen Stastposten in allgemeinen.*

Para perfeccionar este nuevo procedimiento de las estafetas es preciso normalizar la salida de los correos, señalar una fecha fija, y, además, se organiza el relevo de los correos en las postas. Esto último es la transformación esencial.

El despacho que antes sólo pasaba por las manos de un correo, ahora cambia en las postas que se señalan de correo en correo. Además de la economía que esto significa se resuelve un gran problema de trabajo humano. Pensemos un momento las dificultades que significaban en este tiempo viajar por Europa, y fácilmente comprenderemos todo el sobrehumano esfuerzo que era menester para realizar debidamente aquellos viajes de Bruselas a Roma o de Madrid a Viena, con la responsabilidad de conducir despachos importantes y la obligación además de la mayor rapidez.

Con el nuevo sistema de relevo del personal se complementa la transformación del correo moderno, pues a esto se une la periodicidad de las salidas, el establecimiento de los portes y la posibilidad de ser utilizados por el público.

Las estafetas, pues, terminan la gran revolución iniciada por Francisco de Tasis, y significan el concepto moderno del correo como servicio público, aunque arrendado o cedido a la familia de los Tasis.

Es preciso recordar que la antigua organización postal de los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia en tiempo de Fernando el Católico, era la más perfecta de entonces y ya admitía el correo de los particulares, siguiendo en esto la gloriosa tradición de sus antepasados (1).

Las estafetas significan un refuerzo considerable en la valoración económica de la renta del correo y un progreso incalculable en la vida social y cultural de la España del siglo XVI (2).

*Importancia de las nuevas comunicaciones postales de Madrid
El ordinario de Italia y las estafetas de Zaragoza,
Barcelona y Valencia*

La importancia del establecimiento del ordinario de Italia es realmente extraordinaria. No es un hecho aislado, ni un avance parcial en la organización postal, sino una verdadera revolución, pues significa la organización del correo como servicio público, con caracteres de periodicidad en sus salidas y

(1) C. Alcázar, *El espíritu corporativo de la Posta Española*. Madrid, 1920.

(2) «Los oficios de correos y maestros de postas que D. Juan de Tasis a vendido y arrendado y que los precios a llevado», Archivos de Simancas. Secretarías provinciales. Legajo 2.014.

Carta de los jurados de Valencia dando las gracias al Rey por haber introducido la estafeta en aquella capital. Archivo general de Valencia. Del libro de *Cartas mistivas*. 1610.

C. Alcázar, *Las gloriosas estafetas*, artículo publicado en *Heraldo Postal*. 29 enero, 1924.

Todavía hoy se conserva en cierto sentido la palabra estafeta como representación del adelanto postal. En las pequeñas ciudades las oficinas de Correos servidas por funcionarios técnicos así se llaman, en recuerdo de su glorioso y viejo abolengo.

de porte fijo en sus tarifas. Postalmente para Madrid, además de su comunicación internacional con Italia, significaba administrativamente un gran progreso el implantarse esta regularidad para el despacho de los asuntos de Italia, y una economía.

Las vicisitudes de esta primera comunicación postal de Madrid a Italia, por informalidades en el cumplimiento de lo estipulado (tardanza excesiva en el cumplimiento del servicio, alteraciones en la normalidad de las salidas, informalidad de los correos mayores en varios detalles de esta organización), podrían constituir una historia muy detallada, pero sin interés para la historia de Madrid ni para la general del correo (1).

Conviene destacar, sin embargo, algunos datos significativos. La comunicación era quincenal, siendo unos veinticuatro los ordinarios en el año, habiéndose hecho impresos que «se fixaron en las esquinas de las calles más públicas desta villa.» Después se alteró el servicio quincenal, estableciéndose cada dos semanas, ganándose con el nuevo sistema de catorce en catorce días dos correos más al año. Después pareció excesivo trabajo a la burocracia despachar los asuntos de Italia cada quince días, y se logró que se redujera a un mes el ordinario, siendo este retroceso postal síntesis de los tiempos de penuria del siglo XVII, reflejado en curiosos documentos. «Les pareció que era muy a menudo la correspondencia de quince en quince días, y se mandó que fuese de cuatro en cuatro semanas, que bastava para la correspondencia ordinaria de estos reinos a los de fuera» (2).

Desde Madrid, el 7 de noviembre de 1623, Felipe IV ordena en tonos enérgicos a los virreyes de Italia y al embajador español en Roma que no detengan a los correos para que no puedan alegar esto como disculpa para no realizar el servicio en el tiempo convenido (3).

* * *

El complemento de la organización postal madrileña lo encontramos en tiempos del famoso correo mayor y poeta, conde de Villamediana, tan conocido por su azarosa vida y misteriosa muerte como ignorado en su actividad postal (4).

En la villa de Madrid, el día 5 de marzo de 1610, D. Juan de Tasis, conde de Villamediana, descendiente y heredero de toda la gloriosa tradición postal de sus antepasados, cede a Antonio Vaz Brandon todas las prerrogati-

(1) Archivo de Simancas. Secretarías provinciales. Legajo 78. Estado. Legajo 1.874.

(2) Archivo de Simancas. Secretarías provinciales. Legajo 78. Idem. Legajo. 2.015.

(3) Archivo de Simancas, Secretarías provinciales. Legajo 78.

(4) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. Legajo 879. En nuestra investigación en Simancas, el archivero D. José M. de la Peña y Cámara fué el más fiel de los guías y cordial compañero en la rebusca de datos postales.

vas inherentes al cargo de correo mayor del reino de Aragón, para que organizara cuanto se refiera a la comunicación de Madrid.

Vaz Brandon se obliga a que el sábado de cada semana saliera de la corte una estafeta para las ciudades de Zaragoza y Barcelona, debiendo realizar su servicio en un plazo de cuatro días para llegar a la ciudad del Ebro, y de siete a la de los Condes.

También se establece por el mismo la estafeta para comunicar regularmente con Valencia, saliendo de Madrid todos los miércoles y llegando a la ciudad del Turia en cuatro días. El viaje de retorno se hacía saliendo de Barcelona y Valencia los mismos días que el de ida, o sea, los sábados y miércoles, respectivamente.

Este correo debía llevar gratuitamente todos los despachos y cartas del Rey, así como las de su real servicio y las de sus consejeros. Es, pues, ya el reconocimiento pleno de lo que posteriormente llamaremos la franquicia oficial.

Las estafetas percibían una subvención para compensar los gastos que significaba la regular organización de este servicio, que tan notable progreso representaba en la vida de relación de Madrid. Se abonaban 180 reales por la de Zaragoza, 200 por la de Barcelona y 150 por la de Valencia. En total, 530.

La fecha exacta del comienzo del servicio de estafetas que comunican de modo regular Madrid con Levante, Aragón y Cataluña, es en abril de 1610.

La cesión de los derechos y prerrogativas de Villamediana a Vaz Brandon se hace mediante el pago de 300 ducados en reales de plata, que se pagarían al contado anualmente en Madrid, por mitades iguales, en los días de Navidad y de San Juan.

Todos los correos debían ir provistos de un documento llamado *parte*, donde se apuntaba el día y hora de su salida, y después la llegada a su destino. También aparece en germen la certificación de la correspondencia, obligándose a tomar certificación de la entrega de los pliegos oficiales para que se les pueda pedir cuenta de ello si se perdiere alguno.

Al lado de estas grandes fechas en la historia de las comunicaciones españolas, que marcan una verdadera revolución en la organización comercial y postal (1580, establecimiento de la comunicación con Italia; 1610, con Levante y Cataluña), es preciso situar la anterior época de los correos extraordinarios y del correo político de los tiempos de Carlos V y de Felipe II, que desempeñan una misión de excepcional importancia.

Lentamente la hegemonía matritense va extendiendo por España, con su capitalidad y por su centralización, el ritmo de la organización y de la regularidad postal.

CAYETANO ALCÁZAR.

Universidad de Murcia.

CINCO ANDALUCES EN MADRID

D. Manuel Sandoval, poeta y académico de la Española, nos pintó de mano maestra *La tertulia de D. Juan Valera* (1). En este lugar señorial y señorial se incubaron los *Cuentos y chascarrillos andaluces* tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica por «Fulano», «Zutano», «Mengano» y «Perengano».

¿Quiénes eran estos cuentistas? «Fulano», D. Juan Valera, que también usó los seudónimos de «Currita Albornoz», «Un aprendiz de helenista» y «Eleuterio Filogyno»; redactó la introducción y firmó sus treinta y nueve cuentos (2) con un asterisco; «Zutano», cuyo seudónimo había utilizado Narciso Campillo en *La Ilustración Española y Americana*, así como el de «Un sacristán jubilado», firmó sus diez (3) cuentos con dos asteriscos; «Mengano», D. Juan Gualberto López-Valdemoro y de Quesada, conde de las Navas, que también ha empleado el anagrama «Vasco de San Allende», firmó sus quince (4) cuentos con tres asteriscos, y «Perengano», D. Mariano Par-

(1) Artículos publicados en *La Época*, 30 de octubre, 15 de noviembre, 1 y 16 de diciembre de 1920, y 1 y 15 de enero de 1921. Suplementos a los números 25.121, 25.133, 25.145, 25.157, 25.175 y 25.187. Están numerados del I al VI. En el V se citan los *Cuentos y chascarrillos andaluces*. También cita esta obra el señor conde de las Navas en la página 24 de su conferencia *El chascarrillo andaluz*, VII de las conferencias dadas en el Centro de Intercambio intelectual germano-español (Madrid, 1926). En varias obras más se habla a la ligera de los referidos cuentos.

(2) *Las gafas*, págs. 1 y 2 del volumen a que hacemos referencia; *Elocuencia vizcaína*, págs. 3 a 9; *Los santos de Francia*, págs. 10 a 12; *Fecundidad de la memoria*, págs. 13 y 14. *Conversión de un heterodoxo*, págs. 15 a 20; *Manifestaciones de duelo del rey de Portugal*, págs. 21 y 22; *La reina madre*, págs. 23 a 34; *El señor Niechtverstehen*, págs. 35 a 40; *El famoso cantor Madureira*, págs. 41 y 42; *El portugués filólogo*, pág. 43; *El portugués que llegó a Cádiz*, pág. 44; *El gitano teólogo*, págs. 45 y 46; *El cocinero del arzobispo*, págs. 47 a 50; *Quien no te conozca que te compre*, págs. 51 a 55; *El Gloria Patri*, págs. 66 y 67; *Doña Bishodie*, pág. 68; *El animal prodigioso*, págs. 75 y 76; *La karaba*, pág. 77; *Las castañas*, págs. 78 y 79; *La col y la caldera*, págs. 84 a 86; *El consonante*, págs. 87 y 88; *El canto gangoso*, pág. 89; *Un refrán mal aplicado*, págs. 90 a 92; *Charadas*, págs. 93 a 95; *Bagajes*, pág. 96; *Interpretación de un texto latino*, página 97; *Milagro de la dialéctica*, págs. 106 y 107; *Extraña manutención militar*, págs. 108 y 109; *El ermitaño y la princesa*, págs. 110 a 114; *Cata-clismo*, págs. 130 y 131; *Queja injusta de una suegra*, págs. 132 a 134; *Los emigrantes*, págs. 147 y 148; *La confesión reiterada*, págs. 171 a 177; *El padre Postas*, págs. 179 a 181; *La Virgen y el niño Jesús*, págs. 189 a 191; *De los escarmentados nacen los avisados*, págs. 192 a 196; *A quién debe darse crédito*, págs. 210 y 211; *Bondad de la plegaria*, págs. 212 a 215, y *Por no perder el respeto*, págs. 253 a 268. Son los cuentos 1 al 14 inclusive, 17 y 18, 20 al 30 inclusive, 35 al 37 inclusive, 43 y 44, 46, 51, 53, 56 y 57, 63 y 64 y 75. Están, como todos los demás, sin numerar.

(3) *El picador*, págs. 56 a 59; *Las indirectas del padre Cobos*, págs. 60 a 65; *No puede ser*, págs. 80 a 83; *Higiene conyugal*, págs. 115 a 119; *Nobles y plebeyos*, págs. 135 a 146; *Muerte dulce*, págs. 149 a 155; *Una pregunta*, págs. 158 a 160; *Laconismo*, págs. 185 a 188; *El gitano moribundo*, págs. 216 a 219, y *El grabado*, págs. 236 a 249. Números 15 y 16, 23, 38, 43, 47, 49, 55, 65 y 73.

(4) *Tomando las once*, págs. 69 a 74; *Las últimas del tío Tabique*, págs. 98 y 99; *El niño y el tordo*, págs. 100 y 101; *¿Me conoces?*, págs. 102 y 103; *De la Verge*, págs. 101 y 105; *De cereales*, págs. 120 y 121; *Sopas de ajo*, págs. 122 a 125; *La contrasena*, págs. 156 y 157; *El ángel*, págs. 161 a 170; *Acertijo*, pág. 178; *Plata menuda*, págs. 197 y 198; *Un diplomático en canuto*, págs. 201 a 203; *El tercer sentido*, págs. 208 y 209; *Menudo*, págs. 227 a 229, y *Un gran dentista*, págs. 250 a 252. Números 19, 31 a 34, 39 y 40, 48, 50, 52, 58, 60, 62, 69 y 74.

do de Figueroa, muy conocido por «El Doctor Thebussen», «M. Droap», «Tagarote», «El Bachiller Singilia» y otros seudónimos, firmó sus once (1) cuentos con cuatro asteriscos.

Valera era cordobés; Campillo, sevillano; el conde de las Navas, malaqueño, y Pardo de Figueroa, gaditano. El editor de los cuentos (2), D. Fernando Fe, era también de Sevilla. El tercero es quien únicamente vive.

D. Santiago Montoto sacó a relucir (3) cuanto se relacionó con el embrión y percances de aquel libro. Valera fué incitado a publicar los cuentos que fueran chuscos, dichos agudos o chascarrillos. Por subditos de color se rechazaron *El verdugo de Málaga*, *La pobre* y *Las orejas*, de «El Doctor Thebussen». Se convino en justificar con el «folklorismo» la admisión de los escabrosos. La gazmoñería de varias damas a quienes se leyeron desanimó bastante a D. Juan. Aconsejó a «El Doctor Thebussen» rehiciera su autógrafo a Narciso Campillo, sin equívocos (4). Tres mil pesetas pagó el librero Fe por la primera edición (5). La irreprimible satisfacción de éste compensaba de la nerviosidad producida por el mutismo de la crítica. *El Liberal* prodigó elogios al libro (6). *El Tiempo* dijo que era verde, publicando los cuatro peores

(1) *El Jesús de la montaña*, págs. 126 a 128; *San Antonio*, pág. 129; *El reloj nuevo*, páginas 182 a 184; *El remo*, págs. 199 y 200; *Un desafío*, págs. 204 a 207; *Las sardinas*, págs. 220 a 222; *El alojado*, págs. 223 y 224; *Los tres favores*, págs. 225 y 226; *La trompetería*, págs. 230 y 231; *La Giralda*, págs. 232 y 233, y *La verdad*, págs. 234 y 235. Números 41 y 42, 54, 59, 66 a 68 y 70 a 72.

(2) Hizo dos ediciones. La primera en 1896 y la segunda en 1898. La introducción es también la misma en una y en otra. La segunda, que es la que tenemos a la vista, sólo aporta como novedad una *Advertencia preliminar*, de la que hablaremos en sazón oportuna.

(3) En *El Sol* de 13, 16 y 23 de octubre de 1926, bajo la titular *Curiosidades literarias: Las amarguras de D. Juan Valera. (De su correspondencia inédita.)*

(4) El Sr. Domínguez Bordona, en los números V, VI y XII de esta Revista, correspondientes a los trimestres primero y segundo de 1925 y el último de 1926, págs. 83 a 109, 237 a 252 y 430 a 462, insertó un interesante trabajo de acarreo documental: *Centenario del autor de «Pepita Jiménez»*: *Cartas inéditas de Valera*, y transcribió LXXXVI, la mayor parte dirigidas a don Narciso Campillo, y de las cuales hizo un estudio con anterioridad D. Francisco Rodríguez Merín en su conferencia *D. Juan Valera, epistológrafo*, dada en la sala de actos de la Real Academia Española en la noche del 12 de diciembre de 1924. (Madrid, MCMXXV.) En la LXXVII [agosto, 1896] transcribe el Sr. Bordona la en que Valera remite a Campillo «un programa «carteril» y el ejemplar de *Cuentos y chascarrillos*, sólo a falta del autógrafo del conde de las Navas, de quien el interesado lo recogería.

(5) En la carta LXXIX de las publicadas por el Sr. Bordona, fechada el 28 de marzo de 1898, se desprende que a Campillo se le abonarían unas 375 pesetas, «poco más o menos», por su parte en la segunda edición de los *Cuentos*. Es de suponer que cobrando todos lo mismo, el coste total serían 1.500 pesetas.

(6) El 22 de julio de 1896 así dijo: «Esos *Fulano*, *Zutano*, *Mengano* y *Perengano* son unos grandísimos maestros, escritores de aquellos que en la literatura contemporánea han alcanzado las consideraciones más altas de la fama y de la gloria, y sus cuentos de este volumen —tomados efectivamente de las narraciones populares— han aumentado enormemente en valor con el engarce del talento, de la gracia, del ingenio en presentar las escenas y de la donosura y el primor en narrarlas.»

Al día siguiente *El Imparcial* decía: «Algo de lo que hicieron el infante D. Juan Manuel en su *Conde Lucanor* y Juan de Timoneda en su *Sobremesa y alivio de caminantes*, es lo que han hecho los cuatro escritores que con los seudónimos al principio citados se encubren, escogiendo con depurado tino unas cuantas docenas de cuentos de los que oyeron de boca no siempre letrada...» «El menos dado a la adivinación juraría sobre su conciencia que los que en tal labor pusieron mano, obras más altas, más propias y de mayores empeños llevaron a feliz y popularísimo término...» «Ni el más escrupuloso podrá tachar página alguna del libro.»

cuentos, uno de cada autor (1). Cuando D. Juan creía conjurada la tormenta surgieron «a fines de agosto» unas cartitas (2) en *La Unión Católica* (3) que, publicadas por separado (4), le disgustaron enormemente.

Tuvo razón para ello, como veremos más adelante. D. Juan, como hombre mundólogo y buen diplomático, era la pulcritud y la corrección su norma constante. La elegancia de sus maneras manteníase en perfecto equilibrio con el decir, no con el murmurar de las gentes. Como artista irreproachable que fué en la crítica y en la novela, si se quiere *a lo gran señor* en ambos campos literarios, era capaz de huir de la popularidad como de la peste si el ser popular y famoso representaba el convertirse en actor o protagonista de una controversia sin medida o de un antagonismo con desplantes. El escritor irónico y escéptico, impregnado de aticismo impecable, prefería en estos casos no dar señales de vida y soportar con resignación borrascas de la crítica e improperios de los audaces y temerarios (5).

Mucho de audaz y no poco de temerario tuvo el autor de aquellas cartitas que, según modismo andaluz, *ardían en un candil*. ¿Quién era? ¿Cómo se atrevía a decir que se *ciscaban* en la Real Academia Española «tres académicos correspondientes y un *cuadrillero* de número» por «arrojar sobre el escaso número de los que leen la hez de nuestra gracia vulgar, la podre repugnante de nuestro popular humor y toda la inmundicia asquerosa de la espa-

(1) No hemos podido encontrar estos artículos.

(2) Fueron ocho, numeradas. Llevaban el título de *Cartas andaluzas* y el subtítulo o dirección de Sr. D. J. [uén] V. [alera], iniciales que podían adaptarse a un José Villegas, a un Joaquín Valverde, a un Jaime Viniegra, a un Julián Valmaseda, etc., etc. Firmábalas «El Bachiller Francisco de Estepa».

(3) Días 13, 17, 20, 22 y 29 de agosto y 11, 15 y 19 de septiembre de 1896.

(4) *El Bachiller Francisco de Estepa.—Académicos en cuadrilla.—Denuncia*. Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, 1897. Prólogo y XI cartas. 119 páginas, de 16 por 9 centímetros. Particularidad saliente de este libro es la de haber tenido el mismo editor, D. Fernando Fe, que el de *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Fe era un gran carambolista, cazándolas al vuelo.

(5) En el centenario de su nacimiento, 12 de diciembre de 1924, la Real Academia Española le rindió pleito homenaje con la semana de D. Juan Valera. El Sr. Rodríguez Marín le enalteció con esta semblanza: «Y aun todo tributo nos parecería escaso para aquel saber portentoso que Valera fué atesorando durante su vida, para aquel notable talento crítico que sobre todo linaje de materias literarias y filosóficas sabía enjuiciar con originalidad y acierto, para aquel finísimo donaire que como mina inexhausta manaba copiosamente por sus labios y por su pluma, y, en fin, para aquella dulce benevolencia con que siempre adoctrinó a cuantos acudíamos a las clarísimas luces de su entendimiento y a su vasta cultura y natural buen gusto en busca de consejo o de noticias.» (Págs. 9 y 10 de *D. Juan Valera, epistológrafo*.)

Según D. Luis Araujo Costa, discerniendo la labor crítica de Valera: «Sólo fustigó la plebeyez y el mal gusto, y fué labor difícil averiguar en todas sus obras (48 volúmenes) cuándo terminaba la ironía y empezaba el aspecto serio.»

D. Juan Valera, para D. Eduardo Gómez de Baquero, «por sus vastos conocimientos de las lenguas vivas y muertas, era un humanista de temperamento artístico y de gusto delicado, que supo dar a sus obras la amenidad y mantener el equilibrio de la forma con la profundidad del pensamiento».

El señor marqués de Villaurrutia abrió nuevos cauces en los temas de la disertación con Valera, diplomático y hombre de mundo. El disertante, compañero de carrera de D. Juan, «aportó datos interesantísimos, los más inéditos, y que por sí solos bastan para dibujar con trazos inconfundibles aquella figura literaria».

ñola musa cómica»? (1). ¿No era gran temeridad suponer de Pardo de Figueroa, del conde de las Navas, de Narciso Campillo, por entonces académicos correspondientes, y de Valera, académico de número, que debieron «manejar por plumas los palpos de una cucaracha», quienes «no parece sino que lo han publicado (el libro de los *Cuentos y chascarrillos andaluces*) adrede para mengua y descrédito de la bendita tierra de María Santísima»? (2).

Con el mismo seudónimo fué el autor de otro libro de escándalo. A principios del mismo año 1896 dió a la estampa *Los jesuitas y el padre Mir: Cartas a un académico de la Española*. Leopoldo Alas, «Clarín», bombeó este libro sin conocer al autor. En preciosa *Chachara*, inserta en *El Imparcial* del miércoles 27 de mayo de 1896, Mariano de Cavia dijono, omitiendo el primer nombre de pila, quién era el autor del «libro enderezado a poner en solfa al ya arrepentido autor de *Los jesuitas de puertas adentro o un barrio hacia afuera en la Compañía de Jesús*».

«El incógnito autor del vapuleo dado a la sintaxis del padre Mir (que con tanto primor ha escrito en otras ocasiones) no es, según ha supuesto algún escritor muy discreto y avisado, el mismísimo Antonio de Valbuena, de terrible memoria. Bajo el seudónimo de «El Bachiller Francisco de Estepa» se oculta el modesto nombre de D. (Francisco) Teodomiro Moreno Durán» (3). Y agregaba que tal escritor era un andaluz joven e ilustrado, susceptible, al «trabajar de firme», de tomar la alternativa como crítico (4).

Al investigar nosotros en *La Unión Católica*, cuyo director, D. Juan Menéndez Pidal, tenía en alta estima, nos cercioramos de que usó con anterioridad otro seudónimo, el de «Mambrú». Con éste y con el de «El Bachiller Francisco de Estepa» publicó bastantes artículos en el diario más arriba citado (5). Para nuestro objeto, hablar de la *destripación frustrada* de los

(1) Págs. V, VI y VIII del *Prólogo*, dirigido al «señor presidente de la Real Academia Española» de *Académicos en cuadrilla*.

(2) Carta I, págs. 12 y 17 de la misma obra.

(3) En la segunda parte de la época regional y modernista, 1888-1907, pág. 164 del tomo XI de la *Historia de la lengua y literatura castellana*, le cita D. Julio Cejador y Frauca. También lo cita «Maxiariarth» (Hartzenbusch) en la página 47 de *Unos cuantos seudónimos de escritores españoles*.

(4) Actualmente vive muy avejentado. Debió nacer por los años 1860 a 1861 en Estepa (Sevilla). Conjeturamos que todo lo más tendrá sesenta y siete años. Estudió en la Universidad de Madrid. Tenía, juzgándole por aquellas dos obras suyas, imaginación cultivada, fogosa y meridional. Era muy simpático y bullidor, más alegre que unas castañuelas, tanto en su país natal como en la corte. Es de suponer que aquí sentara sus reales en busca de medro y fama. Hizose un lugar en la prensa. No sabemos los años que trabajó en ella. Sí sabemos que sus últimos años los pasó en Barcelona en una casa editorial, y que ha hecho muchas traducciones de novelas francesas e italianas. Ahora tiene en el telar o concluido un gran Diccionario, en espera de que se lo acepte alguna casa editorial madrileña. Reside en Madrid cuando escribimos estas líneas.

(5) Artículos publicados con el seudónimo de «Mambrú»:

Peñas arriba.—I. *El asunto*.—II. *Los personajes*.—III. *El país*, 11-2-1895.

Pachín González, 27-2-1896.

Letras y artes.—*Estudios superiores*.—*Las cátedras en el Ateneo de Madrid*, 4-12-1896.

Letras y Artes.—*Las fiestas de Navidad en el colegio de los padres jesuitas de Orduña*. 2-1-1897.

Cuentos y chascarrillos andaluces, no se requieren más investigaciones ni el descifrar si empleó asimismo el seudónimo de «Ginesillo» (1) con el que puso a «Clarín» «cual no digan dueñas», ni qué medula satírica o entraña religiosa tuvieron sus obras originales o traducidas con su nombre o su seudónimo a disposición de los curiosos en la Biblioteca Nacional (2) y en la Municipal de Madrid.

Todo lo que D. Juan Valera dijo en la introducción de los *Cuentos y chascarrillos andaluces* (3) «El Bachiller Francisco de Estepa» quiso re-

Libros nuevos.—*El tesoro de Gastón* (Biblioteca Elzevir de la casa Gili, de Barcelona), 19-7-1897.

Artículos publicados con el remoquete de «El Bachiller Francisco de Estepa»:

Cartas andaluzas.—Sr. D. J. V.—I, 13-8-1896.—II, 17-8-1896.—III, 20-8-1896.—IV, 22-8-1896. V, 29-8-1896.—VI, 11-9-1896.—VII, 15-9-1896, y VIII, 19-9-1896.

Vamos a cuentas, 10-4-1897.

Cartucherita.—I, 19-4-1897.—II, 21-4-1897.

Neuróticos payasos, 30-4-1897.

Carta abierta.—Al autor de *Gente Conocida*, 3-5-1897.

Toros sin pan, 8-5-1897.

El lujo, 13-5-1897.

Artes y letras.—*Misericordia*, por B. Pérez Galdós.—I. Anverso, 25-5-1897.—II. Reverso, 26-5-1897. (El Anverso lo firmó con «Mambrú»; el Reverso con «El Bachiller Francisco de Estepa».)

Frases al óleo, 15-6-1897.

Sagasta caduca, 25-6-1897.

¡Palmetazo a palmetilla!, 1-7-1897.

(1) Artículos publicados con el seudónimo de «Ginesillo»:

Comidilla.—*¡Condenado prólogo de «Los condenados»!*, 8-1-1895.

Comidilla, 28-1-1895.

Comidilla.—*Clarín teresamaniaco*, 18-6-1895.

Sacras fames, 13-11-1895.

Cuentos de Clarín, 16-5-1896.

(2) *Año cristiano y vidas de los santos, entresacadas y extractadas de los autores más autorizados*, C. Rivadeneyra, P. Croisset, etc., etc., por Teodomiro Moreno Durán. Obra ilustrada con grabados y precedida de un prólogo del R. P. Agustín Más Folch. Doce tomos. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núms. 62.631-42.

Los jesuitas y el padre Mir.—*Cartas a un académico de la española*, por El Bachiller Francisco de Estepa. Madrid (Sucesores de J. Cruzado), 1896; 203 páginas en 8.º, marquilla. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 75.262, en *Raros*, núm. 57.892.

La mujer, médico del hogar..., por la doctora Ana Fischer. Duckelmann. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 13.066.

El proceso de Jesús, por Juan Rosadi. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 40.648.

El secreto de un bandido, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.020.

La señorita, por Jerónimo Rovetk. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 25.861.

Paraíso e infierno, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.284.

Las víctimas del amor, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.018.

Académicos en cuadrilla.—*Denuncia* [por] El Bachiller Francisco de Estepa, 119 págs. en 8.º menor. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso segundo, núm. 42.161.

(En esta obra se afirma que está agotado el folleto *El oso de la villa* y que el autor preparaba *Escenas religiosas*.)

(3) Lo que cunde el *folklore*; que esta afición es contagiosa; lo que se ha coleccionado en España; que se habían publicado ya no pocos cuentos vulgares; que los colectores no tenían

batirlo, y más que impugnarlo, censurarlo, y más que anatematizarlo, ponerlo en la picota del epigrama y del ridículo. Con Valera cargó más la mano (1) su sátira, emponzoñada de hieles, acritudes y personalismos (2). Para todos los cuentistas pide el flagelador la expulsión de la Real Academia Española-

la pretensión de ser los primeros; que sólo aspiraban «a que se aumente el tesoro escrito de los cuentos que el vulgo refiere»; cómo clasificaban los cuentos; que es grande la estimación por la literatura humorística; que el vulgo no está «tan aburrido y desesperado como se supone»; que los críticos reparan en la producción alegre; que han coleccionado los cuentistas lo oído «contar en Andalucía» con «cierto color y cierta traza» de aquella tierra; que es difícil «averiguar el origen de cada uno»; que se les queda muchos cuentos y chascarrillos en el tintero; que otros colectores, o ellos mismos, podrán aumentar la colección con nuevos volúmenes; que «no faltan candidos autores que califiquen a la Musa popular de casta»; que los cuentos verdes del vulgo «son en el fondo menos contrarios a la moral que muchas atildadísimas novelas»; que suprimieron no pocos ya redactados, a su parecer gratiosos; que incluyeron otros por no ser su libro para «instrucción y recreo de señoritas y de niños», sino para «fijar y guardar por escrito» la poesía «épico-cómica vulgar y difusa»; que el que inventó algún cuento con ribetes volterrianos no tuvo el propósito «de ofender a Dios, ni a los santos, ni a los ángeles»; que los cuentos tomaronlos de la boca del vulgo; que pueden espigarse chascarrillos con cierta rudeza, tolerable por bella forma literaria, en las comedias de Calderón y Tirso, así como en las obras de Cervantes; que no han querido cansarse «en buscar si alguien antes de nosotros han escrito los mismos cuentos»; que tendrán en tal caso alguna novedad en la escritura; que no se les debe inculpar por «la abundancia de historias y lances» relacionados con «cierto vaporoso producto del ser humano», desde antiguo mirado u oído como «fuente de chistes y de gracias, y que el público no verá pecaminosas desenvolturas para «aplaudir o reprobar la forma, pues el fondo es suyo».

(1) No sé si habrá tenido arte y habilidad para ello D. Luis de Ochaarán y Mazas; el caso es que antes del centenario a Valera dió a la estampa un libro, según nos refieren, con el fin de presentar a tan atildado escritor como enfadoso e incorregible galicista. D. Luis Astrana Marín, condolido porque Valera no juzgó el genio shakespeariano como alta cumbre literaria, lo presenta en una *Crítica literaria: El homenaje a Valera*, artículo que apareció en *El Imparcial* del 14 de diciembre de 1924 como «un portentoso aficionado, que se ejercita en todo y nada toma en serio. Mas, justo es decirlo, cada una de sus diversiones intelectuales va aromada de fina espiritualidad». Es lo triste que halle la prosa de Valera no ser pura «ni lo suficientemente rica y varia para servir de modelo».

(2) A Valera dicele, como literato andaluz amante de las letras y de la gracia, que le perdona por «amargarle su paladar delicado, si no con chismes, con cuentos, que de cuentos se trata». «Yo bien quisiera decirle quiénes son *Fulano, Zutano...* y compañía; pero no puedo, porque no lo sé, ni me importa; si bien para mí tengo que se trata de cuatro doctos, fundidos al soplete de la sal andaluza, de cuatro investigadores del ingenio popular, que gustando de hacer análisis por la vía seca y exploraciones por la de Tarifa, lejos de dar con la española gracia, se extravían por los cerros de Ubeda. En suma: *Fulano, Zutano, Mengano y Perengano* son cuatro *singracias* distintos y un solo *sonsonete* verdadero.» «No creo que tengan la osadía de reincidir, ni que nadie les aliente a cometer tamaño abuso, o les invite ni aun en broma, a hacer más cuentos.» «¡Se necesita osadía para citar a Homero como justificación de la manía de estar siempre metidos en la *hacienda del excusado!*» «Yo haría ostentar a esos cuentistas de *Fulano, Zutano, Mengano Perengano* el título de príncipes de sus respectivas desinenias, y les obligaría a usar por escudo de su villanía, que no nobleza, los siguientes emblemas: un escarabajo, dios de los egipcios, y un clister, atributo de San Juan de Dios, con el siguiente mote: *¡Dios ay aguda!*»

Al propio tiempo el *Bachiller* procura rebajar la importancia de las obras de Valera: «Las *Pepitas* y *Juanitas*, por entretenidas y deliciosas que sean, no son *Quijotes* ni *Iliadas* para que tengan—relativamente a su mérito—igual valor sus solecismos; y una cosa es que el más fino oro tenga impurezas, aunque más valdría si no las tuviera, y otra muy distinta que se pretenda pasar como preciosa joya un tristísimo y mohoso ochavo moruno.» Mas no se detiene aquí el encono del crítico con odiosas comparaciones y exhibición de faltas garrafales; llega a más: «Yo creo que lejos de aspirar, como usted aspira, a suprimir la crítica al menudeo, debía gestionar la supresión de los desatinos al por mayor.» (Carta I, de *Académicos en cuadrilla*, páginas 11, 12, 13 y 18; Carta II, pág. 29; Carta III, págs. 34 y 35.)

la (1). Les achaca que hicieron «mangas y capirotos del pudor, de la veracidad y de la lengua en un libro a todas luces deshonesto, fraudulento y bárbaro»; que faltan a la verdad «al afirmar que sus cuentos y chascarrillos son andaluces y que los han tomado de la boca del vulgo»; que son «un cúmulo de lances y chistes groseros y de frases y pasajes torpes y escandalosos»; que «infringen las más fundamentales normas del habla castellana y las prescripciones más elementales del arte», y que el volumen era digno, «por su forma y su sustancia, de gentecilla soez y necesitada» (2).

¿Pero es posible que ningún cuento sea gracioso, salvando *El animal prodigioso*, *El canto gangoso*, *¿Me conoces?*, *El reloj nuevo*, *Plata menuda* y *Tomando las once*? ¿De modo que de setenta y cinco cuentos y chascarrillos hace naufragar el autor del humorístico y sarcástico escrutinio sesenta y nueve, aunque permita ponerse a flote a *Doña Bishodie*, *De la Verge* y con desabrimiento *El picador*, que es uno de los mejores cuentos, para él derivado de un chascarrillo *graciosísimo*? (3). Mas la gracia la vendía cara «El Bachiller Francisco de Estepa»; el que no es un chascarrillo repetido hasta la saciedad, está tomado o inspirado de otros congéneres.

Nos resultaría demasiado prolijo reproducir cuento por cuento, chascarrillo por chascarrillo, cuanto dio a la publicidad el *destripador*. No hizo mención de catorce cuentos (4), aunque en ninguno encontró sabor ni color an-

(1) Págs. VI y IX del Prólogo de *Académicos en cuadrilla*.

(2) Págs. VI, VII, VIII y X del mismo prólogo.

(3) «Compare, que ya han tocado a banderillas», le dicen a un abusón que *se duerme* picando un cigarro puro para hacer un pitillo *como la Girarda*, diríamos nosotros. El otro *picador*, el de la colección, es un verdadero cuento, narrado con donoso arte literario. A viva fuerza, en día de gran banquete, un andaluz es sentado a la mesa por otro andaluz de buen humor. «Picaré alguna cosilla. No mucho, porque acabo de comer como un Heliogábalo.» Y más que comer devora y escamotea todas las viandas que son de su gusto y se pegan bien al riñón. Del Moka saborea dos tazas seguidas, acompañadas de licores y excelentes vegueros. Todo con la mayor diligencia; apremiantes necesidades le reclaman en otro lugar. «Un momento —le suplica el anfitrión para indicarle que a diario tendrá un cubierto en su mesa—: Será para mi honroso, satisfactorio y económico que venga usted a comer, pero no a picar. A picar se puede ir a la plaza de toros.»

(4) No mencionó cuatro de Valera: *Manifestaciones de duelo del rey de Portugal*, que resulta una portuguesada, como quien dice, una andaluzada estrambótica; *El Sr. Niechtverstehen*, cuento filosófico que produce honda sensación; *La col y la caldera*, que pinta a lo vivo la exageración colmada entre las gentes rústicas del pueblo andaluz, y *Los emigrantes*, trasunto fidelísimo del buen mozo andaluz que lleva consigo un tesoro de despreocupación íntima. No mencionó dos de Campillo: *No puede ser*, tan cómico, tan original y tan bien contado como *El picador* y *El grabado*, bufonesca parodia de la afición taurómaca. No mencionó seis del conde de las Navas: *De cereales*, caso típico del bobalicón que sabe a su casa, cuento o chascarrillo reproducido en otro volumen; *De chicos y grandes: Cuentos, chascarrillos y sucedidos*, por el conde de las Navas (Madrid, 1914), págs. 225 y 226; *Acertijo*, salida ingeniosa de un muchachillo andaluz; *Un diplomático en canuto*, que con su *mijita de filosofía* larga una noticia triste como un escopetazo; *El tercer sentido*, signo acreditativo de quien huele con resignación y de quien no se resigna a oler ni a tabaco; *Menudo*, justificación pintoresca de que no puede exigirse una capa o un corte de pantalón por un real, y *Un gran dentista* evoca otro chascarrillo posterior de Luis Taboada, quien ponía en boca de un *futuro imperfecto* esta exclamación juvenil: «¡Yo viejo, y estoy echando los dientes!» No mencionó tres de Pardo de Figueroa: *El alojado*, colmo de interpretación culinaria y andariega; *Los tres favores*, burluna socarronería de que «dávivas quebrantan peñas», y *La Giralda*, salada confusión de un *quid-pro-quo*.

Varias otras cosas curiosas pudo haber dicho el *destripador*. Pudo decir que D. Juan Va-

daluces. Los ecos de algunos, bastantes, como los de *La Trompetería*, *La reina madre*, *El consonante* y otros más, le llegaron, antes que a la trompa de Eustaquio, a las fosas nasales. Por faltas de sal no pudo pasar *Las sopas de ajo*. Se le atragantaron *El ermitaño y la princesa* e *Higiene conyugal* por obscenos y desvergonzados, tildando de execrable *La confesión reiterada*. Al que no achacaba repugnancias de viejo senil, como *Por no perder el respeto*, le resultaba tan insípido como *El ángel* sin «ángel» o le obligaban «a hacer pucheros», como el *Milagro de la dialéctica*. Al que no le encontraba grosería o *fusilamiento*, le hallaba nauseabundo o sin decencia (1).

¿Todo este desagüe de improprios bufonescos y mordaces nacían de una apreciación justa? ¿Eran, por el contrario, una *destripación* en toda regla buscando a todo evento el escándalo? (2). Algo de esto vislumbraría *La Unión Católica* puesto que no llegó a publicar las once cartas de *Académi-*

lera, en 1878, dijo algo en el prólogo de *Una docena de cuentos*, por D. Narciso Campillo, de lo dicho en la introducción de *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Pudo decir que dos de éstos, *Conversión de un heterodoxo*, de Valera, y *Las últimas del tío Tabique*, del conde de las Navas (tío Tabique, citado en *El acertajo del tío Escarola*, pág. 89, en *De chicos y de grandes*), fueron extractados de *Un tipo singular*, págs. 209 a 246 de *Una docena de cuentos*. El tipo singular era un sevillano imaginario, D. Juan Clavijo, de quien hay varias singularidades más.

(1) La oración deprecativa de «El Bachiller Francisco de Estepa» puede volverse por pasiva. No son tan apuestos, ni repulsivos, ni desagradables, ni trasnochados, ni procaces, ni insulsos, ni degradantes, ni groseros, ni tristonos. Unos con más gracia o con más humorismo y otros con menos incitan a la lectura, como la incitan *La buena fama*, cuento celebrado de don Juan Valera; como *La lucha del ciego*, *La constancia* y *La plegaria*, tres cuentos de Campillo que valen por tres tratados de mundología, de tenacidad y de cháchara desbordante de donaire; como *El compañero en el Paraíso*, del conde de las Navas, verdadero raudal de arte y ternura, y como *La caja de oro*, sucedido real de «El Doctor Thebussen», si bien hay que advertir media un abismo de solemnidad y majestad augustas entre sus cuentos y chascarrillos a esta referencia erudita de un episodio conmovedor, inserto en *La Ilustración Española y Americana*, si no recordamos mal, y en las dos ediciones de las *Notas genealógicas que para tomar el hábito de Santiago presentaron D. Mariano, D. Francisco y D. Rafael Pardo de Figueroa, Serna, Manso de Andrade y Pareja*. (Págs. 97 a 103 de la segunda edición, lujosísima, publicada el año 1905 en papel de hilo, con grabados de Laporta y dibujos de Víctor Oliva.)

(2) Si no buscaba el escándalo, iba buscándole tres pies al gato. Su obra anterior, *Los jesuitas y el padre Mir*, desde luego que repelió al escándalo, y como anduvo a sartenazos y cubrió de tizne y hollín nada menos que a un académico de la Española, siendo aplaudido por los críticos que he nos reseñado y por *La Correspondencia de España* el 4 de mayo de 1896 y por *La Unión Católica* el 6 de junio siguiente, juzgó que todo el monte era orégano y la emprendió con otro académico y tres correspondientes, también de gran fama. El último periódico, que leyó su obra contra el padre Mir, «puramente de crítica», no solamente «con interés, sino hasta con deleite por los chistes de que está llena», le diputó en lo satírico como un sucesor del padre Isla, lo cual le envalentonó para gritar fuerte con chistes caricaturescos en *Académicos en cuadrilla*. Chistes que tiznan, como el del chico que excusa sus manos puercas diciendo: «¡Esto no es ná; si me viera usted los pies!» Chistes sin nariz o muy pequeña; con mal olor en la boca, fruncida, «que más parecía oído»; con ojos sepultados en dos turgentes carrillos, como los que tocó la ciega madame du Deffout en el rostro de Gibbon, el autor de la *Decadencia del imperio romano*, y que le obligó a exclamar: «¡Oh, es una broma infame!» Chistes tan catarrosos como el que *hasta los escarabajos tienen tos*, esto es, hasta los eruditos quieren tener gracia. Chiste con maternidad, como el de «¿Acaso las otras madres llevan a sus hijos en el bolsillo y no en las entrañas?» Chistes a la luz de la luna, parodiando a M. Galland, autor de *Las mil y una noches*. Chistes crematísticos, como el del mal escritor que no arruina a nadie, pero «un duro se lo estropea a cualquiera». Chistes de lavadero, como el de la rubrica de *Lucas Gómez*, que pedía con urgencia lavandera. Chistes de peluquería, como el de aquel criado con una montaña de pelo que ante una visita le pregunta a su señora: «¿Quiere

cos en cuadrilla y no redactó ni una sola línea para anunciar la aparición de este libro (1).

Algo le «jalearon» *La Correspondencia de España* (2) y *La Epoca* (3); mas uno y otro diario cargaron a «El Bachiller Francisco de Estepa» con el mismo estigma que impuso a «Fulano», «Zutano», «Mengano» y «Perengano». ¡El *destripador* fué materialmente *destripado*! *La Correspondencia de España* decía: «no hay vicio por él [«El Bachiller»] reprendido a los académicos de que él no adolezca en su librito». «Cuentos viejos como los de marras, frases y palabras de subido color y faltas de buena policía, de todo hace alarde este diablo predicador de «Bachiller». «Por ejemplo, las tres primeras líneas de su memorial-denuncia son las siguientes: «En el seno de esa casa más de un individuo se *cisca*, excelentísimo señor.» «No hay para qué seguir, que más vale no meneallo.»

Francisco Fernández Villegas, «Zeda», le reconvino al «Bachiller» en *La Epoca*, de igual manera que *La Correspondencia* sacó a plaza sus yerros gramaticales, y le amonestó en esta forma: «El camino que usted sigue—con la esperanza sin duda de adquirir fama en breve tiempo y con poco trabajo—podrá ser el más corto, pero no es el mejor. Quizás oiga usted elogios de los impotentes que se recrean y refocilan al ver que uno más fuerte que ellos da palos, aunque sean de ciego. Desentiéndase usted de tales alabanzas. Usted tiene talento, cultura y bríos para ejercer la verdadera crítica sin blanduras afeminadas, pero sin procacidades de mal gusto. ¿Por qué ha de empeñarse en desaprovechar dotes envidiables que pueden tener más alto empleo que el de perder el tiempo y el discurso escribiendo de cosas tan fútiles e insignificantes como la colección de chascarrillos, a quienes ni los mismos padres que la engendraron han querido concederle públicamente su paternidad?»

No obstante la circunspección y los elogios que volcaron sobre «El Bachiller», éste, al verse *destripado*, abrió el grifo de la bilis, y con su artículo *Palmetazo a palmetilla* (4) replicó que ni él leía a «Zeda», «chivo de dos madres» a quien «se le volvió la jaca jaco», ni él era desaseado, a pesar de

usted que vaya a que me corten *lo que usted sabe?*» Chistes de sacramental o patriarcal, como el de que entierren a los cuentistas con el *ruido humano* que estiman «como muy agradable sinfonía y grata música». Chistes de polvorín, como el del niño que se tragó una bala y el médico prevenía que no se apuntara a nadie con el muchacho». Chistes de pozos negros, como el de que «se juntaron cuatro [escritores] a ensuciar». Chiste reverencioso, como el de aquel plebeyo a quien «ciñó Enrique IV el tahalí de su espada en señal de nobleza», que tras de una ridícula genuflexión «dejó al punto escapar por donde pudo su *villanía*». Chiste mensajero, como el de aquel Faraón que estando a caballo levantó su propia anca y *saludó* grosera e indecorosamente al enviado de Apries. A nosotros nos parece que con tales chistes la sartén se quedó sin rabo y, andando a sartenazos, más que tiznara se tiznó; del escandalizador se escandalizaron.

(1) Se permitieron, sin embargo, devolver golpe por golpe cuando con toda corrección le atacaron, y de la que hizo caso omiso.

(2) *Académicos en cuadrilla*. Sábado, 12 de junio de 1897. Año XLVIII, núm. 14.372.

(3) *Autores y libros —Académicos en cuadrilla*, por el «Bachiller Francisco de Estepa». «Zeda». Jueves, 3 de junio de 1897. Año XLIX, núm. 16.882.

(4) Véase la llamada numero 20.

dedicarle aquél una columna de prosa en *La Epoca*, cogiendo con un papelito cierta palabra de *Académicos en cuadrilla* con ascos y remilgos. Después de juzgarle a «Zeda» un «escrúpulo de crítico», que le guardaba gran ojeriza (1) por censurarle que cogió y machacó una obra de Sudermann sin saber una palabra germánica, y queos ó poner la pluma sobre un drama de Ibsen; después de aplicarle al articulista de *La Correspondencia de España* el remoquete de nuevo «dómine Zancas largas», a aquél endílgale varios razonamientos para demostrarle que con él no puede «oficiar de cuervo para sacarle los ojos», y al otro escritor de que *descarrila* hasta con erratas ajenas (2). A «Zeda» le considera sin derecho ni autoridad para hacer *críticas de críticas*, y lejos de sacar faltas al prójimo trate el arreglador con más acierto a los dramaturgos extranjeros, que, a falta de tratados que garanticen su propiedad y su reputación, van a verse en el caso de «untar sus dramas con tocino», como dijo Quevedo en sus versos, «para que no los roan Gongorillas».

Hagamos punto final copiando íntegra la defensa que de sus *Cuentos* hicieron los autores dos años después, en 1898: «Todo lo que pudiéramos decir en defensa de esta colección de *Cuentos y chascarrillos* está dicho ya en la introducción que hemos publicado en la edición primera y que reproducimos ahora. Nada tenemos, pues, que añadir ni nada que alegar contra los ataques más o menos duros de la crítica. Diremos, sin embargo, que el público nos ha tratado benévolutamente, ya que ha leído y comprado nuestro libro, moviéndonos a imprimirle de nuevo, por todo lo cual nos complacemos en darle las gracias más encarecidas» (3).

Como epitafio del *destripacuentos destripado* y de la crítica madrileña, en cuyos anales hay páginas tan pintorescas y desenfadadas como las del ingenioso y entonces descarriado «Bachiller Francisco de Estepa», puede escribirse: *Antes que el decir de los críticos con prejuicios está el público soberano* (4). *Inclinémonos con reverencia ante la crítica sana* (5).

AURELIO BAIG BAÑOS.

(1) Según se desprende del final del artículo de «Zeda» el «Bachiller» le invitó a hablar de su libro disculpándose de su anterior virulencia. «Zeda» remachaba el clavo, de lo que noblemente le argüía, de este modo categórico, si se quiere algo reticente: «Esto es lo que siento y lo que francamente digo al «Bachiller de Estepa», respondiendo a su invitación, que juzgo sincera.»

(2) También se *descarriló* con las erratas de Heliozábalo y alhacena *sin haches* en *Cuentos y chascarrillos andaluces*, disparates «que podían corregir sus autores con sólo pedir prestada al padre Mir una [o dos] de las infinitas *haches* que derrocha». (*Acad. en cuad.*, pág. 79) «¿Es que se quiere hacer de la *h* insignia vistosa, prenda de fantasía o artículo de lujo?» (*Académicos en cuad.*, pág. 108.)

(3) *Advertencia preliminar* de esta segunda edición, pág. V de *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo...* Segunda edición. Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, 1898. XXIII + 271 págs., en 8.º (17 X 10,7 centímetros).

(4) «El escribir es navegar entre dos escollos», como dijo Valera en la primera serie de las *Cartas americanas* (Madrid, Fuentes y Capdeville, 1889), págs. 132 y 133, hablando del Parnaso colombiano. Para nosotros un escollo es la crítica y otro escollo el comprador.

(5) Parécenos que el lema de ésta es como el de Abdías: «Como tú hiciste se hará contigo; tu galardón volverá sobre tu cabeza.»

VARIEDADES

Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio

No parecía ciertamente que, después de haberse investigado tanto en el terreno documental, se pudiese añadir alguna información que arrojase nueva luz sobre la vida del famoso Lope de Vega Carpio; tales y tan completas son las noticias reunidas por sus ilustrados y diligentes biógrafos.

Y sin embargo, en mis búsquedas de archivo, que he tenido la satisfacción de hacer en el de *Protocolos de Toledo*, descubro tres nuevos documentos merecedores de publicación inmediata, por la importancia de las nuevas noticias en ellos contenidas. Por esta causa experimento la grata satisfacción de transcribirlos íntegramente, reproduciéndolos además.

Cronológicamente llevan las fechas de 19 de julio de 1590, 1 de agosto del mismo año y 21 de mayo de 1591.

Si no constara por el propio testimonio de Lope de Vega Carpio —expuesto en un pasaje del libro segundo de *La Filomena*, en el cual se intercalan elogios de algunos ingenios toledanos— que al regresar éste a España, por el mes de diciembre de 1588, como soldado de la armada Invencible, desde Cádiz, en donde desembarcó, pasó a la imperial ciudad de Toledo, tendríamos ahora el testimonio documental que así lo hiciera constar, como consecuencia de escrituras otorgadas ante uno de los escribanos públicos del número de esa ciudad, firmadas por el gran poeta.

En Toledo, pues, aparece Lope de Vega en 19 de julio de 1590, y refiere uno de sus biógrafos, D. Alberto de la Barrera (*Nueva biografía de Lope de Vega*, tomo I. Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española), que en aquella ciudad fué recibido con afectuosos parabienes de sus amigos y aplauso de los ingenios.

Ofrece la lectura del documento número 1, otorgado ante el escribano Pedro Ortiz, un dato singularísimo: aparece Lope de Vega como *criado* del señor don Francisco de Rivera —dejando, por consiguiente, de servir al duque de Alba—, persona acaudalada de Toledo, a juzgarle por varias escrituras de contrato de alquiler de algunas de sus casas toledanas, y las cuales escrituras he examinado en aquel Archivo.

Nada he podido averiguar relativo a la condición social o linaje de este personaje vecino de Toledo, al servicio del cual, y por poco tiempo, aparece Lope de Vega en el mes de julio de 1590.

Por este instrumento alquila Lope al vecino de Toledo Francisco de Barrientos unas casas situadas en la calle de la Sierpe de la parroquia de la Magdalena, por tiempo de un año y precio de trescientos reales, a pagar por los tercios acostumbrados. En las referidas casas vivía Alonso de Villafaña, y eran de la propie-

dad de Miguel García de Loaisa. Sin duda alguna, esta casa la alquiló para reunirse con doña Isabel de Ampuero Urbina y Cortinas, su primera esposa.

El escribano Pedro Ortiz era uno de los más acreditados de la ciudad y conocía a Lope de Vega. Figuran como testigos en el documento los vecinos de Toledo Pedro de Santander, Melchor de Galdo y Diego López. Este segundo era también conocidísimo escribano público.

Pocos días después, en 1 de agosto, otorgó ante el mismo Pedro Ortiz una nueva escritura —documento numero 2—, en la cual se consignan los datos siguientes: que Luisa de Vega, viuda, mujer que fué de Juan Ramírez, «tiene por su hijo legítimo e del dicho su marido a Francisco, de hedad de ocho años, e para hefeto de le poner a servicio a menester ser proveido de vn curador judicial, e a ella como a su madre le compete la curadoría, pidió a su merced le discierna la curadoría..., y para lo cumplir dió por su fiador a Lope de Uega... y otorgó —además— que puso en poner a servicio al dicho Francisco con Lope de Vega, criado de don Francisco de Rivera..., por tiempo de seis años cumplidos».

Esta señora Luisa de Vega era sobrina de Lope, y se halla citada como tal en el testamento otorgado por doña Juana de Guardo, la segunda mujer del poeta. Por la misma escritura se viene también en conocimiento de que doña Luisa estuvo casada con Juan Ramírez, que era difunto en 1590, y con el cual tuvo a su hijo, nacido en el año de 1582.

El documento contiene otro nuevo dato: aparece Lope de Vega como *criado* de un nuevo dueño, el marqués de Malpica, D. Francisco de Rivera Barroso, segundo marqués de Malpica, mariscal de Castilla y señor de Parla, San Martín de Pusa, etc. Y esta individualidad es interesante, como todas las anteriores, para la biografía del famoso poeta, porque la colocación de éste, en clase de secretario con el referido D. Francisco de Rivera se creyó hasta ahora suceso posterior al año de 1596, y la escritura comprueba que Lope de Vega comenzó a servirle en Toledo y desde 1 de agosto de 1590, o unos días antes.

En Toledo continúa el resto del año y parte del de 1591. En 21 de junio de éste se obligó a pagar —documento número 3— al mercader Hernando de Tamayo, vecino de la villa de Madrid, doscientos reales que a éste le debía, los cuales recibió Lope de Vega, de manos de Juan Fernández de la Peña, y la referida cantidad se obligó a pagarle en Toledo o en Madrid, en el término de seis meses.

¿Qué clase de deuda era esa que no se consigna en la escritura? De todos modos el dato demuestra que no se hallaba Lope de Vega muy boyante de dinero.

VERARDO GARCÍA REV.

Academia militar. Toledo.

DOCUMENTO NÚMERO 1

«En la ciudad de toledo, diez e nueve días del mes de julio, año del nascimiento de nuestro Salbador Jesucristo de mil e quinientos e noventa años, en presencia de mí el escriuano público e testigos de yuso escriptos pareció presente francisco de barrientos, mercader, becino de la ciudad de toledo, y otorgó que alquiló y traspasó a lope de bega carpio, criado del señor don francisco de Rivera, becino de la dicha ciudad, que está presente, una casa en la calle de la sierpe, en que de presente bibe lucas de villalpando, que son de miguel garcía de loaysa,

que tambien eran de francisco becerra, becino de la dicha ciudad; la qual le alquila y traspasa por tienpo de vn año, que será su comienzo el día de nuestra señora de agosto, primero que verna del dicho año, por precio y quantía de trescientos Reales, pagados por los tercios acostumbrados del año, que son las pasquas de navidad e de rresureción y de santa maría de agosto, cada tercio la tercia parte, y en esta manera que dicha és otorgó e se obligó de no le quitar ni deshacer este dicho alquiler por más ni por menos ni por el tanto, pena de le dar otra tal casa y en tan buen logar e por otro tanto tienpo e precio; e para lo aber cunplir e pagar obligó su persona e bienes, y el dicho lope de vega carpio, que está presente a lo que dicho es, otorgó que açuto este dicho contrato de alquiler quel dicho francisco de barrientos le hace del dicho e por el dicho tienpo e precio; e por lo qual toca se obligó de lo cunplir e pagar a los plazos e términos e segund e de la forma e manera que de suso está declarado; e para lo cunplir y pagar obligó su persona e bienes auidos e por aber, e por esta presente carta anbas las dichas partes y cada vna dellas para lo suso dicho se obligaron e dieron poder cunplido a todas e qualesquier justicias e jueces del Rey nuestro Señor de qualesquier partes e lugares que tengan ansí jurisdiccion e fuero executivo [...], y especialmente con las justicias desta dicha ciudad de to'edo, e rrenunciaron su propio fuero, jurisdicción e dominio e la ley sid convenerid para que por todo rigor de derecho les compelan y apremien a lo así cunplir e pagar con costas como si sentencia definitiva fuese dada contra ellos e por ellos consentida y pasada en cosa juzgada, e Renunciaron el traslado desta carta e otras e qualesquier leyes, fueros, derechos, obligaciones que son en su fabor o ser pueden por yr e benir contra los dichos; e otorgaron esta carta y la firmaron de sus nombres en el Registro de esta ciudad, e yo el dicho escribano conozco a los dichos otorgantes e testigos que fueron presentes, pedro de santander e melchor de galdo e diego lópez, vecinos de toledo.—*Francisco de Barrientos.—Lope de Vega Carpio.*» (Firmas autógrafas).

Archivo de Protocolos de Toledo.—Escribano, Pedro Ortiz.—Fol. 722.

DOCUMENTO NÚMERO 2

«En la ciudad de toledo, a primero del mes de agosto de mill e quinientos noventa años, ante Juan Sotelo, alcalde ordinario de la cibdad de toledo, por Perafan de Ribera, corregidor de toledo, pareció presente Luisa de Uega, viuda, muger que fué de Juan rramirez, difunto, e dixo quella tiene por su hijo legítimo e del dicho su marido a francisco, de hedad de ocho años, e para hefeto de le poner a seruicio a menester ser proveido de vn curador judicial, e a ella como a su madre le conpele la dicha curadoría, pidió a su merced le dizierna la curadoría; e por el dicho alcalde, visto el dicho pedimiento della, Renunció jurisdicción en forma de derecho, e auiendo jurado prometió por dios e por santa maría e sobre vna señal de la cruz, tal como esta †, en que puso su mano derecha, que será buena curadora del dicho menor e que sobre su probecho se lo allegará; y para lo cunplir dió por su fiador a Lope de Uega, bezino de la dicha cibdad, el qual, que presente estaba, por tal e constituido y anbas a dos de mancomun, rrenunciando las leyes de la mancomunidad se obligaron que la dicha Luisa de bega cunplirá lo que tiene jurado e prometido, y si por su culpa o cargo algún daño le biniere, lo pagarán por sus personas e bienes auidos e por aber, que para ello obligaron; e por el dicho alcalde, visto el dicho pedimiento e juramento en forma, dixo que dizernía e dizirnió la dicha curadoría en la dicha Luisa de bega e la daua e dió poder cunplido para que pueda poner a seruizio al dicho francisco, su hijo, con la persona e por el tienpo e prescio que le pareziere, y sobrello hacer e otorgar la escriptura que conuenga con las fuerzas necesarias, a lo qual e a las escripturas que hiziere dixo que interponía e interpuso su autoridad e de decreto judicial tanto quanto puede e con derecho deue; luego la dicha Luisa de uega, como tal curadora, otorgó que puso en poder a seruicio al dicho francisco con Lope de uega, criado de don francisco de Ribera, questá presente, para que le

sirba en todo lo que le mandare por tienpo de seis años cunplidos, su comienzo oy dicho día, porque en este tienpo le den de comer e beber e bestir e calzar onestamente, y en todo este tienpo quatro ducados en dineros, y en fin del tienpo vn bestido de paño de vn herreruero e rropilla e gregüescos e medias calzas de a quimze Reales la bara, e dos camisas e vn jubon de lienzo, y zinto e zapatos e vn sombrero, todo nuevo, demás de los bestidos que tobiere, y los dichos quatro ducados le a de dar en fin del tienpo hauiendo fecho el dicho seruicio; e otorgó e se obligó de no le quitar del dicho seruicio antes del dicho tienpo ser cunplido; e que no se yrá ni ausentará del, e si se fuere e ausentare que pierda lo seruido e torne a seruir de nuevo, e sea obligada, como se obligó, de le buscar en esta ciudad e zinco leguas a la rredonda, e sabiendo donde está, le traer para que cunpla el dicho seruicio, e para ello obligó la persona e bienes del dicho su menor; y el dicho Lope de uega, que presente estaua a lo que dicho és, otorgó que aceutó esta escriptura e Requerimiento al dicho seruicio al dicho francisco por el dicho tienpo e precio; e por lo que a él toca se obligó de lo cunplir e pagar según que va declarado, e para ello obligó su persona e bienes auídos e por auer, y anbas partes dieron poder cunplido a qualesquier justicias e jueces de su magestat, de qualesquier partes que sean, a cuya jurisdición e fueros se sometieron, y especialmente al fuero, jurisdición e justizias desta dicha cibdad de toledo, e rrenunciaron su propio fuero e jurisdición para que por todo rrigor de derecho e manera executiva les conpelen a lo cunplir como por sentencia pasada en cosa juzgada, e rrenunciaron qualesquier leyes que sean en su favor e la ley e diuisión en que diz que general Rrenunciación non bala; y la dicha luísa de uega rrenunció las leyes de los enperadores, que son en favor de las mugeres como en ellas se contiene, y las dichas partes otorgaron esta carta en la manera que dicha és ante el escriuano público e testigos yuso escritos, que fué fecha e otorgada en la dicha ciudad de toledo en el dicho día, mes e año sobre dicho, e yo el presente escriuano conozco a los dichos otorgantes, y por la dicha luísa de uega lo firmó vn testigo e testigos que fueron presentes, pedro de santander e melchor de galdo e diego lopez, vecinos de toledo.— *Juan Sotelo*, alcalde.— *Lope de Vega Carpio*.»

Archivo de Protocolos de Toledo.—Escribano, *Pedro Ortiz*.—Fol. 691.

DOCUMENTO NÚMERO 3

«Sepan quantos esta carta vieren como yo, lope de vega carpio, vecino de la villa de madrid, estante al presente en esta mui noble çibdad de toledo, otorgo e conozco que debo e me obligo de pagar a vos, hernando de tamayo, mercader, vecino de la dicha villa de madrid, que está ausente, o a quien su poder obiere, doçientos rreales, los quales son por Raçon que yo se los devo por las cédulas firmadas de mi nombre, los quales me dió y entregó en su nombre Juan fernandez de la peña, de los quales dichos doçientos Reales e las dichas cédulas soy e me otorgo por contento y entregado a mi voluntad, sobre lo qual rrenuncio las dos leyes y exebción del derecho, que son e hallan en Razon de la entrega e paga como en ellas se contiene, y por el dicho Juan fernandez, en el dicho nombre del dicho hernando de tamayo, abido por bien de me esperar y poner el plazo que de yuso dirá; así por esta Razon me constituyo por su deudor manifiesto de los dichos doçientos Reales, los quales me obligo e declaro que daré [...] alguna de los ir dar y pagar, puestos y pagados aquí en toledo o en la villa de madrid, en vuestro poder o de quien los obiere de aber, de oy día de la fecha desta carta en seis meses primeros siguientes para se los dar y pagar con el dablo; e para lo ansí dar e pagar obligo mi persona e bienes muebles e Rayces abidos e por aber, e por esta presente carta doy poder cunplido a todas e qualesquier justicias e juezes del Rey nuestro Señor de qualesquier partes y lugares que sean, a cuya jurisdición e fuero me someto, y especialmente a los alcaldes de la casa e corte del Rey nuestro Señor y justizias desta dicha ciudad de toledo e de otras qualesquier partes donde fuere serbido conoscimiento de justicias, e rrenuncio mi propio fuero, jurisdicción e domicilio e la ley sid convenerid de jurisdicione onium judi-

cum, etc., para que por todo Remedio e rrigor de derecho e bia executiva me compelan [...] y aprenmien a lo así cumplir y pagar con costas como si sentencia definitiva fuese dada contra mí e por mí consentida y pasada en cosa juzgada, e rrenuncio el traslado desta carta e todas qualesquier leyes, fueros, derechos, plazos e traslados y ordenamientos que en mi favor sean o ser puedan, para yr y benir contra lo que dicho és, e la ley e derecho que diz que general Renunciaçion en favor dellas non bala; e otrosí juro por Dios nuestro Señor e por Santa María, su madre, y sobre la señal de la cruz, como esta †, que soy mayor de edad de treinta y cinco años, e así lo juro e declaro, en testimonio de lo qual otorgo esta carta ante escribano público e testigos de yuso escriptos, que fué fecha e otorgada en esta dicha cibdad de toledo a beinte e vn días del mes de mayo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e noventa e vn años, y lo firmó de su nombre, e yo el dicho escribano conozco al dicho otorgante; testigos que fueron presentes, Luis de madrid e melchor de galdo e diego lopez, vecinos de toledo.—*Lope de Vega Carpio.*» (Firma autógrafa.)

Archivo de Protocolos de Toledo.—Escribano, *Pedro Ortiz.*—Fol. 503 vuelto.



La etimología griega de Madrid, según el “*Messenger d’Athenès*,”

La Dirección general de Bellas Artes, desempeñada, como es sabido, por el ilustre conde de las Infantas, trasladó hace pocas semanas al Ayuntamiento de Madrid una nota del Ministerio de Estado dirigida al de Instrucción pública, que dice a la letra:

«Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.—Sección 5.^a—Publicaciones, Estadística e informaciones oficiales de enseñanza.

»Excelentísimo señor: El Ministerio de Estado ha dirigido a este departamento el siguiente oficio, con fecha 19 de diciembre próximo pasado. —El encargado de Negocios de España en Atenas dice a este departamento, en despacho número 491, de fecha 3 del corriente, lo que sigue: A título de curiosidad y para el eventual conocimiento del Ayuntamiento de la villa y corte, tengo la honra de remitir adjunto a manos de V. E. un artículo publicado en el *Messenger d’Athènes* de hoy, en el que su autor, al hablar de los madroños, planta clásica del Ática, atribuye la etimología a la palabra *madria* que los griegos antiguos daban a los madroños, señalando la coincidencia que existe entre esta hipótesis etimológica y el escudo de armas de nuestra capital. También señala el autor, como hecho curioso, la pronunciación madrileña del nombre de la villa, que corresponde al delta griego, letra pronunciada suavemente entre la «d» y la «z», como en Castilla. Lo que traslado a V. E. para su conocimiento, con inclusión de los anejos que se citan.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid, 11 de enero de 1928.—El director general de Bellas Artes, *Conde de las Infantas*.

»Excelentísimo señor alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid.»

He aquí ahora el artículo a que la nota se refiere. Lo reproducimos íntegro, no sólo a título de curiosidad por la contribución que, a su modo, aporta a la deba-

tida e intrincada cuestión de la etimología de *Madrid*, sino por la simpatía que demuestra a España en su deseo, más o menos fundado, de derivar del griego el nombre de nuestra capital.

«ARBUSES PRUNELLES ET... MADRID (1)

»Les fières fleurs impériales du Japon, les beaux chrysanthèmes multicolores, heureusement implantés chez nous, constituent sans doute la plus riche parure d'automne de nos jardins et appartements. Elles trouvent cependant des concurrents très sérieux dans les arbouses couleur de feu, ces fruits d'arbustes sauvages, aux formes gracieuses, qui s'harmonisent délicieusement avec les petites bulles blanches de leurs fleurs et leurs feuilles laurinéennes toujours vertes, et qui ornent en cette saison les pentes de nos montagnes, en les revêtissant de leurs riches pourpres doublées d'hermines. Et ce ne sont pas seulement notre vieil Hymette avec ses frères le Pentélique et le Parnès qui jouissent de ce privilège; toutes les montagnes des pays limitrophes de la Méditerranée se trouvent dans le même cas.

»Mais si l'arbouse, cette humble et modeste montagnarde, n'ose pas figurer dans les fruitières blâchées, elle a eu pourtant l'honneur d'être chantée par Ovide, ce chantre des beautés de l'Hymette, comme une des nourritures des hommes au siècle d'or. (Ov. *Metam.* I, 103-106.)

Contentique cibus nullo cogente creatis
Arbuteos fetus montanaque fraga legebant
Cornaque et in duris haerentia mora rubetis
Et quae deciderant patula Jovis arbore, glandes.

(Traduction, d'après Nisard):

»Satisfaits des présents que la culture n'avait pas arrachés du sein de la terre, les hommes cueillaient les fruits de l'arbousier, la fraise des montagnes, les baies du cornouiller, la mûre attachée aux ronces épineuses, ou ramassaient les glands tombés de l'arbre immense de Jupiter.

»L'humble arbouse est pourtant arboré dans le blason d'une capitale de l'Europe. En effet, les armes de Madrid consistent en un ours cueillant debout les fruits d'un arbousier. En voici l'explication. L'arbouse et les arbousiers s'appellent en espagnol *madroño*, mot qui, d'après un savant allemand, dérive du grec, ce qui est le cas pour une foule de mots et d'expressions espagnoles se rapportant aux champs et forêts, l'agriculture, la viticulture et l'élevage du bétail. Ceci n'est pas du tout étonnant, si l'on pense que 500 ans avant Jésus-Christ toute la cote orientale de l'Espagne était colonisée par des Ioniens. Donc, les Grecs, qui appelaient les prunelles ou prunes sauvages *μαύρονα*, appliquèrent ce nom aussi aux arbouses qui poussent sur les montagnes de la Guadarrama actuelle, et un endroit séculaire, près duquel cet arbuste croissait en abondance, en reçut le nom *μαύρονεῖδες* (prunelleux): *Madrid*. Et les Espagnols continuent à prononcer *Mañrio* et pas Madrid.

»Fruit inconnu au Nord de l'Europe —ce qui fit que les doctes savants qui com-

(1) *Le Messager d'Athènes*, 3 décembre, 1927.

mentèrent Ovide, doutèrent qu'il y ait de tels fruits ou des glands comestibles et opinèrent qu'il s'agit la d'une licence poétique, d'une exagération—, l'arbose (*arbutus unedo*, d'après Linné), d'abord verte, puis jaune et finalement rouge, préparée au vin, au sucre et à la canelle, a le goût de la fraise, à laquelle d'ailleurs elle ressemble. Les ours, paraît-il, en raffolent.

»Mais les glands aussi, qui sont le fruit du chêne rouvre, cet arbre toujours vert (*Quercus Ilex*, suivant Linné), ont un goût entre l'amande et la châtaigne, et les Espagnols les mangent soit crus soit grillés. Au Pardo, le parc royal, situé devant les portes de Madrid, le chêne rouvre couvre de vastes étendues. A la Saint-Eugène, le 15 novembre, des milliers de Madrilènes, hommes, femmes et enfants, vont dans ce parc pour se régaler d'arbouses et de glands doux. Et qu'on n'oublie pas que le chevalier de triste figure, Don Quijote, tenait entre ses mains des glands lorsqu'il tint son fameux discours sur les armes et la littérature.

»Les Turcs appellent les arbouses «Kodza-Yemichi»=Nourriture des vieillards; elles sont vendues à Constantinople dans de coquettes petites corbeilles par des tsganes, qui vont les cueillir dans les montagnes historiques de la Bithynie, Damatrys, Oxia, le Mont de St-Auxence, ainsi qu'aux Iles des Princes.—S. A. H. *Theodotos*.»



Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la dominación austriaca de 1710

Felipe V tuvo que abandonar en dos ocasiones a Madrid. La primera en 1706 y la última en 1710. En la documentación del Archivo de Villa existe una laguna correspondiente al tiempo que estuvo Madrid bajo la dominación del archiduque de Austria. Se explica aquella por la orden dada, al regreso del rey, de recoger y destruir toda lo hecho por el Concejo en aquellas circunstancias. Efectivamente, el número de papeles de los últimos meses de 1710 son escasísimos. En cambio existe una relación de los negocios que se llevaron a cabo durante la estancia de los aliados en la villa, firmada por Alfonso Jacinto Vezino (signatura II, 353-33). Creemos interesante dar noticia de ella al mismo tiempo que se pone de manifiesto lo que hizo el Concejo en 1710 (1).

«Yo Alfonsso Jazinto Vezino escribano del Rey nuestro señor y del número de esta Villa de Madrid: Doy fée que en nueue de este presente mes y año, por orden firmada del excelentísimo Sr. Conde de Gramedo, Gouernador del consejo, se cometió al Sr. Dn. Alonso Pérez de Saabedra y Naruaez, Conde de la Jarosa, corregidor de esta Villa el que dispusiese se

(1) Véase marqués de San Felipe, *Comentarios de la guerra de España*, tomo I, pág. 110 Coxe, *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon*, tomo II.

recogiesen todos los libros y demás cosas que se hubiesen actuado así por el Ayuntamiento, como por sus yndiuiduos y comisarios o otras qualesquiera personas dependientes de esta dicha villa y sus rentas de tres meses a esta parte y que haciéndose ymbentario de ellos se depositasen en oficio que fuese mui seguro asta que viniese el consejo: Y en virtud de dicha horden por el dicho Sr. Conde de la Jarosa ante mi en diez de este presente mes y año, se proueyó auto cometiendo la execución de los autos y diligencias combenientes para el cumplimiento de lo mandado al Sr. Lizenciado Dn. Pedro Rodríguez Coronel, su theniente por quien el mismo día se proueyó otro auto para que se notificase a los escriuanos mayores del Ayuntamiento de esta Villa y demás personas que fuese necesario entregasen todos los libros y papeles que comprendía la orden citada, los quales por aora se retubiesen en mi poder: Cuyo auto se notificó al Sr. Dn. Joseph Garzía Remon, Secretario de Su Majestad y escribano maior del Ayuntamiento de esta villa quien por hallarse yndispuesto respondió daría horden para que Dn. Martín Marzelino de Vergara, su oficial maior recogiese y juntase todos los libros y papeles que comprendía dicha orden, y se entregasen para el efecto que se mandaua por ella y en fuerza de todo lo referido por el dicho Dn. Martín Marzelino [Fol. 1 vto.] de Vergara, en presençia y con asistenzia del dicho Sr. theniente de corregidor en el mismo día diez de este presente mes y año se hizo, entregó a mi el escribano del libro de acuerdos y otros papeles de lo actuado por Madrid, en el tiempo de la dominación de los enemigos que se pusieron por Imbentario en los autos y son los del thenor siguiente:

Orden del Consejo.

Libro de acuerdos.

Un libro de papel de marquilla sin foliar en quadernado y cubierto de badana y todas sus ojas selladas en la cara de cada una con dos sellos del Intruso en el tiempo que Madrid estuvo dominado de las Armas enemigas en el qual están escriptas treinta y dos ojas de acuerdos que parece hauer celebrado esta Villa de Madrid, en su Ayuntamiento desde el día veinte y vno de septiembre asta veinte y siete de octubre ynclusibes todo de este presente año de mill setecientos y diez, y caueza de acuerdo que parece se celebró en veinte y ocho del mismo mes de octubre, y los acuerdos que comprenden las referidas hojas, están sin que conste hauerse autorizado ni firmado de persona alguna; y el dicho Dn. Martín Marzelino de Vergara, como tal oficial maior del Ayuntamiento expresó que haciendo memoria Madrid de lo que ocurió en el año pasado de mill setecientos y seis se tubo la prouidencia de que para el tiempo que esta Villa ha estado dominada de los enemigos se formase este libro de acuerdos (que entrega para que no se mezclasen con los antezedentemente celebrados y que se celebrasen después de hauer buuelto a la deseada obediencia del Rey nuestro Sr. Dn. Phelipe quinto que Dios guarde).

Quaderno de membrete de acuerdos desde 6 de octubre asta 12 de noviembre de 1710.

Otro quaderno de membretes de acuerdos desde el 13 de noviembre hasta el 20 del mismo.

Bandos publicados desde 21 de septiembre asta 22 de octubre de 1710.

Quaderno de Prouidencias para que se asistiese a las tropas enemigas con paja y leña para su consumo y cauallerías para el tren de la artillería y bando publicado para que corriesen las moneadas de Portugal.

Quaderno de horden y diligencias en su virtud para que las saluaguardias se restituyesen al campo.

Quaderno de Prouidencias dadas sobre asistencia de leña y paja para las tropas enemigas.

Quaderno de autos y diligencias para que los diputados y arrendadores de rentas reales diesen relaciones juradas del estado de los caudales.

Un quadernillo que parece ser de membretes de acuerdos celebrados por Madrid desde seis de octubre [Fol. 2.] asta doze de nouiembre deste presente año de mill setecientos y diez escripto en veinte y dos ojas.

Otro quaderno de membretes de acuerdos desde treze asta veinte y nueue de nouiembre de este presente año de mill setecientos y diez escriptos en diez y siete ojas y este quaderno y el antezedente son compuestos de papel común.

Un quaderno de diferentes bandos publicados en esta villa desde veinte y uno de septiembre asta veinte y dos de octubre de este presente año de mill setecientos y diez de orden del Sr. Archiduque y cauos de su exerzito, que el primero se publicó de horden de Dn. Diego Stanhope, y el último de Don Bonifazio Manrique, en nueue fojas escriptas ynclusas en ellas la horden firmada del Marqués de Rialp, su fecha del campo del Pardo de diez y seis de octubre de este año, para que recogiesen las bocas de fuego que tubiesen los vezinos desta villa.

Otro quaderno de diferentes autos y prouidencias, dadas para que los lugares dela jurisdicción de esta villa asistiesen alas tropas enemigas con la paja y leña que se les repartiese y para que en diferentes parajes seles permitiese cortar leña para este efecto, como también auto y diferentes diligencias echas en su virtud en algunos lugares de la jurisdicción a fin de haçer embargo de cauallerías para el tren de la artillería. Vn bando que se publicó en esta villa en veinte y tres de septiembre de este presente año para que corriesen en ella las monedas de todos los reinos, espeçificando el premio de los diez y ochenos, valencianos y monedas de oro y plata de Portugal y otras cosas que contiene dicho quaderno; todo ello escripto en treze ojas de [Fol. 2 v.] papel común desde veinte y seis de septiembre asta diez y ocho de nouiembre deeste presente año de mill setecientos y diez.

Otro quaderno que comprende vna orden del Marqués de Palomares, su fecha de doze de octubre de este presente año de mill setecientos y diez, para que las saluaguardias del enemigo que estauan en diferentes lugares de la jurisdicción de esta villa se restituyesen a su campo, y diligencias echas a su continuazió en dichos lugares; todo ello en zinco fojas, escriptas las dos primeras en papel común y las siguientes del sello yntruso.

Otro quaderno de autos y diligencias para que los lugares de la jurisdicción contribuyesen con carros de paja y leña para el abasto de las tropas enemigas; todo ello executado desde veinte y vno de mill setecientos y diez, escripto en ocho fojas de papel común.

Otro quaderno de autos, proueído por el Sr. D. Antonio Sanguineto siendo corregidor de esta villa, para que los diputados de rentas de ella, asentistas y arrendadores de rentas reales diesen relaciones juradas de las que tenían a su cargo, en qué precio, qué habían pagado y con qué hordenes y que

estauan deuiendo diligencias echas en su virtud y relaciones que están a su continuación; todo ello executado en el dia veinte y dos de septiembre de este presente año de mill setecientos y diez y escripto en diez y ocho fojas de papel común.

Carta sobre a la obediencia.

Una carta que parece ser escripta por el Sr. Archiduque a esta villa de Madrid en su Ayuntamiento [Fol. 3], su fecha de Alcalá de Henares en veinte de septiembre de este presente año de mill setecientos y diez, para efecto de la obediencia.

Orden de Don Diego Stanhope para que se execute una ynstrucción puesta a su continuación.

Una orden de Don Diego Stanhope, su fecha en esta villa en veinte y vno de septiembre de este presente año de mill setecientos y diez, dirigida al Sr. Don Antonio Sanguineto, con papel de Don Francisco de Luna, su fecha de veinte y dos del mismo mes y año, para que Madrid y sus yndividuos cumpliesen vna ynstrucción puesta a su continuación de diferentes prouidencias que en ella se yncluyen; todo ello en tres fojas de papel común.

Cartas escriptas a Madrid de orden del Sr. Archiduque por el marqués de Rialp.

Zinco cartas originales que parece se escriuieron de orden del Sr. Archiduque a Madrid por el marqués de Rialp, de quien están firmadas, su fecha de todas ellas en Alcalá de Henares en veinte y tres de septiembre de este presente año de mill setecientos y diez, para que se soltasen de las cárceles los presos de estado; se diese prouidencia para la conducción de abastos; para que se reconociesen las personas que entrasen en las puertas; para que asegurasen los papeles tocantes a juros, alcaualas y otras rentas, y para que las libranzas antecedentemente dadas no se pagasen asta nueva horden.

Aprouación del Sr. Archiduque del servicio de 480.000 ducados que Madrid le ofrezio por una vez.

Vn papel, su fecha del campo de Canillejas en treinta de septiembre de este presente año de mill setezientos y diez, dirigido a Madrid, que parece ser aprouación del Sr. Archiduque al seruizio que se le ofrezio de quatrocientos y ochenta mili ducados por vna vez, pagados en doze [Fol. 3 v.] mesadas al respecto de quarenta mill ducados en cada vna.

Orden del Sr. Archiduque que dirigida a Madrid para que los marauejis del ofrecimiento antezedente y que produgesen las rentas se pudiesen en poder de su thesorero.

Vna orden del Sr. Archiduque dirigida a Madrid, su fecha del campo de Canillejas en tres de octubre de este presente año de mili setecientos y diez, en que participa hauer nombrado por su thesorero a Don Joseph de Zambrana, cauallero del Orden de Santiago, para que como tal entrasen en su poder los marauejis del ofrecimiento echo por Madrid y los demás que produjesen las rentas reales.

Papel de auiso a Madrid del marqués de Palomares de hauérsele conferido el empleo de corregidor.

Vn papel, escripto a Madrid por el marqués de Palomares, dando abiso de hauérsele conferido el empleo de corregidor de esta villa con fecha del mes de octubre de este presente año de mill setecientos y diez.

Papel scripto por el marqués de Rialp al de Palomares.

Un papel scripto por el marqués de Rialp al de Palomares, su fecha del campo de Canillejas de tres de octubre de este año para que se entregasen de la arina que tubiese en ser la villa mill fanega para pan de munición replazándolas en trigo de lo que se hallaua en los almacagenes (*sic*).

Papel escrito a Madrid para que no se admitiese en el Ayuntamiento a los capitulares que no se hallaron en él a la resolución de dar la obediencia.

Papel para que Madrid diese relación de las personas que concurrieron a la proclamación el año 706.

Papel sobre fiesta de toros.

Papeles escritos a los corregidores en 6 octubre.

Papel pidiendo a Madrid anticipación de dos mesadas del ofrecimiento.

Papel para que Madrid discorra medios para la formación y manutención de vn regimiento de cauallería.

Papel de Don Bonifacio Manrique.

Papel para que no se embarazase la entrada en el Ayuntamiento a los capitulares de él.

Quatro cartas escritas a Madrid y su corregidor.

Copia de acuerdo de 14 de noviembre de 1710.

Otro papel escrito a Madrid por el mismo y con la misma fecha que el antezedente para que no se admitiese en el Ayuntamiento a los capitulares que no se hallaron en el quando se resoluió para dar la obediencia a la Ziudad de Alcalá de Henares.

[Fol. 4.] Otro papel escrito a Madrid por el mismo marqués de Rialp, con fecha quatro de octubre de este año, para que se ymbiase relación de las personas que concurrieron a la proclamación del año de mill setecientos y seis y otras cosas.

Otro papel escrito a Madrid por el mismo marqués, de la fecha que el antecedente, sobre que se execute fiesta de toros. Consultada.

Otros dos papeles escritos a don Antonio Sanguineto y marqués de Palomares por el mismo marqués de Rialp, con fechas de seis de octubre para diferentes prouidencias de azémilas y asistencia de quarteles.

Otro papel escrito a Madrid por el mismo marqués de Rialp, con fecha de diez y siete de octubre de este año, para que se anticipasen dos mesadas del ofrezimiento echo.

Otro papel escrito a Madrid por el mismo marqués, con la fecha del antezedente, para que discuriesen y propusiesen medios para la formación y manutención de vn regimiento de cauallería de que se hauía nombrado por Coronel a don Bonifacio Manrique, con el nombre de Regimiento de Madrid.

[Fol. 4 v.] Otro papel escrito por Don Bonifacio Manrique al marqués de Palomares, con fecha diez de nouiembre de este presente año, para que de los caudales que hubiese se le entregasen zinquenta doblones para el socorro de los soldados que hauían sentado plaza en el Regimiento de Madrid.

Otro papel escrito por el marqués de Rialp al de Palomares, con fecha de nueue de nouiembre de este presente año, para que no se embarazase la entrada en el Ayuntamiento a los capitulares de él.

Quatro cartas escritas a Madrid y al marqués de Palomares por el marqués de Rialp y otros, con fechas de veinte y nueue de octubre, catorze y diez y ocho de nouiembre de este presente año, dando gracias de la quietud del pueblo y otras cosas de corta entidad.

Vna copia de acuerdo que zelebró Madrid en catorze de nouiembre de este presente año, en que nombraron comisarios para el régimen de diferentes rentas y autos de subdelegación del Sr. Don Antonio Sanguineto, corregidor que fué de esta villa, en dos hojas.

Vn auto original proueído por el Sr. Don Antonio Sanguineto ante el dicho Don Martín Marzelino de Vergara, su fecha de veinte y ocho de nouiembre de este año para que se publicase y fijasen traslados en las partes de costumbrados a fin de que no se ymprimiesen ni vendiesen papeles escritos en prosa ni en verso que fuesen yndecorosos.

El qual dicho libro de acuerdos y demás papeles expresados, en conformidad de lo mandado por la orden del excelentísimo Sr. Presidente del Consejo, y autos zitados por aora y a disposición de su excelencia y del Concejo quedan en mi poder, y para que así conste y sirua de resguardo del entrego de dichos papeles, doy el presente y lo signo y firmo en la villa de Madrid a doce días del mes de diciembre, año de mill setecientos y diez—entre renglones—de tres meses a esta parte.—*Alfonso Jazinto Vezino.*»

E. VARELA HERVÍAS.

Archivo de Villa.

RESEÑAS

THOMAS, LUCIEN-PAUL.—*Les jeux de scène et l'architecture des idées dans le théâtre allégorique de Calderón*. Del «Homenaje a Menéndez Pidal». Tomo II. Madrid, 1924 (págs. 501-530).

Ya en otro estudio del sabio profesor belga aparecía la estética del Calderón de los «autos». Su *François Bertaut et les conceptions dramatiques de Calderón* (1) nos ofrecía citas en que el gran dramaturgo justificaba en la libre aerostación del teatro fantástico el abandono de las unidades de lugar y tiempo.

En este otro interesante artículo se analizan los recursos y la sistemática construcción del género sacramental del poeta.

Thomas es a la vez un espíritu fino y un erudito documentado. Conoce a fondo el repertorio de autos sacramentales. Sagazmente sabe fijarse en los mejores. El bisturí desmenuzador y perceptor del bello detalle se une —en este hispanófilo de lengua francesa— con la comprensibilidad de las más acusadas facetas del genio español. Combinación que no se da siempre. Recordemos a Morel-Fatio, erudito excelente, pero intérprete poco afortunado de nuestra escena.

Thomas hace resaltar el juicio favorable a los autos de los contemporáneos de Calderón. El padre Castro Verde, aprobador en 1677, subraya «la admirable disposición con que [Calderón] *elevó la comedia a ciencia en perfecto silogismo, proponiendo, dificultando y resolviendo...*» —¡admirable acierto de crítica en el siglo xviii!—, y afirma, respecto a las obras sacramentales, «que la admirable forma que hoy tienen se debe sólo a D. Pedro Calderón..., que en ella *los escribe con celestial arquitectura*» —otra adivinación poderosa.

No se ha señalado suficientemente esta acentuación crítica del 1600, esta aproximación al siglo xviii en estos casos. Así, en la erudición, se asoman al siglo de la ciencia y de las pelucas el marqués de Mondéjar y Nicolás Antonio. En los «prólogos» y aprobaciones de obras de autores del xvii se ve el progreso de este nuevo sentido. Respecto a Calderón, añadiríamos el testimonio de Gaspar Agustín de Lara al apreciar en los autos «*aquella proporción medida de que fué primer auctor*» (2). De la influencia de su estilo e ideario, Joseph Antonio Pimentel, mercader de libros, al publicar las obras del interesante dramaturgo y lírico Bances Candamo —a comienzos del siglo siguiente— justificaba que Pando y Mier hubiera puesto en 1717 una *loa* de Candamo al frente de *El gran teatro del mundo*, de Calderón, de este modo: «Fué fácil introducir lo que era obra de Candamo por *loa* de Calderón, porque los dos ingenios, *si no se miran competidos, se ven sus*

(1) *Revue de littérature comparée*, 1924.

(2) Gaspar Agustín de Lara, *Obelisco fúnebre, pirámide funesto... a la inmortal memoria de D. Pedro Calderón...* Madrid, 1681. «Al que leyere.»

pensamientos gloriosamente equivocados» (1). Para mí, sin la enojosa desviación italo-francesa de la *Poética*, de Luzán, y el galicismo agudo de obras posteriores, la crítica literaria de nuestro siglo XVIII se hubiera afianzado en elementos nacionales que estaban en germen en el siglo anterior.

Sigamos con Lucien-Paul. Otro acierto. Señalar los elementos del teatro litúrgico medioeval que se encuentran en Calderón. Espíritu que mira a la Edad Media; forma que, con Góngora, se acerca a nosotros. Técnica teatral compleja, avanzadísima. Pero los muñecos, manejados; las alegorías de las «moralidades» sujetas por los hilos de las premisas. Hemos coincidido en esto, como en otros puntos, con este docto catedrático (2). Thomas cita diversos ejemplos de «misterios» y «moralidades», que coteja con escenas de los autos. Un detalle nos sugiere una nota inesperada: «L'apparition des anges si fréquente chez Calderón, remonte aux plus anciens drames liturgiques.» En los autos en que aparecen ángeles, que cita Lucien-Paul, y los que pudieran añadirse —*El indulto general*, *Los alimentos del hombre*, etc.—, su intervención es meramente episódica. ¿Por qué en Calderón aparece «un ángel» y no «El Ángel», como «El Hombre» o «El Demonio»? El genio de Calderón, profundo, grave, arquitectónico, se aviene más con lo formidable que con lo elegante, con lo grande que con lo fino.

Más templo que joyel. Un sólo caso que recuerde,— en que dentro de lo incidental aparece la visión barroca del «ángel», en lo delicado y exquisito, es el de *El Santo Rey Don Fernando*, parte segunda: «Abrese un carro de nubarrones y estrellas, y véese en él un trono de serafines, en que vendrá sentada una niña vestida como pintan la imagen de los Reyes de la Santa Iglesia de Sevilla, con el Niño en los brazos, y a sus lados dos ángeles, como que sustentan el trono.» En medio de esta visión retorcida y exuberante, anticipación escénica del *transparente* de la catedral de Toledo (3), se oye el canto de los ángeles:

«ANGEL 1.º	Aladas jerarquías
ANGEL 2.º	a quien toca hoy dejar
ANGEL 1.º	por campos de esmeralda
ANGEL 2.º	palacios de cristal.
LOS DOS.	Volad, corred, venid.
.....	
MÚSICA.	Venid, corred, volad.
ANGEL 2.º	Volad, corred, venid,
	siendo a su trono real,
	si basa la cerviz,
	el ala pedestal.»

El excelente hispanófilo analiza a continuación las formas corpóreas que da el poeta a elementos psicológicos, la expresión de los conflictos del alma. Vemos reunidas características de los personajes simbólicos de los autos *El sueño*, *El Pensamiento* —con su movilidad—, *El Deseo*, etc.

Quizá la parte más sugestiva del estudio es la que se refiere a la «arquitectura de las ideas». Thomas señala el valor plástico que Calderón ofrece a las

(1) *Poesías cómicas*. Obras póstumas de D. Francisco de Bances Candamo. Tomo I, Prólogo. Madrid, 1722.

(2) Véase A. Valbuena Prat, *Los autos sacramentales de Calderón*, en *Revue Hispanique*, 1924 págs. 10-11 y 218.

(3) Obra de Narciso Tomé; fué concluida en 1732.

agrupaciones de personajes. Se fija especialmente en *Lo que va del hombre a Dios*, uno de los autos en que se unen más poderosamente una técnica teatral compleja y sabia con la profusión de elementos teológicos y una honda emoción humana. Analiza las combinaciones de El Placer, El Pesar, La Culpa, La Muerte, etc. Después de esta detallada disección nos indica el autor que en vista de la limitación del trabajo no da por agotado el tema. En efecto, al final hay todavía otra ingeniosa disposición de personas. En la impresionante escena —versión a lo divino de la culminante del acto tercero de *La niña de Gómez-Arias*— de las súplicas de la Naturaleza Humana, ésta va colocando de rodillas, ante el Príncipe, al Amor y la Vida, al Apetito y al Pobre, y se acota: «Al Pesar y al Placer los postra de la misma suerte, y han de estar todos de forma que hagan una cruz, y la cabeza de ella ha de ser el Príncipe. La Muerte y La Culpa no entran en esta planta.»

Termina el autor expresando cómo Calderón «a créé, grâce a une technique particulière du dialogue et du vers, grâce aux déplacements symboliques des personnages, une esthétique de la scène encadrant les idées dans une savante architecture, assurant ainsi à l'expression des pensées et aux mouvements de la vie intérieure un exceptionnel relief».

ANGEL VALBUENA PRAT.



VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE.—*Mujeres de antaño. Teresa Cabarrús (Madame Tallien)*. Madrid, librería de Francisco Beltrán, 1927; 174 páginas, + 3 retratos.

Casi a la vez han aparecido dos publicaciones históricas referentes a la bella y sugestiva madrileña, que se llamó Teresa Cabarrús. Es el uno el inserto en estas mismas páginas, en el número de julio último, por el joven publicista y notable investigador Sr. Núñez de Arenas, el cual anuncia nuevas monografías sobre el particular. Es el otro un libro del marqués de Villa-Urrutia, segundo de su interesantísima serie *Mujeres de antaño*.

Tales publicaciones han dado también oportunidad al gran madrileñista Roberto Castrovido para disertar en *La Voz* sobre aquella mujer extraordinaria, que ahora, no muy lejos de cumplirse un siglo de su muerte, da que hacer a las plumas de sus compatriotas auténticos (ya Miguel S. Oliver la dedicó un trabajo hace años), como dio que hacer en vida y continúa dando a sus compatriotas de adopción, los franceses, más duros y menos comprensivos con ella, en general, que estos novísimos biógrafos españoles.

El poder de una mujer hermosa, inteligente, cordial, llena de gracia y atracción, que con las artes de su sexo llenó toda una época y, cautivando a los hombres que en su tiempo imperaban, ejerció indirectamente omnímodo influjo sobre una sociedad, no es nuevo en la Historia, desde las griegas Aspasia y Friné hasta el presente. Al prestigio de mujer excepcional ayuda no poco el prestigio de

gran pecadora. Pero ejercer esa misión de musa al través de tiempos tan variados, revueltos y tormentosos, como los que Francia conoció desde las postrimerías de Luis XVI hasta la restauración de Luis XVIII —pasando por la Revolución, el Terror, el Directorio, el Consulado y el Imperio— es circunstancia particularmente especial, que explica la curiosidad despertada por Teresa Cabarrús en los hombres de cuatro o cinco generaciones.

Los gustos y las aptitudes del marqués de Villa-Urrutia para exhumar la historia galante y anecdótica, y su dominio sobre esa época de fines del siglo XVIII a la primera mitad del XIX, hacen naturalísimo este estudio, hermano en su factura y su interés del que dedica a la reina María Luisa, esposa de nuestro Carlos IV. Compuesto su trabajo sobre la Cabarrús antes que viese la luz el del Sr. Nuñez de Arenas, aunque publicado con leve posterioridad, motiva una «claración» del marqués en el apéndice de su obra, rectificándose sobre algún punto en relación con las investigaciones de archivo realizadas por nuestro colaborador, y disintiendo en otros extremos de lo que éste opina.

El exembajador historiógrafo justifica su publicación por ignorar la que aquel publicista preparaba, alegando que, de saberlo, no hubiera entrado en liza a sus años con un historiador mozo y competente. Congratulémonos de la ignorancia del marqués, a la cual debemos un cuadro primoroso más en la serie de los que viene componiendo en esa historia íntima, de patrón francés, tan desatendida en España y tan indispensable para conocer el carácter verdadero de las personas, las sociedades y las épocas. Los años no son un peso en las tareas del espíritu, cuando éste conserva su juventud. Y en el cultivo de la historia no hay *liza* propiamente, no hay sino colaboración. Todos los trabajadores —si poseen aptitud, como en este caso— caben por igual, y todos se necesitan entre sí. El trabajo del Sr. Nuñez de Arenas es obra erudita e investigativa de subidos quilates. El del marqués de Villa-Urrutia es una evocación, una *novela* hecha con materiales verídicos, como lo es *Talleyrand* (1), *pendant* excelente de Teresa Cabarrús, que vivió la misma época, y como ella sobrenadó en todas las borrascas, conservando hasta el final de su vida igual mundano señorío.

Y de estas *novelas*, sin notas, bibliografías ni aparato técnico de los que espantan al lector profano, está necesitadísima nuestra divulgación histórica.

El libro es una biografía completa que, como la de Talleyrand, sirve al autor para reconstruir la sociedad francesa de aquellos días trágicos, trazando siluetas primorosas de los personajes relacionados con su heroína.

Vemos a ésta desde su nacimiento en Carabanchel de Arriba, y conocemos a su padre, el comerciante francés nacionalizado español y ennoblecido en España, que se llamó conde de Cabarrús, creador del primer Banco nacional español, y hombre público influyente y de revuelta historia. Conocemos también a la esposa de éste y madre de Teresa, la hermosa valenciana Antonia Galabert. De ella heredó la joven Cabarrús una belleza precoz, que la convirtió a los doce años en una mujercita encantadora, capaz de hacer perder el tino a hombres maduros, como le ocurrió al propio hermano de su madre.

Trasplantada Teresa con su familia a París, frecuentó los salones del gran mundo, en el que estaba destinada a reinar sin rival; y aquel medio refinado pulió su espíritu en todas las artes del adorno, de la elegancia y de la seducción. Su

(1) Reseñada por mí en el número de octubre último en esta REVISTA.

beldad fascinadora era la más propicia para dominar hombres e imponerse a toda una sociedad. «Recordaba la Venus Capitolina, esculpida en mármol pentélico por Fidias —escribe el marqués—; mas cuando la estatua se animaba y se iluminaba el rostro con la divina sonrisa que enloquecía al más sesudo, nadie podía dudar de que la propia Afrodita había encarnado en aquella mujer, en quien se reunían, para hacer la tentación irresistible, todas las bellezas de la forma y todas las seducciones de la gracia.»

Entre sus innúmeros cortejos, surgió con el joven Méréville un idilio que murió en agraz por la oposición paterna, y fué quizás el único de sus luego innumerables amores que interesó de veras su virginal corazón de adolescente. Poco después, no cumplidos aún los quince años, la casaban sus padres (en uno de esos matrimonios *de conveniencia*, tan inconvenientes siempre) con el señor de Fontenay, que se hacía llamar marqués de este título. Las malandanzas de tan desdichado matrimonio las conoce a fondo el lector de esta Revista por el documentado y sólido trabajo del Sr. Núñez de Arenas antes aludido, y que versa sobre este particular. Como marquesa de Fontenay, brilló en aquella corte disipada de las postrimerías del antiguo régimen; tuvo su salón, frecuentado por altas personalidades y centro de la galantería; inspiró pasiones y quemó las alas de mariposa de su virtud no pocas veces en la llama que su espléndida belleza despertaba en todos los corazones masculinos. Así empezó su vida disipada, que no era sino la ordinaria de la alta sociedad parisiense. A la bacanal de los poderosos puso término la gran revolución de 1789. Desapareció la monarquía; expatrióse o pereció en la guillotina la aristocracia; la sociedad dorada se anegó en sangre. La desavenencia entre los esposos Fontenay, que ni se amaron ni acaso se estimaron jamás, llegó a lo insostenible, y, a favor de la nueva ley de la República, que permitía el divorcio, se separaron en Burdeos, adonde pudieron llegar huyendo del desenfreno terrorista entronizado en París. La compañía de su hijo y la presencia de su familia, establecida en la capital de la Gironda, no impidieron a Teresa, exuberante de amorosa juventud y libre de escrúpulos, tener otras escandalosas aventuras. Entonces surgió en su camino el que había de ser su segundo esposo: el ciudadano Tallien, hombre grosero, de baja extracción y escasas dotes; revolucionario del género energúmeno, enviado a Burdeos por los *convencionales* de París para extender allí el régimen del Terror. Contaba en su haber de sanguinario demagogo haber sido el primero en votar la muerte del infortunado Luis XVI.

La exmarquesa de Fontenay, por aristócrata o indocumentada, fué presa por los esbirros de la Convención y llevada al fuerte de Há, que era entonces la antecámara de la guillotina. Teresa, que, como dice su biógrafo, «no tenía vocación de virgen ni de mártir», en aquella hora decisiva pidió una entrevista a Tallien, a quien había conocido en París en días mejores. Acudió el dictador de la Gironda, no sin recelo, y, prendido en las redes de la irresistible Circe, la sacó del calabozo para convertirla en su amante oficial y lucirla en su ostentación de advenedizo. Teresa, aunque poco amiga de la política, heredó de su padre cierto espíritu innovador, que la había hecho simpatizar con los principios de la Revolución, ya que no con sus demasías ni con sus alardes plebeyos, en pugna con el aristocratismo de sus gustos y hábitos. Pero la adaptación era una de sus grandes cualidades, y, como ella escribió años después, «cuando se está a punto de ser arrastrado por la borrasca, no siempre es posible escoger la tabla de salvamento». Y tuvo que prestarse a todas las estridencias revolucionarias. «Paseaba en carretela descubierta, tocada con el gorro frigio, apoyada la diestra en una pica y la siniestra en

el hombre de Tallien, y presidía los ágapes que éste ofrecía a los patriotas, sus soeces amigos, bebiendo con ellos a la redonda de la misma botella.»

Pero el corazón de oro que albergaba aquella mujer bajo su amoralidad de hetera, la hizo entonces ser el ángel bueno, que salvó infinitas vidas de las garras del ogro, el *león enamorado*, como le llama un autor francés. Nada negaba éste a Teresa, y ella, como premio a sus favores, sólo le pedía el perdón de los que iban a sucumbir en la guillotina. Llegó a hacerse popular por el cariño de quienes la debían la vida, y fué bautizada con este glorioso remoque: *Nuestra Señora del Buen Socorro*. Llegó en su caritativo anhelo a correr serios peligros personales.

El eco de las blanduras insólitas de Tallien llegó a oídos del implacable Robespierre, dictador rojo entonces en la atemorizada Francia, el cual resolvió ponerlas término, haciendo perecer por tibio al domesticado tigre de la Gironda y a su domadora hechicera. La inmolación de ésta le parecía esencial para la conservación de la República.

Volvió Tallien a París para justificarse a los ojos del tirano, y a poco Teresa, que por orden del mismo fué encerrada en la prisión de la *Petite Force*. El estímulo y acaso la gestión directa de la gentil cautiva, dieron alientos a Tallien para unirse a los descontentos y votar en la Tribuna de la Convención la caída de Robespierre, derribando a éste, que fué arrastrado a la guillotina.

El 9 *Thermidor* del calendario republicano marca así el fin de la fiebre terrorista. La guillotina deja de funcionar; las cárceles se abren, y Teresa, reputada como inspiradora de la contrarrevolución, es ídolo del pueblo de París, que la proclama *Nuestra Señora de Thermidor*. Unida ya en matrimonio a su amante, pasa a ser la *ciudadana Tallien*, y con tal título vuelve a brillar en París como antes con el de marquesa de Fontenay. Pero no era la constancia su mayor virtud. Tallien pone pronto de manifiesto su mediocridad y queda oscurecido. Teresa se separa de él. Nuevos astros surgen en el horizonte político de Francia: los generales que forman el Directorio, Bonaparte y Barras. Teresa, con error de perspectiva histórica, desdeñó al primero, que la hubiera hecho emperatriz, pero que, en plano subordinado entonces, era sólo *el generalito*, y prefirió a Barras, que la hizo su querida oficial, la *Reina del Directorio*, elevándola así a la mayor cumbre de poder y ostentación que alcanzó nunca. Fué sacerdotisa de la moda. Presidió fiestas oficiales, y se la llamó el hada del palacio Luxemburgo. Barras *la traspasó* después al opulento banquero Ouvrard, en cuya compañía no reconoció límite su fausto.

La fortuna y el influjo de Ouvrard vinieron al suelo, y también su relación con Teresa. Ésta, con hijos de Fontenay, de Tallien y de Ouvrard, conservando su belleza y su hechizo a pesar de su fecundidad reiterada, enamoró locamente al príncipe de Chimay, que, saltando por la oposición familiar, no vaciló en hacerla su esposa. Teresa, que acababa de cumplir treinta y dos años, dió fin con este matrimonio a su historia galante, teniendo en él un Jordán purificador de sus antiguos devaneos.

La princesa de Chimay supo conservarse fiel al prócer que la elevaba a su altura, y mantener el decoro de su jerarquía. Pero la sociedad del Imperio y de la Restauración no perdonaron en ella a la antigua *ciudadana Tallien*, a pesar de que era el tiempo de las grandes pecadoras arrepentidas. Napoleón, aunque casado con Josefina Beauharnais, no menos liviana que Teresa antes y después de su boda, resistió a todas las reiteradas gestiones de la última para recibirla en el

palacio de las Tullerías. Lo propio hicieron después Luis XVIII y el rey de los Países Bajos, en cuyos dominios pasaron sus años postreros los príncipes de Chimay.

Treinta años de vida ejemplar en el castillo de este nombre, no vencieron los prejuicios contra ella, ni pusieron freno a las plumas venenosas, que, sin respeto a la anciana se ensañaron con la mujer. Y el dolor de ambas cosas acibaró sus días últimos, acelerando su fin.

Ninguna razón había para tal rigorismo. Si del Decálogo fuera posible suprimir el sexto mandamiento, pocas mujeres podrían aventajar en méritos y simpatías a la gentil madrileña. «La bondad era para Teresa Cabarrus parte esencial de su naturaleza, y siempre encontraba ocasión y tiempo para su ejercicio—escribe el marqués de Villa-Urrutia—. No le importaba que fuesen o no agradecidos sus servicios. Cuando sus amigas volviéronle la espalda y el ejemplo de Napoleón hizo que se le cerraran muchas puertas, no se le agrió el carácter, ni la movió el enojo a murmuraciones maldicientes ni a venganzas ruines. Perdonó las ingratitudes, y humilde y porfiadamente llamó a las puertas que no se abrieron.»

Amó y gozó la vida; derramó el bien a manos llenas; pasó de la antesala de la muerte a la cumbre del poder. Con razón pudo decir en sus últimos instantes a su hijo, el Dr. Cabarrus, desde el lecho donde agonizaba: «¡Qué vida la mía! ¿No es verdad que parece un sueño?» Esa vida afectiva y cordial, de máximo y sensacional interés, merecía un narrador tan humano, tan indulgente, tan comprensivo, tan artista como el marqués de Villa-Urrutia, para disculparla, para amarla, para ennoblecerla.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



MORALES OLIVER, LUIS.—*Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes*. Madrid, Editorial Voluntad, 1927, 360 págs. grabs. 17 X 11 centímetros.

Dudamos si incluir este libro entre las biografías del polígrafo de Fregenal, catalogarlo en la historia del gobierno y rebelión de los Países Bajos, mirarlo como una aportación bibliológica o un conjunto de conocimientos varios, o si lo hemos de considerar como una pieza literaria perfecta, porque de todo tiene y además de la probidad científica, la documentación necesaria, el conocimiento profundo de su asunto que se complace en desmenuzar y pesar grano a grano el autor, como contrapesa el avaro cambista el polvo de oro, que oro es, y del más puro, cada una de las páginas del volumen.

Luis Morales enfrentado con Arias Montano se nos antoja el conductor de una máquina de mil tornillos y mil manivelas, infinitas agujas indicadoras..., sin dejar de ver en cada momento y dominar todos los resortes de su artefacto; en cualquier capítulo de *Arias Montano*, en cada página se nos muestra dueño del episodio que narra, del problema histórico que está desentrañando, de la madeja revoltijada que va ahilando, sin perder de vista lo que ya lleva dicho ni lo que le queda por decir; proporcionando al lector atisbos de lo futuro sin privarle del interés; todo ello re-

vestido de bella forma literaria que no desdiga del tono grave y sincero que conviene al historiador.

Tras una introducción bibliográfica, un panorama de la ideología de Europa al advenimiento del Renacimiento, panorama en el que todos tenemos algo que aprender, y una localización espiritual de Montano sustrayéndolo a la filiación tradicional maquiavelista —los *Aphorismos* no son obra de Arias Montano, según llega a demostrar plenamente Morales Oliver—, para hacerlo entroncar «en política con la dirección señalada por la escuela tomista española del siglo xvi» (pág. 47), y una exposición, detallada y documental, pegado al texto montanista, de las doctrinas del frexnense, henos ya en el capítulo II «El problema flamenco y los consejeros privados de Felipe II».

Una ojeada histórica sobre el estado político y religioso de los Países Bajos durante el gobierno de Margarita de Parma-Granvelas; Alonso del Canto, Fr. Lorenzo de Villavicencio, consejeros secretos de Felipe II. Llega a Flandes el Duque de Alba —capítulo III— y con ello cambia totalmente de aspecto el problema: represión violenta, guerra sin cuartel a la pujante herejía: Felipe II con todo su tesón y toda su intransigencia trasladado en espíritu, en la persona de D. Fernando Alvarez de Toledo, a las orillas del Escalda. Montano, al principio enfrascado en la gran empresa editorial de la publicación plantiniana, pero ojo avizor a los negocios públicos del país, escribe a Zayas: «cuándo a V. M. le pareciese que yo puedo escribir a S. Md., me dará aviso» (pág. 128), y de defensor de la política de Alba, se convierte en su enemigo al implantarse el impuesto de la *décima*, aunque esta enemistad no era personal sino la política: cuando creyó su deber alabarle después y hasta exaltarlo, lo hizo; dedica toda su actividad a favorecer la causa católica —desde la publicación de la Biblia hasta el catálogo plantino de libros prohibidos— a favorecer la compenetración espiritual de dominadores y malvencidos, a mediar entre los flamencos y el férreo carácter del Duque, y coronando toda esta labor, como propedéutica unas veces de ella y como resultado otras, sus célebres *Advertimientos*: «La modalidad distintiva de estos advertimientos —dice Morales (página 176)— reside en su trabazón arquitectónica, fácil de sintetizar en tres planos: a) Misión de Felipe II. b) Situación estratégica de Flandes para salvaguardar el catolicismo y el dominio de la monarquía española. c) Fundamentos de un buen gobierno, aplicables a los Países Bajos».

Y después de la segunda guerra oranguista el predominio ideológico de Arias Montano en la política flamenca y los nuevos *Advertimientos* condenando por un lado la dureza empleada con los oranguistas en esta segunda guerra y traza, por otro, de un plan de pacificación humano y religioso a la vez, práctico. Con el advenimiento de Requesens (capítulo IV), empieza Montano a ver la realización de sus doctrinas asesorando al gobernador privada y publicamente desde el Consejo de Estado, hasta 1574 en que Felipe II llamó a su lado al consejero que emprende la marcha en la primavera de 1575 «hacia los climas mediterráneos. Seguíale el clamor de sus numerosos amigos en el país de Mosa. Los siete años de su estancia en aquellas regiones habían sido provechosos para la iglesia, para la ciencia, para España...» (pág. 301).

Cierra Morales su obra con un epílogo dedicado a la intervención de Montano en la política con Portugal, sin que por ello dejara de sentir los latidos del corazón flamenco mediante informes de Plantino, y acaba con un epistolario inédito del biografiado: cartas de Montano a Felipe II.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

MUNTANER, RAMÓN.—*Crónica*. Vol. 1. Barcelona, 1927. Colección Barcino número 19.

El siglo XIX busca en la historia su fuente de inspiración. Pintura, teatro y novela se nutren de hechos o de anécdotas históricas. De aquí, sin duda, la apetencia de narraciones de pretéritas hazañas. Frecuentes son, en torno de 1840, las ediciones de los grandes historiadores, como Melo, Hurtado de Mendoza o Ginés Pérez de Hita. Libros leídos con avidez en busca de romántica emoción. Por el contrario, es ahora poco frecuente hallar estos nombres u otros que representen épocas distintas de la historiografía. Arrinconamiento explicable dada la oposición de sensibilidad y gustos de las dos centurias lindantes. Al citar el hecho no vale, por vía de contradicción, sacar a plaza las ediciones eruditas, como, por ejemplo, la *Crónica general* de R. Menéndez Pidal, pues ellas están destinadas a otro linaje de gentes, que son igualmente eruditas. Lo popular—acción y aspiración vital—de la historia parece perderse, se desvanece como cosa inaprensible ante el lector actual. Este no llega a apurar el contenido íntimo de la historia. Esta es, al parecer, la creencia común. Frente a ella queremos oponer el bello ejemplo que nos proporciona la publicación de las crónicas de la corona de Aragón.

En Cataluña viénesse trabajando con ardoroso afán por incorporar a la masa—más que de la ciudad, de la masía—su acervo histórico. Momento inicial que está impregnado de esencia romántica; sin embargo, ya ha adquirido otro giro en busca de orientación mejor. Desde 1900 en que Massó y Torrens publicó su *Historiografía de Catalunya en catala durant l'època nacional*, y luego con *L'Exposició d'un plà de publicació de les cròniques catalanes* (1907) podía iniciarse con éxito la tarea de divulgar los bellos libros de Ramón Muntaner, Bernardo Descoll y el atribuido a Jaime I. Inicióse la serie con el maravilloso *Libre dels feyts esdevenyent en la vida del molt alt senyor rey en Jacme lo Conqueridor*, publicado en tres tomitos. Desconocemos esta edición; en cambio a la vera de esta cuartilla está el breve tomo, primero de la serie, dedicado a la crónica de Ramón Muntaner. Es un volumen pulcramente impreso, ilustrado con esenciales notas gráficas, como lo son la reproducción de la miniatura en que aparece Ramón Muntaner escribiendo su crónica y la vista de Peralada, su patria. Al texto de la crónica le preceden unas notas escuetas, sin mayor pretensión que fijar la atención del lector en la importancia de lo que ha de leer. Están integradas éstas por la biografía del escritor, trasladada aquí del libro de Nicolau d'Oliver, *L'expedició dels catalanes a orient*; un sucinto estudio del estilo de Muntaner, estilo «planer, acolorit i franc», lleno de fragancias populares, libre, desembarazado de toda traba preceptiva; sigue una indicación de los manuscritos conservados—de los más importantes se da un fac-símil: el K-I-6 de El Escorial y 1.803 de la Biblioteca Nacional de Madrid—debidamente señalados y, finalmente, una bibliografía selecta sobre el tema. La edición, que en la parte publicada comprende desde 1202, nacimiento de Jaime I, hasta la entrada de Pedro III en Mesina, 1282, se ha hecho según el código fechado en 1392 de la Biblioteca Nacional. La transcripción ha tenido que amoldarse al fin que se destina; por lo tanto, dentro de la fidelidad no es una edición crítica; podía, sin embargo, haberse afinado más en algún detalle, con lo cual no se hubiera mermado nada aquel carácter y hubiera ganado en precisión. Se han hecho registros marginales que facilitan su manejo. En estas apostillas, además de darse una indicación del

texto adjunto, se han fechado muchos pasajes, con lo cual la comprensión del texto se hace mucho más fácil, ya que en éste no abundan las indicaciones cronológicas. Como la lectura de un texto del siglo xiv es difícil para un lector actual—aun teniendo en cuenta que Ramón Muntaner no maneja un léxico rico, sino más bien reducido y de extracción rural—, ha sido necesario formar un glosario que aclare el sentido de innúmeras voces hoy perdidas; por ello los editores han puesto esencial empeño en acotar todo término desusado y ofrecer su equivalencia en el catalán de hoy. Este es, en resumen, el contenido y la orientación marcada—vigoroso e inteligente gesto—con la reimpresión de las crónicas de la corona de Aragón.

Orientación que debería prender en otras zonas exuberantes de nuestra historiografía. El criterio de que los textos de la Edad Media son letra muerta, lectura de erudito, significa honda equivocación. Su nota pulcra, en cuanto al hecho por sí, porque es casi siempre expresión de pasión, no es más a veces que viejas resonancias de ritmo que conmovieron la entraña popular en pretéritos días y gentes. Así, en la crónica de Ramón Muntaner, como en la de Jaime I, parece percibirse el eco vital y alegre de los cantares de gesta (Castilla: *Los siete infantes de Lara; Sancho II*, en la *Crónica general de Alfonso X*). En este momento, sólo instante de inquietudes hondísimas, el retorno a la historia como puro goce del espíritu tiene una significación inconfundible. No a la historia al estilo del siglo xix, «la bárbara Edad Media», sino a otra, en todo dispar, amasada con datos finamente depurados, que nos proporcione la visión exacta de aquel momento de humano hacer. El valor hombre, el concepto de nacionalidad, son temas que cada época los acentúa de manera peculiar. Hoy, al retornar a la Edad Media por tantos caminos abiertos, búscanse con ahinco las raíces, soterradas, de nuestra esencia nacional, de nuestra cabal modalidad espiritual. He aquí una palanca formidable si llega a encarnar con lo popular de esta hora. Creemos sorprender este espíritu en el afán nobilísimo de publicar las crónicas de la corona de Aragón, ofreciendo así a Cataluña los reflejos más bellos de sus hombres—«claros varones», decimos en Castilla—, arquetipos de vigor e inteligencia.

E. VARELA HERVÍAS.



MAYR, ROBERT VON.—*Historia del Derecho romano*, traducida directamente del alemán por el prof. Wenceslao Roces.—Barcelona, Editorial Labor, 1926.—Dos vols., de 419 y 468 págs., 8.º

En la obra de iniciación cultural que realiza con indudable buen criterio y mejor éxito la Editorial Labor, no podía faltar la dedicación justa al Derecho romano, base de la obra jurídica europea, al menos hasta el siglo xix. En España, si el estudio de la legislación de Roma no ha sido relegado en el cuadro de los estudios universitarios, la afirmación, por parte del profesorado, de obras firmes en que se le reconstruya, ratifique y razone no ha enderezado sino en pocos, débiles y espaciados ejemplos. En la iniciación de los cursos *ex cathedra* se recomiendan como únicos textos de posible orientación los franceses, los

alemanes, los italianos... Girard, May—de reciente recuerdo—, Rudolp Sohm, von Ihering, Savigny—viejos remozados—, Perozzi y Bertolini—lenes, leves, nimios...

Bien es verdad que todavía es española la investigación más ecua, brillante y planeada acerca de la historia del Derecho Romano. D. Eduardo de Hinojosa, luminar de la actual generación de romanistas españoles—¡de tan pocas entenderas investigantes y docentes!—, cuyo es el intelecto que la exprimió, merece, cuando menos, una difusión que ahora no tiene. (La Editorial Labor debería coger la ocasión de reeditar ese estudio magno.)

No deja de ser consolador el pensamiento de que un hombre eminente, don Felipe Clemente de Diego, de pasada haya dedicado un esfuerzo meritorio a las instituciones de Derecho romano. (Vid. *Introducción al estudio de las...*, Madrid, 1900.)

Pero como acerbo nacional la exposición es mezquina. Obligados a aceptar obras extranjeras, ésta de Robert von Mayr, traducida por el catedrático de la Universidad de Salamanca, nos parece, por su repaso actual, por su sistematización, por su valoración de la novedad última, la más digna de estima.

Von Mayr se sujeta a la rigurosa división externa para el estudio de los derechos públicos y privados. La era del Derecho nacional, desde la fundación de Roma hasta la creación de la Pretura; la era del Derecho honario y de gentes, desde la creación de la Pretura hasta el reinado de Adriano; la era del Derecho imperial y de los derechos nacionales, desde Adriano hasta Diocleciano, y la era de la orientalización del Derecho Romano, desde Diocleciano hasta Justiniano. Dentro de estos grandes apartes, expresivos de por sí, la distinción y la sintonización de lo público y de lo privado. De aquéllo: las fuentes, la organización, el desarrollo, la culminación... De esto (en este orden institucional): personas, cosas, acciones, derechos hereditarios...

Robert Mayr-Harting, jurista austriaco—¿tcheco ahora?—, profesor un día de la Universidad de Viena—hoy de la de Praga—, no es, la declaración se impone, una autoridad en la materia. Su *Römische Rechtsgeschichte*, 1912, parece haberse remozado, y de este remozamiento se ha sacado la traducción actual, creemos que la primera española. Los antecedentes están en anteriores obras del autor, como *Die conditio des Römisch Privatrechts*, 1900. Mayr es un estudioso discreto y un expositor elegante. Hoy apenas sostiene, sin embargo, la rivalidad de cultivadores menos que mediocres y de textos admirables, pero del pasado siglo, de los que ha extraído las premisas y la conclusión.

La competencia del profesor Roces ha colaborado con una traducción correcta, fiel, esclarecida. Un distinguo pondríamos, no obstante, a su labor. En otros manuales de la Editorial Labor el traductor ha suplido las omisiones tan inecuas, impertinentes y frecuentes de los autores para con el espíritu español.

En la introducción de la *Historia del Derecho Romano* indica von Mayr las incidencias, trasplantaciones, asimilaciones, influencias y desarrollos de la labor jurídica romana en el transcurso de la Edad Media. Italia sale a colación. Y la *Glossa ordinaria*, de Accursius, y los postglosadores y los comentaristas—Bartolo y Baldo—, tan insignificantes científicamente, tienen el subrayado lógico. Si de Alemania se trata, Ulricus Zasius, Cujaceus, Donellus, Heineccius y los demás creadores del *usus modernus pandectarum* adquieren su significación encomiástica. Cuando de Francia es la mención, el período receptivo suyo, que se desplazó a Holanda, da, sin embargo, unos nombres: Voet y Nood... El *Código civil*, de

Napoleón, elimina al Derecho romano de las legislaciones contemporáneas... ¿Y España? ¿No se han dejado sentir en sus compilaciones medioevales los efectos del mismo con la ejemplaridad más perfecta que hallar se pueda? Y no son únicos los códigos de abolengo castellano los que pueden ufanarse de tal ascendencia. Ficker ha relacionado los Usatges con la mínima colección del Derecho justiniano: *Petri exceptiones legum romanorum*; el *Fuero de Estella*, dado en 1090, el *Fuero general*, de Teobaldo I de Champaña, se saturan de romanismo. Jerónimo Blanes, cronista de fines del siglo xvi, dió como fueros primitivos de Aragón seis apotegmas al estilo del *Código de las Doce Tablas*. ¿Para qué insistir acerca de la romanidad de las *Leyes teodoricianas*, insinuadas por Sidonio Apolinario, del código de León de Narbona, del de Leovigildo, de la *Lex romana visigothorum*, de la mayoría de los fueros municipales, de las Partidas y de tantas otras contribuciones jurídicas? Podemos sonreír condescendientes ante la travesura omitiva o el olvido sospechoso — *quandouque dormitat Homerus* — del autor austriaco —¿tcheco ahora?—. Pero nos duelen prendas cuando es un intelecto español el que se despreocupa de subsanar lo subsanable. Y del mal el menos que la referida introducción queda abocetada, inconcluyente, inocua. No queremos insistir acerca de los primores de la edición. En España las obras de estudio no pueden adquirirse sino a precios fabulosos. La Editorial Labor está poniendo al alcance de todas las alcancías las disciplinas más variadas y sutiles, modernizadas cuanto es de rigor.

S. DE R.



TREND, J. B.—*Catalogue of the Music in the Biblioteca de Medinaceli*. Madrid. Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LXXI. New-York, París, 1927.

En 1926 publicó el musicólogo hispanista J. B. Trend un estudio muy interesante, bajo el título *The Music of Spanish History to 1600*, del cual nos hemos ocupado en estas mismas páginas con el cariño a que se hacía acreedor. Y ahora llega a nuestras manos, en tirada aparte de la *Revue Hispanique*, otra nueva contribución a la historia de la música española; como contiene noticias sumamente importantes nos ocuparemos de ella con alguna extensión.

El autor comienza señalando que para el historiador musical es la Biblioteca de Medinaceli la más importante de las bibliotecas privadas existentes en nuestro país. Más vastos son los fondos cobijados en la Biblioteca Nacional, pero no se ha impreso un catálogo de ellos. La Biblioteca de Cataluña posee un catálogo hecho por Pedrell. En la Biblioteca Colombina, de Sevilla, se hallan importantes manuscritos del siglo xv y un volumen de *Frottole*, impreso en 1514, que hasta ahora desconocía la bibliografía musical. La Biblioteca Real de Madrid guarda el *Cancionero de Palacio*, publicado por Barbieri en 1890.

Debe su importancia la biblioteca del duque de Medinaceli a la gran cantidad de madrigales castellanos que posee, distribuidos en dos volúmenes manuscritos, con el título común de *Tonos castellanos*, y a dos series impresas de villancicos por Juan Vázquez, así como a algunas otras obras rarísimas.

D. Antonio Paz y Melia, bibliotecario de la casa de Medinaceli, había publicado dos suntuosas series de documentos, en las cuales la música ocupaba un lugar secundario. Al trazar Mr. Trend ahora un catálogo musical de las obras existentes en la morada de aquel prócer, se ha extendido en consideraciones sobre su importancia histórica, incluyendo ejemplos musicales y señalando la relación de diversas obras con otras de variada índole o con algunas transcripciones musicales y con los respectivos textos literarios, avalorando todo ello con biografías de diversos compositores.

El catálogo musical de la Biblioteca de Medinaceli que publica Mr. Trend merece ser divulgado para el mejor conocimiento de la música, singularmente de la española, y por ese motivo resumiremos aquí lo más sustancial de su contenido.

Tres son los cuadernos de música manuscrita allí existentes, a saber: dos de *Tonos castellanos* y uno de una ópera italiana, sin título, perteneciente a la primera mitad del siglo xviii. La atención se concentra, como es natural, en los dos volúmenes de *Tonos castellanos*. El primero tiene 208 folios en 4.º, que albergan manuscritos escritos por diferentes personas en la segunda mitad del siglo xvi. Aquí se pueden ver madrigales y villancicos de Antonio Cebrián, Rodrigo de Cevallos, Chacón, Fr. Díaz, Diego Garzón, Gerónimo (?), Bernal González, Francisco Guerrero, Ginés de Morata, Juan Navarro, Ortega, Ruanea y Villalar; música religiosa de Antonio de Cabezón, Chacón, Gombert, Bernal González, Morales y Vila, y además romances, madrigales y villancicos anónimos. El segundo volumen de *Tonos castellanos* abarca 107 folios escritos a comienzos del siglo xvii, conteniendo composiciones a tres y cuatro voces por músicos en parte conocidos (Juan Blas, Gabriel Díaz, Diego Gómez, Francisco Gutiérrez, Francisco Muñoz, Palomares y Pujol) y en parte anónimos, todo ello de carácter profano.

El catálogo de obras impresas existentes en la Biblioteca de Medinaceli abarca los 31 números siguientes:

Archadelt, *Primo libro di madrigali*. Venecia, MDXLIII. (Sólo la parte de tenor.)

Cerone, *El melopeo y maestro*. Nápoles, 1613.

Septième livre de chansons a quatre parties convenables tant aux instrumens comme a la voix. Lovaina, MDLXII. (Se han encuadernado juntas diversas obras de Guerrero y Vázquez.)

Flaccomio, *Pars organi concentus in duos distincti choros...* Venecia, MDCXI, con notas en español referentes al uso de instrumentos en la iglesia, corneta y bajoncico.

Fogliano, *Musica theorica*. Venecia, MDXXIX.

Gafori, *Franchino Gaffurii laudensis regii musici publice profitentis...* Mediolani, 1518.

Guerrero, *Canciones y villanescas espirituales*. Venecia, MDLXXXIX. Contiene 61 obras escritas a cinco, a cuatro y a tres voces.

Guerrero, *Mottecta*. Venecia, MDLXXXIX. Es la tercera edición y contiene 38 composiciones. Las otras ediciones serán: Sevilla, 1555; Venecia, 1570, y Venecia, 1597.

Guerrero, *Sacre cantiones*. Montes de Oca, MDLV. La primera edición de estos motetes contiene 32 composiciones a cuatro y cinco voces.

Guidetus, *Cantus ecclesiasticus*, Roma, 1537, y *Directorium chori...* Roma, 1539.

Knofel (Johann), *Dulcissimæ quædam cantionis...* Noribergæ, MDLXXI.

Luscinus, Ottomarus (Nachtigall), *Musurgia seu praxis musicæ...* Argentorati, 1536.

- Montanus (Francisco de), *Arte de canto llano*, Salamanca, 1610.
- Dos libros de motetes a tres voces, de varios autores, editados por Scoto en Venecia, MDXLIX.
- Negri (Cesare), *Le gratie d'amore*. Milán, MDCII.
- Petrucci (Ottaviano del), *Harmonice musices odhecaton*. Venecia, 1504.
- Ruiz de Ribayaz (Lucas), *Luz y norte musical para caminar por las cifras de la guitarra española y arpa, tañer y cantar a compás por canto de órgano...* Madrid, 1677.
- Salinas (Francisco de), *De Música...* Salamanca, 1577.
- Santa María (Fray Tomás de), *Libro llamado arte de tañer fantasía, assi para tecla como para vihuela...* Valladolid, 1605.
- Sermoneta (M. Fabritio Caroso de), *Trattato secondo del ballarino...* Venecia, MDLXXXI.
- Susato (Thilman), *Le premier livre des chansons a deux ou a trois parties...* Amberes, sin año.
- Tiburtino (Giuliano), *Musica diversa a tre voce...*, Venecia, MDXLIX, y *Fantesie et recherchari a tre voci...* Venecia, MDXLIX.
- Torres (Melchor de), *Arte de canto llano*. Alcalá, 1539.
- Vázquez (Juan), *Villancicos y canciones a tres y a quatro*. Osuna, MDLI. Colección de 26 villancicos, principalmente basados sobre cantos populares y preferidos por nuestros vihuelistas para sus transcripciones. Este es el único ejemplar conocido de la referida obra.
- Vázquez (Juan), *Recopilación de sonetos y villancicos a quatro y a cinco*. Sevilla, MDLX.
- Vicentino (Nicolo), *L'antica musica ridotta alla moderna prattica...* Roma, 1555.
- Villegas (Sebastián Vicente), *Suma de todo lo que contiene el arte de canto llano*. Sevilla, 1604.
- Zarlino (G.), *Le institutioni harmoniche...* Venecia, 1562.
- Los detalles que dedica Mr. Trend a algunas de estas obras, especialmente a las integradas por colecciones de textos musicales, que a su vez se basan sobre otros literarios de autores españoles, aumentan el interés de su *Catálogo*, por sí ya valioso en su reducción esquemática.

JOSÉ SUBIRÁ.



CHOUSA, CAMILO.—*Biblioteconomía. Sistemas de clasificación*. Madrid, Revista de Segunda Enseñanza, 1927. (Discurso leído en la Fiesta del Libro en la Escuela Superior del Magisterio).

Son tan raros en España los hombres que dedican su atención a los problemas biblioteconómicos, que merece un aplauso el que siquiera de paso y para salir tal vez de él, se detiene un momento a discurrir sobre los sistemas de clasificación bibliográfica. Si además de esto no es un profesional sino un simple aficionado, con desinterés y con cariño, el mérito crece considerablemente. Esto basta para que per-

donando algún error, inexactitudes y demasiado apego a obras nada o poco recomendables, nos fijemos en lo bueno: más que nada en el hecho.

Bajo un título que abarca demasiado y un subtítulo que, aunque concreto, es impreciso, hace el Sr. Chousa una exposición rápida de los diversos sistemas de clasificación empleados y puestos en práctica hasta el día comenzando por el de Venegas (1540) y Gesner (1545) hasta el siglo pasado con la clasificación de Brunet y los revolucionarios, por lo prácticas, norteamericanas *Subjet worck*; *Decima clasificación* etc. Se detiene, al parecer complacido, en la clasificación decimal refutando los argumentos de Graesel y de Delisle contra este sistema, enemiga que a nuestro entender es más racial que racional; más por espíritu nacionalista que por convencimiento científico, por demasiado apego de los autores citados a sus sendas clasificaciones, que por la convicción sincera. Contra la objeción manoseada—ridícula por lo inconsistente—de que no todas las ciencias son susceptibles de división decimal, propone el conferenciante una ingeniosa, pero inútil por lo complicada e innecesaria—porque sobran recursos dentro del sistema de Melvil Dewes para resolver la dificultad—de señalar las cifras indicadoras de la materia con acentos de diversas clases para poder contar, en caso preciso, con veinte o más divisiones.

Con esta obrita son cinco, que sepamos, las que en España se han publicado propugnando el sistema de clasificación decimal: Castillo en la *Revista de Archivos* primero y en folleto publicado en Salamanca (1897); más tarde, D. Ricardo Codorniu (Madrid, 1911); Rubio y el P. Eguía que en los primeros meses de 1921 publicó en *De Broma y de Veras* un trabajo con el que después ha formado una obrita, *Mi Biblioteca*, que se maneja con utilidad.

Las Bibliotecas que en España han implantado el sistema son también numerosas y es de esperar que su número crezca de día en día: Centro de Estudios Históricos, Ateneo, Casino de Madrid, Instituto de Estudios Catalanes y bibliografías, como la del *Catálogo de Catálogos de la Cámara del Libro*, de Barcelona, la *Revista de Bibliografía*, los extraordinarios bibliográficos de *El Sol*, etc.

El ejemplo del Sr. Chousa debe cundir y encontrar imitadores. Con ello podremos esperar que llegue un día en que, unificados primero dentro de la nación y luego en los otros el método de trabajo bibliográfico, nos encontremos en posesión de la ansiada Bibliografía Universal que hoy vemos aun tan lejos.

J. A. R.



PRESCOTT, GUILLERMO H. — *Historia de la conquista del Perú*. Con observaciones preliminares sobre la civilización de los incas. Madrid, Ediciones Mercurio, s. a., 551 págs., 8.º, mlla.

Las Ediciones Mercurio, con buen pie adentradas en la república anticonstitucional de las letras, han remozado—entre otras—una obra de indúbuto valor sintético: la *Historia de la conquista del Perú*, de Guillermo Hickling Prescott, el gran yanqui de existencia madura, íntegra y univisual como la de los cíclopes. La

edición de más posibilidades que conocíamos (Gaspar y Roig, 1854, Madrid), por ahí anda embozada en papel de aleluyas, con forzado aspecto de sinrazón de aventuras, maculada de grabados híbridos siempre y todos descaracterizados, vertida a un castellano de tanto desaliño que las manchas, rasgones, corcusidos y deshila-chados la dejan imposible.

A Guillermo Hickling Prescott, con sus equívocos, más de temperamento que de convicciones, le debemos en España ciertas vahadas de incienso, muchos laudes, nadie sabe por qué restringidos. Desde el punto y hora en que la hispanofilia de Wáshington Irving—1825 (?)—le ganó para la cultura española, luego del balbuceo, buen aprendiz, de su *Irving's Granada*—1829—, Prescott acomete esforzado, y fina certero y nobilísimo, una empresa de reivindicación del espíritu guerrero, conquistador y colonizador de España. Los atisbos de buena ley que dio en el examen de aquellos caracteres de sutil videncia y evidencia innata que fueron los Reyes Católicos (Vid. *Historia del reinado de los... Don Fernando y Doña Isabel...* Traducción de D. Pedro Sabau y Larraya. Madrid, Rivadeneyra, 1845-46. Vol. II), se convierten en aciertos sin pareja, módulos de futuros intentos, hitos de sucesivas miras, por sus historias de las dos conquistas—Perú, 1817, y Méjico, 1843—y por sus *Account of the Emperor Charles V's Life after his abdication*, adiccio-nada al *Carlos V*, de Robertson—1857—. El entusiasmo de Prescott, luego de su primera españolada, transvertía de esta primera porción de arcilla tosca en que hubo de envasarse, y los temas históricos, eruditos con buena índole, de por sí fríos, acicalados y ornados con todos los ringorrangos y arambeles retóricos de los discursos académicos, cobraron en el esfuerzo del norteamericano una gracia y soltura insospechadas. En efecto, no puede concebirse más perfectos y palmarios ajuste y ensamblaje de la verdad y del primor narrativo puestos a la composición de una obra fundamental como la que nos ocupa. Sin autoridad suficiente para fundamentar *peros* de peso, distingos discretos, reparos concluyentes, en calidad de avispadós, cuando más, parécenos la *Historia de la conquista del Perú*, de Guillermo Hickling Prescott, zumo, síntesis y compendio de lo que debe ser una historia un mucho popular y un lo bastante documentada. Interés y estudio, sin que sea dable frangirlos ni separarlos. Un ágil y agudo y mesurado tono; la erudición contrapesada por el arte sin artificio; lo esencial diluido en lo episódico, o, mejor, aquéllo suma de esto.

No anda remiso Prescott en señalar las afluencias a su proba e improba labor. Los allegamientos de Muñoz al acervo de la Real Academia de la Historia; algunos manuscritos de la Biblioteca de El Escorial (Ejem., *Descripción de los viajes de los Incas*); las notas de la *Colección de viajes y descubrimientos*, de Fernández de Navarrete; las papeletas de M. Ternaux—Campans—, primero y bueno en traducir *papeles de Indias occidentales*, y la colección de antiguas instituciones del Perú, de lord Kingsborough. Estos como elementos de primera mano. Como obras fundamentales a consultar, si Prescott no las indica, nosotros nos atreveríamos, sin miedo de graves quebrantos, a presumirlas. Para las observaciones preliminares sobre los incas, la primera parte de los famosos *Comentarios reales*, del inca Garcilaso; la *Relación de las cosas del Perú*, de Pedro Alvarado, inserta en el tomo III de la *Colección de navegaciones y viajes*, de Ramunsio—Venecia, 1554—; la *Relación de antigüedades de este reino del Perú*, del otro inca celeberrimo Panchacuti; la *Principal mina de oro llamada Nueva Castilla*, de Gohori—Venecia, 1534—; la *Crónica del Perú*, de Cieza de León, y *De la natural historia de los incas...*—Salamanca, 1557—, del danzante Fernández de Oviedo. Para el descubrimiento y la

conquista del reino incáico, las llamadas *Crónicas de conventos*, del dominicano Juan Meléndez, de los agustinos Calancha y Torres, del mercedario Alonso Remón y de los jesuitas Barrasa, Anello Oliva, Orbieto y Fraylin; la *Primera y segunda parte de la historia del Perú*, de Fernández Diego, el palentino—Sevilla, 1571—; *La conquista del Perú y provincia del Cuzco*, de Gastelú—manuscrito inédito—; la sospechosa *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla*, del parcialísimo secretario de Francisco Pizarro—Francisco de Xerez—, y la *Relación de los hechos realizados por los españoles desde el descubrimiento del Perú hasta la muerte del marqués Pizarro*, manuscrito—data de 1552—atribuido a Naharro y publicado en la *Colección de documentos para la historia de España*. Para las guerras civiles entre los conquistadores, las relaciones de Hernando y Pedro Pizarro, manuscritos insertos a expensas del Ateneo de Lima—1887—; el *Diccionario histórico y bibliográfico del Perú*, de Manuel de Mendiburu; la *Verdadera relación de lo sucedido en los reinos y provincias del Perú, desde la ida a ellos del virrey Blasco Núñez de Vela hasta el desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro*, de Nicolás de Alvevina—Sevilla, 1549—, y la *Relación de la campaña y pacificación del Perú*, de Pedro La Gasca, fechada el 7 de mayo de 1548 y publicada—1873—en los *Anales de la Universidad de Chile*.

Afirma Guillermo Hickling Prescott que la epopeya en el reino de los incas no se presta a tantas ventajas como la epopeya en el reino de los aztecas. Nada más exacto. La aventura de Cortés lleva ribetes de poema épico y deja rasgos de moderna odisea. El celo patriótico le empuja; la conquista de tierras lenguas es el gran objeto que siempre está presente, señero, en la mente del guerrero lírico; le acorren los elementos más diversos—los dioses menores de la inspiración, del amor y de la muerte—; la escenografía y el ambiente, al unisono, pruéstale matices justos en sus noches y en sus días, en sus luchas y en sus amores. En el vértigo iluminado de Cortés no se alistan ni la bastardía, ni la ambición, ni la intriga. Todo sucede como se pide en las preceptivas para la epopeya. En la conquista del Perú la acción épica, al menos en cuanto se consuma lo relativo a la caída de los incas, termina mucho antes que el telón descienda ante el ánimo ecúeo de la posteridad. Y el señuelo que la inició, en un principio ya estaba impuro. La promesa del indio, abocado el río Birú, de que existía un país donde el oro tenía la consideración y la abundancia que el hierro en Castilla fué el acicate, si no único, sí el primero que movió los caudales del eclesiástico Hernando de Luque y las audacias de Almagro y Pizarro. Acicate, pecado luego, siendo original, de las luchas fratricidas que ensombrecen el remate de la gigantea empresa. Acicate como el de una lotería fabulosa, de escasos premios mayores, por los que, sin embargo, arriesgan hacienda, familia y vida tantos hombres de España. El Dorado, como dijo el embajador veneciano Andrea Navagiero (Vid. *Viaggio fatto in Spagna*, Vinegia, 1563 ?), que anduvo por Castilla en 1525, era más fuerte en cualquier espíritu que el sentimiento íntimo más arraigado.

No estamos conformes, empero, con Prescott cuando afirma que no se ha compuesto historia alguna de la conquista del Perú fundada en documentos originales que pueda aspirar a ponerse al lado de la *Conquista de México*, de Antonio de Solís, como obra clásica. En clásica serenidad de composición, esto es: galanura de estilo y plan ponderado, evidentemente no. Mas en acopio de datos y señales, imparcialidad de juicios, empaque lírico, movimiento de figuras, subrayamiento de caracteres, la obra del latinista Antonio de Herrera (Vid. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano, con una des-*

cripción de las Indias occidentales. Madrid, 1601-1615) en nada desmerece de la de Solís, y aun la aventaja, si se tiene presente cuán distintas—en simpatía, en grandeza, en lirismo—son las empresas a relatar. El mismo Prescott, si ni reconoce paridad posible entre una y otra, no deja por ello ni por ende de avistarse con la segunda, en particular a lo largo del libro del descubrimiento (lib. II) y del de la conquista (lib. III).

Lo que no puede negarse al historiador norteamericano, y causa o motiva no poca admiración en el lector español, es su ferviente españolismo. Para nada han influido en su concepto del militar español el tipo del capitán Spavento de los italianos, ni el espadachín de la *Satyre Mennipée*, ni el bravucón que aparece en el *Ensign Pistol de Enrique V* y en los *Love labour lost*, de Shakespeare, bajo el nombre de D. Adriano de Armado. Prescott no ha leído sin duda la insigne idiotez de la *LXXIII carta persa*, de Montesquieu.

En su *Historia de la conquista del Perú* Guillermo Hickling Prescott no cede a ningún historiador español, y gana a no pocos en honradez y objetivismo profesionales. No insiste excesivamente en las pinturas que pudieran pervivir nefastos de los conquistadores. Cuando señala sus crueldades no puede ni debe evadirse de ello. Tendría que prescindir de una mitad del todo. Eso sí, aprovecha cuantas ocasiones se le vienen a los puntos de la pluma para presentar como la menos imperfecta de las colonizaciones habidas y por haber la de aquellos españoles y portugueses de la diez y seis centuria, ávidos de sucesos inmortales, y de entre éstos, de la catolicidad y de la monarquía.

Ha obrado cuerdamente el editor de esta nueva edición—sin fecha; la traducción anónima—de la *Historia de la conquista del Perú*, de Prescott. Presta un eminente placer de lectura. Ahora es hora ya de que se tejan láureas y pancarpas en torno a la obra de aquel cíclope—univisual, íntegro, maduro—de la historia en el siglo XIX. El espíritu español debe ornar con su venera y ceñir con su lauro las huellas imperecederas en que un ánima superior se alberga.

S. DE R.



Ocho sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz, editados con notas según autógrafos existentes en la Biblioteca Municipal de Madrid, por CHARLES EMIL KANY.—(University of California. Publications in Modern Philology, vol. XIII, núm. 1, págs. 1-205.)

El Sr. Kany, profesor de español en la Universidad de California, ha seleccionado, entre los muchos sainetes inéditos todavía de D. Ramón de la Cruz, ocho autógrafos que le han parecido de más valor e interés literario, y los publica con arreglo a un orden cronológico, precedidos de una concisa, clara y sustanciosa introducción, en la cual resume su labor.

¿Cuál es tu enemigo? (1769) es consecuencia de la polémica literaria que se movió con ocasión del estreno de la *Briseida*, zarzuela del mismo D. Ramón, duramente juzgada por «El Barbero de Foncarral» (D. Miguel de la Higuera) y

«El Sacristán de Maudes» (D. Mauricio Montenegro), ambos partidarios de la escuela galo-clásica. Del mismo año es *El cocinero*, crítica de la afición a la cocina francesa que dominaba a las clases aristocráticas españolas del siglo XVIII.

Los majos de buen humor (1770) ridiculiza a los viejos que cortejan a las mozas. *Los usías y los payos* (1772) satiriza a los petimetres y señoritos, que se ven burlados por los payos. *Las resultas de las ferias* (1773) copia escenas callejeras que se veían todos los días en las ferias de Madrid (viejos verdes, petimetres, mozas de partido, etc.). *La tertulia hecha y deshecha* (1774) refleja la costumbre de las que después se llamaron *cachupinadas*. *Los despropósitos* (1786) coincide con este otro en la sátira de las tertulias.

Uno de los muchos sainetes de D. Ramón que tienen por tema los abates es *El abate Diente-Agudo* (1775), tipo de abolengo marcialesco, que no logra su propósito de comer en casa de cualquiera de sus amigos.

La edición es correcta y reproduce la ortografía de los originales, modernizando la puntuación y el empleo de las mayúsculas; en textos tan modernos valdría más usar la ortografía actual (es mi criterio). Las notas son discretas y oportunas, y se refieren unas a variantes de diversos manuscritos y otras a aclaraciones de varios pasajes que pudieran parecer discursos. La nota sobre la versificación de cada sainete es un lujo de erudición.

Five Sainetes of Ramón de la Cruz, edited with introduction, notes and vocabulary by C. E. Kany, Ph. D., assistant professor of Spanish University California. Ginn and Company, Boston, 1926. XXXI + 303 págs., 8.º

Libro para uso de los estudiantes de español, que reproduce *La Plaza Mayor*, *La Pradera de San Isidro*, *Manolo*, *Las castañeras picadas* y *La Petra y la Juana*.

La introducción explica lo que es el sainete; resume la vida de D. Ramón de la Cruz; clasifica sus sainetes, señalando los tipos principales que encarnan sus personajes y su carácter de crítica social, y analiza en detalle cada una de las piezas reproducidas, terminando con una nota bibliográfica suficiente.

Las notas son en su mayor parte gramaticales o aclaratorias de pasajes oscuros. Termina con el vocabulario preciso para la traducción.

Obra magníficamente editada, con reproducción de algunos grabados antiguos, que dará a conocer entre el público escolar norteamericano los magníficos cuadritos populares del gran sainetero madrileño.

A. G. P.



LLANOS Y TORRIGLIA, FÉLIX.—*Así llegó a reinar Isabel la Católica*. Madrid. Editorial Voluntad, 1927, 457 págs., 22 × 14 cms.

«La obra que dejo entre tus manos —son las primeras palabras del autor en el *Ofrecimiento* con que abre su libro— está plasmada en barro de Castilla la Grande; cocida al mismo sol que fomentó su fructificación difícil y gloriosa; impregnada en su ambiente.» Exacto. Si no fuera suficiente la afirmación sincera del escritor, un ojeo rápido del libro bastaría para convencernos. Presenta como

fondo del inmenso cuadro en que se mueve la figura de Isabel I, la llanura de la meseta, de claridad diáfana, no enturbiada por sombras ni nubarrones.

Hay dos maneras de historiar: cortando la narración con llamadas al pie o al final del libro —lo que nos obliga a interrumpir a cada paso la lectura para enterarnos de circunstancias accesorias puestas en nota— y haciendo fluir el relato líquido, sereno, sin pedruscos en su cauce que rompan la nitidez con aglomeramientos burbujantes. El Sr. Llanos y Torriglia, erudito de primer orden, pero escritor ameno de primer orden también —diganlo, si no, su copiosa labor histórico-literaria anterior a esta obra—, prefiere la última de las maneras. Aquélla y ésta tienen sus ventajas y sus inconvenientes; una y otra su público, o, por mejor decir, la primera tiene su público —el de los especialistas, de los exigentes—, y estotra aprovecha a todos los aficionados a la historia y a muchos que no lo son. Si además damos vida al relato; si los personajes entran y salen, hablan y se apasionan; si desfilan ante nosotros como por un escenario; si se escribe una *historia novelada*, todos la leen, todos la entienden, a todos alcanza el beneficio del libro, hasta a los no aficionados, haciendo nacer en éstos el saludable interés, que a nadie debe faltar, por lo pasado; tendremos el verdadero libro para todos.

Esto es, *Así llegó a reinar Isabel la Católica*. Por su guiñol hace desfilar el Sr. Llanos y Torriglia, junto a la figura sencilla y majestuosa de la reina católica —desde la niñez hasta su reinado—, aquella serie admirable de personajes —grandes glorias y grandes vergüenzas— que giran en torno de ella: D. Enrique, el rey que juega con su honor desaprensivamente —regresando de una montería, la primera vez que aparece en escena, «hosco, torvo..., mal atadas las calzas, enlodados los recios borceguíes, sin afeitar las salientes quijadas, que aún hacían parecer más roma su chata nariz»—; el infante D. Alfonso, primer Alfonso XII; doña Isabel de Portugal —¡qué hermoso capítulo el IV!—; D. Fernando, «ancho de cuerpo, armónico de talla y musculatura, bajo cuyos cabellos oscuros y lasos brillaban en el tostado semblante unos ojos risueños» —descrito con los trazos de Pulgar—al entrevistarse con Isabel la primera vez en Valladolid; la Beltraneja, Alfonso V de Portugal... Y junto a estas figuras del primer plano, Pedro Arias —fiel, abnegado—; Villena, aquel «atravesado Pacheco», el «camaleónico Pacheco», gran maestro de Santiago; el belicoso y muy español —compárese este carácter con el de El Cid— arzobispo D. Alonso Carrillo; los «devotos Manrique, familia de la más adicta a su causa»; el cronista Alonso de Palencia; Gutierre de Cárdenas, el del «*jesel, jesel*», simbolizado con dos SS en el escudo de armas de los Cárdenas; el alcaide del alcázar segoviano, Andrés Cabrera, y su mujer, doña Beatriz de Bobadilla, la labradora de Aranda; Juan de Vivero, y la figura, magistralmente revivida, de «Doña María la Pobre», la fundadora del convento de Santa Isabel de los Reyes, de Toledo, doña María Suárez de Toledo, con lo que acaba el libro.

Distintas decoraciones del amplio escenario cuatrocentista en que desarrolla la historia de Enrique IV y los Reyes Católicos: Arévalo, Medina del Campo, Segovia, Avila, Ocaña, Madrigal, Valladolid, Burgos, Aranda, Tordesillas, Toledo; «Castilla la Grande», como nos ha prometido el autor, toda ella descrita en sus monumentos, sus tradiciones, su ambiente, su suelo; toda ella viva y palpitante, a través de los siglos.

Al final de cada capítulo, varias páginas apretadas de notas —para dar satisfacción al especialista y que llenan las exigencias del que mayor las tenga en punto

a fuentes históricas— en que se justifican y fundamenta paso a paso, documentalmente, la narración, y por donde desfilan, sin quedar uno, todos los que antaño y hogaño han historiado la época, desde los coetanos Palencia, Mosén Diego de Valera, Bernáldez Pérez del Pulgar y Sículo, hasta los modernos Ballesteros y Castañeda, Clemencín y Foronda, sin que falten los nombres y citas de las colecciones documentales importantes que se conservan. Allí encontrará el lector curioso, citados a cada paso, documentos del Archivo Histórico Nacional y de la Real Academia de la Historia, papeles de la Biblioteca Nacional, revistas como los boletines de la Real Academia de la Historia, de la Sociedad Española de Excursiones y de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo; la *Revista de Archivos*, *Revue Hispanique*, *Anales del Reino de Navarra*, etc.; colecciones como la de Documentos Inéditos, Colección Diplomática de Enrique IV, *Cortes de los Antiguos Reinos de León y de Castilla*, la Colección Salazar de la Real Academia de la Historia, el *Memorial Histórico Español*, la *España Sagrada*, *Colección de Escritores Castellanos*, *Biblioteca de Autores Españoles*... toda la bibliografía conocida referente a la época, desde las crónicas hasta el último artículo de revista o periódico: *Blanco y Negro*, *El Debate*.

¿Qué es por consiguiente el libro? Historia o novela? El que sólo lea el cuerpo de la narración creerá que lo segundo, correrá por sus páginas con el mismo deleite y divertimento, con el mismo interés apasionado que si tuviera en sus manos una bella novela; el que atienda al fondo, al fundamento de lo narrado, el que tenga alguna preocupación por la Historia de España en la época de Enrique IV y los Reyes Católicos se dará cuenta de que está ante una página enjundiosa de historia, pura historia.

Para nosotros es más historia que novela; es sólo historia condimentada con galas novelescas para que siente bien a todos, a fuertes y débiles de espíritu crítico.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

1.328. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 116-120. V. núm. 1.246.

1.329. *La Escuela Central de Idiomas. Su creación. Sus enseñanzas. Su desenvolvimiento. Sus éxitos*. Madrid, L. Asín Palacios, 1927, 95 págs. + 1 hoja + 9 gráficos, 4.º

1.330. Pastor Mendivil, Ramón.—*Perspectivas madrileñas*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 15 enero, 1928.

1.331. Romano, Julio.—*En el Instituto Nacional de Alfonso XIII*, en *La Esfera*. Madrid, 28 enero, 1928.

1.332. Romano, Julio.—*En el Instituto Oftálmico*, en *La Esfera*. Madrid, 21 enero, 1928.

Prehistoria

1.333. Martínez Santa-Olalla, Julio.—*Algunos hallazgos prehistóricos de superficie del término de Madrid*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 74-78.

1.334. X.—*Hallazgo de una «villa» cristiano-romana en Villaverde* [Madrid], en *El Debate*. Madrid, 4 enero, 1928.

Historia

1.335. Villa-Urrutia, Marqués de.—*Mujeres de antaño. Teresa Cabarrús (Madame Tallien)*. Madrid, Francisco Beltrán, 1927, 173 págs., 8.º

Escritores madrileños

1.336. Alonso Cortés, Narciso.—*Doña Isabel de Urbina, primera mujer de Lope de Vega*, en *Boletín de la Real Academia Española*, XIV, 1927, 674-678 páginas.

1.337. Calderón de la Barca, Pedro.—*El Alcalde de Zalamea*. Prólogo de Rodolfo Gil Torres. Segunda edición. Madrid, Blass (S. A.), 1927, 191 págs., 8.º

1.338. Calderón de la Barca, Pedro.—*Comedias*. Colección más completa, hecha e ilustrada por Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomo IV. Madrid, Hernando, 1926, 734 págs., 4.º [Pertenece a la Biblioteca de Autores Españoles, tomo XIV.]

- 1.339. Castro, A.—*¿Cervantes inconsciente?*, en *Revista de Occidente*. Madrid, XVII, 1927, págs. 285-290.
- 1.340. Cervantes.—*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, R. Sopena, 1927, 479 págs., 8.º
- 1.341. Cervantes.—*Compendio del «Quijote»*. Madrid, Hernando, 1926, 192 págs., 16.º [Pertenece a la Biblioteca Universal, tomo CLIII.]
- 1.342. Cervantes.—*Primeras aventuras de Don Quijote de la Mancha*. Adaptación al alcance de los niños de los primeros episodios del *Quijote*. Adaptación y prefacio de M. Toledano. Barcelona, Editorial Juventud, 1926, 65 págs., 4.º
- 1.343. Cervantes.—*Sancho Panza, gobernador*. Episodios del *Quijote* adaptados a las inteligencias infantiles. Barcelona, Editorial Juventud, 1926, 65 páginas, 4.º
- 1.344. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Novelas ejemplares. La Gitanilla. Rinconete y Cortadillo*. Prólogo de Francisco A. de Icaza. Segunda edición. Madrid, Blass (S. A.), 1927, 192 págs., 8.º
- 1.345. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Teatro completo*. Tomo I. Madrid, Hernando (S. A.), 1927, XV + 372 págs., 8.º [Pertenece a la Biblioteca Clásica, tomo CXCVII.]
- 1.346. Cervantes.—*Don Chisciotte della Mancia*. Traduzione e note di A. Giannini. Vol. IV. Firenze, G. C. Sansoni, 1927, 376 págs., 16.º
- 1.347. Cruz, Ramón de la.—*Sainetes*. Madrid, Hernando, 1926, 189 páginas 16.º [Pertenece a la Biblioteca Universal, tomo CXXXIII.]
- 1.348. Fernández de Oviedo.—*Historia de las Indias* (selección). Madrid, L. Rubio, 1927, 91 págs., 16.º [Pertenece a la Colección de obras selectas de nuestros autores clásicos y modernos, tomo XIX.]
- 1.349. Figueiredo, Fidelino de.—*Viaje a través de la España: Don Jacinto Benavente*, en *El Debate*. Madrid, 14 marzo, 1928.
- 1.350. Jiménez Pastor, A.—*El mundo de Don Quijote*, en *Humanidades*. La Plata, XV, 1927, 147-167 págs.
- 1.351. González Palencia, A.—*Pleitos de Quevedo con la villa de la Torre de Juan Abad*, en *Boletín de la Real Academia Española*, XIV, 1927, páginas 600-619. V. núm. 1.270.
- 1.352. González Ruiz, Nicolás.—*El centenario de Leandro Moratín: El hombre y el artista*, en *El Debate*. Madrid, 22 febrero, 1928.
- 1.353. Hatzfeld, H.—*«Don Quijote» als Wortkunstwerk*. Die einzelnen Stilmittel und ihr Sinn. Leipzig-Berlin, B. G. Teubner, 1927, 292 págs., 4.º
- 1.354. López Núñez, Juan.—*Lope de Vega, libelista por amor*, en *La Voz*. Madrid, 27 febrero, 1928.
- 1.355. Martínez Olmedilla, Agustín.—*Los restos de Lope de Vega y la capilla de los actores*, en *A B C*. Madrid, 4 marzo, 1928.
- 1.356. Millé y Giménez, J.—*El horóscopo de Lope de Vega*, en *Humanidades*. La Plata, XV, 1927, págs. 69-96.
- 1.357. Millé y Giménez, Juan.—*Lope de Vega, alumno de los jesuitas y no de los teatinos*, en *Revue Hispanique*, LXXII, 1928, págs. 247-255.
- 1.358. Pérez, A.—*Calderón en Godesberg* [Representaciones de Calderón en Godesberg], en *Razón y Fe*. Madrid, LXXX, 1927, págs. 433-434.
- 1.359. Porena, M.—*Cristina di Svezia in una commedia di Calderón de la Barca*, en *Colombo*. Roma, II, 1927, págs. 201-207.
- 1.360. Quevedo y Villegas, F. de.—*Obras*. Poesías. Colección ordenada y

corregida por D. Florencio Janer. Tomo III. Madrid, Hernando, 1926, XXIII + 599 págs., 4.º [Pertenece a la Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXIX.]

1.361. Quintana, Manuel José. — *Poesías*. Edición, prólogo y notas de N. Alonso Cortés. Madrid, *La Lectura*, 1927, 270 págs. 8.º [Vol. 78 de *Clásicos Castellanos*.]

1.362. Rocamora, José. — *Pensando en Moratín. Ante otro centenario*, en *El Liberal*. Madrid, 15 febrero, 1928.

1.363. Sánchez Rivero, A. — *Las ventas del «Quijote»*, en *Revista de Occidente*. Madrid, XVII, 1927, págs. 1-22.

1.364. Sandoval, Manuel de. — *Quevedo, dramaturgo*, en *La Época*. Madrid, 14 y 21 enero, 1928.

1.365. Suñé Benages, J. — *Elogio de Cervantes a Barcelona*. Barcelona, Imprenta de la Casa Provincial de Caridad, 1927, 77 págs., 4.º

1.366. Téllez, Gabriel. — *El condenado por desconfiado*. Comedia de Tirso de Molina [seud.]. Madrid, Espasa-Calpe, 1927, 200 págs., 8.º [Pertenece a la Colección Universal, nums. 69 y 70.]

1.367. Tissié, Ph. — *Releyendo el «Quijote»*, en *Aragón*. Zaragoza, III, 1927, pág. 160.

1.368. Valbuena Prat, Angel. — *Los autos del «Año Santo» de Calderón*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 60-73.

1.369. Valbuena Prat, Angel. — *Una representación de «El gran teatro del mundo»*. *La fuente de este auto*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 79-83.

1.370. Vega, Lope de. — *Novelas*. Madrid, Hernando, 1927, 217 págs., 16.º [Pertenece a la Biblioteca Universal, tomo LXXIII.]

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.371. Caballero de Gracia, El. — *La Biblioteca Municipal atesora verdaderas joyas bibliográficas*, en *Heraldo de Madrid*, 28 febrero, 1928.

1.372. Gil Ayuso, F. — *Nuevos fundamentos sobre la fundación de la Real Academia Española*, en *Boletín de la Real Academia Española*, XIV, 1927, páginas 593-599.

1.373. Rivero, C. M. del. — *Escrutinio de monedas matritenses*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 26-34.

1.374. Saura, P. — *Inventario del archivo de San Francisco el Grande de Madrid*, en *Archivo Ibero americano*. Madrid, XXVIII, 1927, págs. 93-100.

1.375. Subirá, José. — *Una tonadilla extraordinariamente aplaudida: El «Malbrú» de Valledor*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 87-91. [Se conserva esta tonadilla en la Biblioteca Municipal de Madrid.]

1.376. Subirá, José. — *Tres ilustres tonadilleros: Misón, Esteve y Laserna*, en *Boletín Musical*. Córdoba, I, marzo, 1928. [Menciona los fondos musicales de estos autores existentes en la Biblioteca Municipal de Madrid.]

1.377. Trend, J. B. — *Catalogue of the Music in the Biblioteca de Medinaceli*, en *Revue Hispanique*, LXXI, 1927, págs. 485-554.

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.378. Artiles Rodríguez, Jenaro.—*Una rica colección artística en Madrid (siglo XVII)*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 83-87.

1.379. *Catálogo de pintura, escultura, grabado y arte decorativo del séptimo salón de otoño...* Madrid, Zoila Ascasibar y Comp., 1927, 64 págs. + XXXI hojas con reproducciones fotográficas, 8.º

1.380. Ezquerro Abadía, Ramón.—*La capilla de la Concepción del Colegio Imperial* [Instituto de San Isidro], en *Rev. de Segunda Enseñanza*, núms. 25 a 27, octubre-diciembre, 1926.

1.381. Herrera y Ges, M.—*La familia del VI Conde de Fernán Núñez, cuadro de Goya*, en *Arch. Español de Arte y Arqueología*. Madrid, VII, 1927, páginas 97-98.

1.382. Angulo, Iñiguez.—*Dos tablas castellanas de hacia 1490 en el Museo del Prado*, en *Arch. Español de Arte y Arqueología*. Madrid, VII, 1927, págs. 93-94.

1.383. Morera, Jaime.—*En la Sierra de Guadarrama: Divagaciones sobre recuerdos de unos años de pintura entre nieve*. Madrid, 1927.

1.384. Pérez, Dionisio.—*La estatua de la plaza de Oriente. El «Montañés» que tenemos en Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 19 enero, 1928. [Estatua de Felipe IV.]

1.385. Sánchez Cantón, F. J.—*Los Tiepolos de Aranjuez*, en *Arch. Español de Arte y Arqueología*. Madrid, VII, 1927, enero-abril, págs. 1-17. [14 láms.]

1.386. Tormo, Elías.—*Las iglesias del antiguo Madrid*. Madrid, Imp. Marzo, 1927, dos vols.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

1.387. Feyjóo, Enrique.—*Triptico del viejo Madrid*, en *Alrededor del Mundo*. Madrid, 18 febrero, 1928.

1.388. Francos Rodríguez, J.—*¡Fuego en la plaza!* [Mayor], en *Blanco y Negro*. Madrid, 8 enero, 1928.

1.389. García Suárez, Francisco.—*Por qué es Madrid corte y capital de España*, en *La Voz*. Madrid, 19 enero, 1928.

1.390. Gómez de la Serna, Ramón.—*El Madrid del siglo XIX: Los palacios gemelos*, en *El Sol*. Madrid, 1 enero, 1928.

1.391. González Ruano, César.—*Estampas literarias de Madrid: Oriente y Cuatro Caminos*, en *Heraldo de Madrid*, 24 febrero, 1928.

1.392. Herrero García, M.—*El Madrid de Calderón*, en REV. DE LA BIBLIOTECA, ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 1-27.

1.393. Portillo, Eduardo M.—*Devociones madrileñas: La voz del pueblo convierte en Cristo (llamado de Medinaceli) la imagen del «Ecce Homo»*. (Los viernes de Jesús), en *El Liberal*. Madrid, 4 marzo, 1928.

1.394. Répide, Pedro de.—*Jardines de Madrid: Campo del Moro*, en *La Esfera*. Madrid, 18 febrero, 1928.

1.395. Velasco Zazo, Antonio.—*Las posadas de la Cava*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 26 febrero, 1928.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

1.396. Ruiz de la Serna, Enrique.—*Un español ejemplar: Aguirre y sus escuelas*, en *Heraldo de Madrid*, 21 marzo, 1928.

Planos y guías. Obras y proyectos

1.397. Alguacil Trotacalles, El.—*El plano más antiguo de Madrid*, en *El Imparcial*. Madrid, 22 febrero, 1928.

1.398. Alguacil Trotacalles, El.—*Una modesta reforma: Ha desaparecido la verja del jardín de la plaza de Oriente*, en *El Imparcial*, Madrid, 18 marzo, 1928.

1.399. Casares, Francisco.—*Aspectos de la villa y corte: Lo que tiene Madrid. Va a desaparecer la antigua Inclusa, y en su lugar aparecerá el Instituto provincial de Puericultura*, en *La Esfera*. Madrid, 25 febrero, 1928.

1.400. García Nava, Francisco.—*La Necrópolis del Este de Madrid*. Memoria descriptiva... Madrid, Blass, (S. A.), 1927, 19 págs., con láms. y planos, 4.º

1.401. González Fiol, Enrique.—*El ferrocarril de circunvalación y enlace de sus estaciones*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 24 febrero, 1928.

1.402. Rivera, Alfredo.—*Viejos caserones que desaparecen: La antigua Casa de Correos y Postas*, en *El Imparcial*. Madrid, 22 marzo, 1928.

1.403. X.—*El ferrocarril de circunvalación de Madrid*, en *El Sol*. Madrid, 29 enero, 1928.

NOTICIAS

Excavaciones en una villa hispano-romana en Villaverde Bajo (Madrid)

Es bien sabido que Madrid —el *Miacum* del Itinerario de Antonino— careció de importancia en la época romana. Solamente, como se deducía del mosaico de Carabanchel Alto, era posible la existencia de villas romanas de mayor o menor lujo en los alrededores de la actual capital de España.

Las modernas excavaciones han comprobado este punto de vista, pues se han hallado en los alrededores de Villaverde Bajo los vestigios de una casa de campo edificada sobre las ruinas de otra de final del siglo II o del III postcristiano.

El descubrimiento se debe al profesor marianista D. Fidel Fuidio del Colegio de Nuestra Señora del Pilar, y tuvo lugar el día 30 de diciembre último. Enclavado el hallazgo en la zona de yacimientos prehistóricos, y concedida al excelentísimo Ayuntamiento de Madrid por Real orden de 18 de septiembre último la autorización correspondiente, procedió en seguida D. José Pérez de Barradas a hacer excavaciones por cuenta del mencionado Centro.

El yacimiento romano está situado en las proximidades de Villaverde Bajo, entre el Manzanares y la carretera de Madrid a San Martín de la Vega. Ocupa la parte alta de una terraza cuaternaria, formada por ocho metros de gravas con huesos fósiles y sílex musterienses, que domina las huertas que se extienden hasta el río y las tierras de labor del otro lado de la carretera. La villa, por tanto, ocupaba, como recomendaba Columela, la parte más elevada del predio.

Es también interesante su proximidad al camino de Villaverde a Vallecas, que cruza el río por el vado de Santiago. Este camino sigue en línea recta, por una parte, hasta Carabanchel, donde se encuentra el mencionado mosaico, y por donde pasaba la vía romana de Segovia a Toledo, y por otra hasta San Fernando, donde se ha hallado cerámica saguntina, y a Alcalá de Henares. Por consiguiente, la villa estaba emplazada en un camino secundario que unía la calzada de *Segovia a Tole-tum* con *Complutum*.

Forzosamente esta noticia ha de ser incompleta, por no haberse terminado las excavaciones que se llevan a cabo bajo la dirección D. José Pérez de Barradas y por no haberse podido estudiar con algún detenimiento el material recogido. Lo primero priva de ofrecer el plano de la finca, y lo segundo de establecer firmes conclusiones.

De la villa inferior no quedan elementos constructivos de ninguna clase. Aparece solamente como una capa de ladrillos y tejas rotas y revueltas, mezcladas con carbones y cenizas, que se extiende por debajo de los cimientos de la otra más moderna. Solamente pequeños trozos de mosaico y de estucos hacen suponer que debió ser de tanto lujo como ella. Pero resulta chocante que mientras que en la tierra que cubre la villa superior no aparece ni un mal trozo de cerámica, sea en la

capa de cenizas de la inferior donde aparece la cerámica saguntina bellamente decorada, fusayolas o pesas de telar, clavos de hierro, etc. Indica la persistencia de elemento indígena la cerámica pintada de tipo ibérico y la tosca de barro negro de tradición neolítica, aunque hecha a torno.

De enorme interés son dos trozos de barro saguntino pertenecientes al mismo vaso, decorados con cruces bizantinas y cipreses, pues constituyen los más antiguos testimonios del cristianismo en Madrid. Para la edad de esta villa son elementos de gran valor dos broncees grandes hallados en un *oenochoe* de bronce; uno de ellos es de Trajano y otro de Anna Galeria Faustina, esposa de Antonino Pio y madre de Annia Faustina, esposa de Marco Aurelio.

Como hemos dicho antes, los cimientos de la villa mejor conservada descansan sobre este nivel arqueológico; su espesor varia desde 1,50 hasta 0,55 metros. Ordinariamente son de piedras grandes de pedernal, marga yesifera y, en algún caso, de caliza. Los muros eran de piedra y también de ladrillos, y con mayor frecuencia aún de adobes, lo que dificulta mucho la excavación. La falta de piedra de construcción y el haberse arado los campos hasta fecha muy próxima, hace que haya desaparecido todo cuanto sobresaliera del suelo. Los ladrillos son, por lo general, gruesos y de grandes dimensiones, así como las tejas.

Los muros determinan habitaciones de tamaños y formas muy variables. La mayor medía 3,50 por 10 metros, y tenia suelo encalado. Otras, con pavimento de mosaico, tienen 3,50 por 2,50 y 2,15 por 5,50 metros.

Estos mosaicos, que serán extraídos y expuestos en el Museo Municipal madrileño, son sumamente interesantes, por corresponder a un romano muy decadente e influenciado quizá por corrientes artísticas orientales.

Las paredes de las habitaciones estaban decoradas con estucos pintados, de los que hemos podido salvar muchos trozos. Los dibujos, por lo general en negro o rojo sobre fondo blanco o amarillo, son al parecer geométricos.

Entre otros restos constructivos merecen citarse un dovola de granito y el fuste de una columna de mármol.

Los ricos hallazgos hechos hasta la fecha hacen pensar en que las excavaciones, que se continúan llevando a cabo, pueden ser fructíferas, no sólo para la arqueología, sino también para el estudio de la arquitectura rural hispano-romana.

IMPRENTA MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es